EL M`NIE GGUÍ

FALSAS LEYENDAS DEL PUEBLO CUCAPÁ

Salvador Vizcarra Schumm

El M'nie Gguí

Falsas leyendas del Pueblo Cucapá

(Crónicas ficticias del Pueblo Cucapá,
que describen la génesis del entorno del
Valle de Mexicali.)

Salvador Vizcarra Schumm

Novela Juvenil

Dirigida para: Adolescentes tempranos, de 12 a 14 años.

EL M'NIE GGUÍ
FALSAS LEYENDAS DEL PUEBLO CUCAPÁ
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Salvador Vizcarra Schumm
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Salvador Vizcarra Schumm
Corrección de estilo: Iván Ríos Gascón
Diseño editorial: Estudio APP
Portada: Hombres *Cucapá*. Probablemente de 1902, Archivo Histórico del Estado de Baja California.

ISBN: 978-607-546-376-6

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Para: Lucy, Kory, Bere, Andy.
Para: Luciana María.

Contenido

Presentación.....9

De cómo se formaron el Centinela y la Laguna Salada.....11

De cómo se produjo el arco iris.....29

De cómo los pájaros se pintaron de colores.....45

De cómo fue que el zorrillo se ganó su color y su olor.....57

De cómo aparecieron las primeras estrellas.....67

De cómo se formaron las mareas.....75

De cómo las montañas dejaron de moverse.....81

De cómo los K'wñchès, fueron derrotados y se convirtieron en cactus.....95

De cómo surgió la tortuga Tzíi-tzíi.....105

El M'nie Gguí y su inextinguible legado.....115

Colofón.....121

Presentación

¡*Auk'a*! (¡Hola!). Conviene iniciar con una acotación que me absuelva de mis culpas por usar el nombre de la etnia Cucapá, del Valle de Mexicali, Baja California, México, a propósito de inventar unas cuantas leyendas. La explicación aparece en el colofón. Lo sintetizo: A los indígenas de este país (y de casi todos los países del mundo) los hemos despojado de todo lo despojable y ahora, de lo que faltaba, hasta de su cosmogonía. Vaya mi sincera disculpa a falta de algo más.

Dada su estructura argumental: fábula; y por el tono aplicado, los textos están dirigidos para los adolescentes tempranos, en particular van orientados al agrado de los estudiantes de nivel secundario. De aquí el tipo de letra que viene grande, porque a los jóvenes les da flojerita, supongo, leer lo abigarrado. Estas *Falsas leyendas del Pueblo Cucapá*, se desarollan en diez capítulos, divididos en cuentos autónomos, aunque con una unidad temática que busca sensibilizar a los jóvenes en el cuidado de la tierra y el agua, y de todo lo que entre ambos vive. Cada narración tiene su propio planteamiento, nudo y desenlace, por lo cual se pueden leer sin orden alguno. Cada mito completado esclarece el siguiente y éste otro, al siguiente, hasta sumar una totalidad. La primera narración bien pudo ubicarse al final y la última al principio o a la mitad, el resultado sería el mismo. Así pues, lejos de problemas, puede empezarse a leer por donde sea, a condición de que se vea toda la propuesta literaria sin soslayar ninguna. El propósito central: Explicarnos los notables escenarios del Valle de Mexicali, flora

y fauna, a través del entorno–hábitat del Pueblo Cucapá, para darle voz a una memoria que dejó de existir. Quedó aclarado. Iniciemos.

De cómo se formó El Centinela y la Laguna Salada

Alguna vez… –casi todo inicia con alguna vez un anciano, ¿no es cierto?–. Pues acá igual: Cierta vez un anciano Cucapá me relató las causas y las mágicas artes por las que se formó el Cerro del Centinela. Honesto de voz me describió además los pormenores mediante los cuales se produjo la enorme Laguna Salada, misma que por largas estaciones está y después, durante otros años, ya no está. Supongo que esto se da cíclicamente entre las épocas de mayor tristeza y luego, sin más, desaparece tras los yermos cantos del Rocío. No sé. En fin. Me relató también los detalles que provocaron el calorón que padecemos en este Valle de Mexicali. Quiso explicarme con la paciencia de un abuelo muchas cosas, cosas que cataban mi curiosidad. Por ejemplo: Por qué las piedras son tan frágiles y tienen las evidentes tonalidades bermejas. Cómo y en dónde nació por primera vez la Cachanilla;y luego dio tantos otros detalles más sobre el entorno de nuestro desierto, tierra del águila, el puma y el borrego cimarrón. Empezó por decirme así: *Marj kar kuar* (Voy a decir palabra). *iNi'suam'l joá'ñak pa w'a*ñé ŝomá íiS *pa a'iS iñamm* (Nosotros los indios tenemos muchos caminos). *Joá'ñak pa iích Sunma a'iS soyá pa, Cuk'pá* (Nosotros los Cucapá tenemos el canto, tenemos las historias de mi pueblo, que van de boca a oído). *Yo'ip* (Escucha). *Yo'ip eés pa jhAn'a* á'iS *Ññupish pa, joShak.* (Escucha las razones de este viejo y feo hechicero). *Yo'ip*:

Cuando los tiempos eran nuevos, es decir, cuando aquello que existía en el cosmos estaba por nacer, pues todo empezaba, la Ññié (Sol) y el Jl'á (Luna)*, igual que buenos hermanos, compartían el cielo en armonía. Ambos se alzaban muy jóvenes aún y se trataban con respeto. Después los hermanitos discutieron por esto y lo otro, por una tortuga y por la otra, hasta convertirse en irreconciliables rivales. De hecho, sí: Se apartaron por culpa de una tortuguita. En fin. Decía que cuando los tiempos iniciaban, existía por aquí, en las regiones del Pueblo Cucapá, un jardín enorme con miles de florecillas y árboles de todos los tamaños. Con la apurada intención de eternidad, afluentes frescos y dulces surcaban a su antojo estas tierras ¡*Já'iñam!* (¡mucha agua!). Ríos y lagunas abundaban sobre el vergel de Rol'ac, que así se le conocía por entonces al Valle en bien ganado honor del primogénito de Oñup O'mi, aquel líder juicioso de la primera nación Cucapá. Dominios que formaban todo un oasis que, al presente día, ya no existe; ni parece ahora que alguna vez hubiera existido, como puedes verlo. Hoy el edén se escapó, nadie sabe para dónde y ni rastros del paraíso que fue. Sólo quedó su quietud y un susurro que mal confina un silencio de sílice en una llanura desértica, tan extensa que parece interminable imitando un océano apacible, pero aquí, de polvo y arena. Este paisaje nos cuenta que hubo aquí un enfrentamiento entre las fuerzas de la aniquilación total y la esperanza. Guerra que aún no termina. Los pobladores del Valle vivían industriosos y solidarios porque eran regidos por su jefe Oñup O'mi y su joven hijo Rol'ac, quien, si bien se distinguía por sus desplantes de arrogancia, no era cruel ni violento. Rol'ac, como todo muchacho, fue un príncipe inmaduro, si bien nada inepto. Inmaduro porque él era novato en casi todo, del igual modo, era dedicado y desde luego diestro en lo demás. Tan colmado de algunas cualidades como de feos defectos, siguió diciéndome el anciano

* En la cosmogonía del Pueblo Cucapá, la Ññié (Sol) es una deidad femenina y se traduce como la Madre Luz; en cambio el Jl'á (Luna) es masculino, hermano menor de la Ññié y a la vez, su enemigo irreductible.

Cucapá. Llegó un momento de su vida en que lo tenían como un bravo entre los bravos y un noble entre los nobles. Y hubo razones, puesto que éste siempre demostraba en los hechos su bravura y su nobleza. Mas resultó que pasado el tiempo Rol'ac creció, como crecen todos cuando se cuelan los años y se volvió entonces, ¡ay!, en un jovenzuelo desdeñoso; tal vez demasiado altivo. Serían las consecuencias de la inmadurez que se arrastra con la juventud que, a veces, si no tenemos cuidado se lleva a cuestas toda la vida. La altivez nunca es buena. Es mejor atenerse a una sincera humildad como amiga y consejera, pues lo contrario, la soberbia, se paga muy caro y sus efectos nos arrinconan en su trampa de mil venenos. En fin.

Todo bien al principio. Mencionaba que Rol'ac fue preparado desde niño como un insuperable cazador y mejor líder al servicio de su propia comunidad. Sin quitarle su buena educación terminó, como ya dije, de arrogante. Y en ocasiones la sinceridad le faltaba mucha. Las mentiras y la altanería son otras de las trampas que se sufre por padecer de soberbia. Otro en fin. No obstante, corría la fama de él entre el Pueblo Cucapá como el más audaz, ya que era de los pocos que habían recorrido en solitario el dilatado Valle mostrando sus arrojos de gran explorador. Impetuosa alma que sería de admirarse. Pertenecía al regimiento de los que medían el mundo con la firmeza de sus pasos. Rol'ac conocía por entero cada risco o cada piedra de su territorio. En aquellos tiempos de olvido, las rocas y las cañas estaban sobre el manto de la tierra como cosas móviles y vivientes porque, en su origen, las piedras fueron insectos y parásitos que poblaron la piel del M'nie Gguí. Nadie podía recoger una piedra sin que ésta intentara huir y, en el caso de ser atrapada, al contacto con la mano se desmoronaba convirtiéndose en polvo de arena. De igual modo, quien buscara desarraigar a una caña pagaba las consecuencias porque ésta se enfurecía y azotaba con fuertes golpes al atrevido y enseguida los tallos dejaban escapar unos ruidos extraños que parecían algo así como un hondo murmullo, de tono espeluznante; rumores y silbidos terribles que hasta el más valiente del

Pueblo Cucapá se estremecía del miedo al oírlos. Con esto digo que las cosas en este fértil Valle estaban vivas, con una actividad sorprendente. Lo siguen estando, aunque no lo parezca. Nuestra región siempre fue el hogar de muchos seres de diversa naturaleza, pequeños y enormes. Algunos extraordinarios como el kòajen tan hermoso como no hay dos en ningún otro lado. Una tarde, cuando la Nñié se levantaba con toda la fuerza de su luz, Rol'ac advirtió la estampa de un precioso venado con una cornamenta de cien puntas. Quien fuera capaz de cazar semejante trofeo ganaría el respeto de todos. Si logro atraparlo, pensó en silencio Rol'ac, seré el orgullo de mi tribu. Me recordarán por mi hazaña mientras en el Valle crezca la hierba y las nubes estén sobre el firmamento. Rol'ac deseó con tanta fuerza el sublime animal, que gustoso hubiera ofrecido su mano derecha para conseguirlo. Como ya sabemos, por costumbre ajena o experiencia propia, de un capricho así nada bueno puede resultar; porque una cosa es la constancia y el empeño por lograr los objetivos, lo que es bueno, ahora que otro asunto es la necedad y el capricho ciego que surge de la tontería o por un banquete de soberbia. Ya se echa de ver que un acto de soberbia se paga muy caro, casi siempre demasiado caro. A veces el alto costo no se salda ni en una vida entera. En fin. Al siguiente día, decidió cazar al kòajen; lo esperó escondido, calladito, hasta que la Nñié estaba por desaparecer en el cielo. Empujado por el ansia Rol'ac se lanzó tras el ciervo, y éste, de tres poderosos saltos, se escapó fácilmente del príncipe. Brincando y brincando se fue hasta perderse consumido por la línea del horizonte. No estaba preparado para el fracaso. El acontecimiento lo dejó estupefacto. Rol'ac se sintió ofendido ante la impotencia para alcanzar un animal tan veloz. Gimió por su derrota en presencia de la Nñié, la Madre Luz, que sintió un poco de aprecio por el joven príncipe, aún y cuando ella era y sigue siendo refractaria al ser humano. Pues con todo resolvió ayudarlo y se le acercó para decirle en tono fraterno:

–¿Por qué te lamentas de esta manera, Rol'ac? – Le preguntó la diosa Sol con un tono suave y extrañamente cortés. En ese

instante todo el Valle creyó que el alba estallaba entre sonrisas de éteres que llovían como pétalos de bonanza, en un gesto de fortuna excepcional.

–Por un kòajen, Madre Luz. Quise atraparlo con mis manos y ya lo ves, me dejó en ridículo. Mi pena es tan grande como el desierto que se lo tragó. Merezco un castigo mortal. Ahora seré el escarnio de todos; se mofarán de mí ¡*Pau'ršey iíSh pa, Pau'ršey*! (¡La burla, la burla será!).

–Aquí no hubo más testigo que yo y si tú no dices nada, pues yo tampoco. Escasos son los que se percatan de lo que sucede dentro del Valle. ¡Ánimo joven príncipe! No habrá quién te deshonre, eso lo garantizo yo – le aseguró la Nñié.

–Me lo dices para mitigar mi amargura. Se te olvida que por aquí anda el astuto epiáu (zorro), y el māk'wa (coyote; se pronuncia *maatkawa*), y de seguro ellos se lo contarán a la pì'kmá (águila; que también se dice: *š'pá*), y ella al š'Jíik (puma), y así hasta que toda mi gente se entere. Este es un día triste, más valiera haberme muerto de mi pena que sufrir de un segundo más – recalcó el príncipe Rol'ac con un sincero malestar que conmovió a la inconmovible Madre Luz que, aquí vale recordarlo, aborrece al ser humano.

–Puede ser que tengas razón, en poco tiempo la noticia llegará hasta la casa de tu padre. Qué disgusto el tuyo, y ¿por qué no le arrojaste una buena piedra? Con la dureza que tienen y un poco de tu tino lo hubieras derribado. Inténtalo la próxima vez y el asunto quedará resuelto – le propuso la Nñié, muy satisfecha de haberle encontrado una fácil solución al nimio problema.

–¿Una piedra...? ¿Cómo podría yo hacer eso? – señaló un poco desairado y agregó: –Ni bien puedo tentarlas, son inquietas y van como locas de un lugar para el otro sin ton ni son, y cuando por fin consigues dominarlas para nada te sirven, pues se desintegran sobre la palma de la mano. Solamente las que son más grandes no se mueven, ya que tan pesadas son que ni siquiera con una docena de mis mejores guerreros las podemos levantar–. Escogiendo las palabras, el príncipe Rol'ac le explicó a la reina de los cielos una

realidad que cualquiera conocía dentro del Valle. Eso de que las piedras actuaran como objetos vivos y muy alborotados no sería ningún secreto, pues fueron antes parásitos bochincheros que vivían sobre la piel del M'nie Gguí.

–Veo que hay enojo en tus palabras y debe ser por causa de las piedras, más que por el kòajen. Te haré un regalo si me prometes volver a sonreír – le indicó la Nñié, y vio cómo el joven príncipe se llenaba de gozo.

–¡Un regalo! – exclamó entusiasmado el joven Rol'ac imaginándose al venado de la gran cornamenta rendido a sus pies. De inversa, la joven Sol pensaba en otras dichas. Marcó una roca con un rayo de su luz y pronunció: "Piedras y todas las de tu especie [...] en lo sucesivo habrán de quedarse en el mismo lugar y no podrán cambiarlo hasta que los seres que tiene aliento y corazón las muevan. Ahora no se desmoronarán hasta que a golpes las desbaraten y nunca más será suya la voluntad que sólo le pertenece a los entes que tienen vida. Cúmplase mi dicho desde luego». Y lo que dijo se cumplió por el poder de su *kuar*.

Igual que una provocación a un grito que se congelaba en los límites de lo no comprendido, el príncipe Rol'ac comprobó, fascinado, cómo fue que aquellas palabras hicieron efecto inmediato sobre todas las rocas del Valle. Sin duda, ante sí ocurrió un encantamiento sorprendente. Con asombro salió corriendo del lugar sin darle las gracias a la Sol por el milagro dado y se presentó con su papá, el prudente Oñup O'mí, a quien de un tirón le informó lleno de euforia:

–¡Mira padre! Una magia aconteció en nuestra casa para fortuna nuestra y del Pueblo Cucapá. Le hice un gran servicio a la Nñié y ella, en pago, me prometió un venado muy hermoso, a cambio, he conseguido como mejor favor que inmovilice a las piedras. Ahora tenemos el poder para tomarlas sin que se hagan arena ¡Véanlo todos! Nuestras viviendas serán de sólidas piedras a partir de ahora y las usaremos para muchos otros propósitos. Una nueva era ha comenzado.

El rey y los pobladores felicitaron al príncipe por el prodigio que logró y le gritaron vivas durante muchas horas. Lo eligieron como el *Paa M'gāiá pa gap gap'Ñal pa, íM'mat* (El mejor de todos). Incluso ahí fue nombrado *Ipáa'Wah* (Familia), que es una distinción enorme. Asimismo, allá en lo más alto del cielo, atenta estaba a la escena la Sol, que se ofendió por lo que estaba escuchando. Así que empezó a emitir sus rayos más calientes, y más por cada día. De poco en poco, sin que se advirtiera, con el aumento de calor se fueron desecando los ríos, los arroyos y las lagunas. Entre tanto, la flora se marchitaba tan lentamente que sólo Oñup O'mi pudo percatarse de lo que eso le significaría a su nación. Pasaron los días hasta que, en cierta ocasión, Rol'ac volvió a toparse con el venado una vez más. ¡Era magnífico! Su impresionante cornamenta lo dejó atónito más allá de lo esperado. Luego del pasmo vino la impaciencia que empezó a socavarle sus pocos cabales, hasta que su ansiedad se convirtió en angustia. Decidió ir por él. ¡Ah!, pero esta vez estaba preparado. El astuto príncipe había recogido cuanta piedra pudo; se agazapó en silencio; esperó y esperó con lo mejor de su paciencia para que el animal se le acercara. Cuando estaba al punto, le lanzó un par con todas sus fuerzas, de ahí que el kòajen huyó como si tuviera alas en las pezuñas. Tres, cuatro, cinco saltos fueron suficientes para que el gran venado cruzara la línea del horizonte. Y otra vez cayó la desesperanza sobre el príncipe Rol'ac que vio su oportunidad perdida e irrepetible. Lloriqueó con el anhelo de que la Madre Luz lo atendiera de nuevo. Resultó en nada. Pasaron las horas y la Nñié se ocultó tras las iK'güas (montañas), dejando una estela de rencor con la siniestra voluntad de ser invisible para el resto de los hombres del Pueblo Cucapá. Todo fue al revés. Al día siguiente la diosa regresaría a la bóveda celeste como lo hacía siempre, notando que ella estaría anulada de paciencia o buen humor. En seguida, se ubicó en el cielo el joven Jl'á (el Luna) –amigo de los seres humanos que viven en el Valle– y éste se puso contento de que su hermana hubiera dejado su lugar en las alturas. Vio entonces que Rol'ac estaba

muy triste, y sabiendo bien poco de la displicencia de la Ñnié y sus motivos, se le acercó para preguntarle:

–¿Y qué es lo que te hace tan desdichado esta noche de hermosura sin par, príncipe Rol'ac? Vamos. Quita esa cara que no te va. Observa a las ¡Yú'míic, ¿por qué no estás viendo a las estrellas que son las inquietas luciérnagas a punto de escaparse del cielo para volver a tu lado? Convendría que escucharas el canto de los grillos que todo lo alegran con su ritmo contagioso. Quien atento los oye, se estremece de ternura. Deberías ser feliz y a gusto rendirte al descanso. Anímate, que la ventura será para quienes saben reconocerla y, para quienes no, vivirán mustios, apagados. Igualito que ahora estás tú sin construir los puentes que libren las tristezas. Entérate muchacho que, a tu edad, las preocupaciones no existen, se quedan en el borrón y cuenta nueva. Todo tiene solución y si no la encuentras hoy, ya la encontrarás mañana. Olvida los sufrimientos. La dicha la tienes enfrente, aunque no quieras verla. Así que date bríos que hoy es un día estupendo para que tomes el aire tonificante que baja del céfiro al desierto. ¡Ánimo muchacho! Ánimo que el "Hoy", es el "Todavía", y resulta siempre que el "Aún" y el "Todavía", son la "Esperanza" de quien arrumba al "Jamás".

–¡Oh, maldita mi suerte! Ay, ¿no viste lo que me sucedió? – Clamó Rol'ac exagerando un poquito el sollozo y luego agregó: Quise cazar a un venado con estos pedruscos inútiles, pero mi fuerza no pudo lanzarlos con suficiente potencia como para herir su piel o para derribarlo siquiera ¡Se fue, y se fue, y no volverá!

–Es ridícula la razón para tu pena, ¿no te parece? Creo que un kòajen no puede ser un trasto tan importante. Hay miles en esta tierra.

–¡No!, Jl'á, parece que tú no entiendes nada. Ciervos como el que se me escapó sólo hay uno y es la segunda vez que fallo en atraparlo ¿Te das cuenta ahora? Yo, que soy el mejor cazador, fracasé; y van dos veces, ¡dos!

–Ya veo ¿Y me dices que su piel estaba gruesa, muy resistente? Pues ya está. No estés triste que esto puede arreglarse.

Todo tiene una solución y lo que no tiene solución, desde el comienzo se queda ya solucionado por la misma carencia de solución. ¡Ánimo, tú eres un afortunado! Sonríe pues, que la tristeza es para quien le faltan los amores o los amigos, y sé que a ti te sobran de los dos–. El Luna sonrió quitado de presiones e ilusiones terrenales. Meditó un instante y, como en realidad le fue simpático el príncipe y sus congojas, decidió que le daría un regalo.

–¡Un regalo! ¡Estupendo! ¿Cuál será, dime pronto? – preguntó arrebatado de emoción el joven Rol'ac porque que en su imaginación de atolondrado ya veía al kòajen de la gran cornamenta rendido a sus pies, listo para llevárselo. Mas no fue así. En cambio, el joven Luna le mandó que hiciera:

–Ve y arranca una de estas cañas largas que crecen por la orilla de aquel río. Escoge de las más altas si quieres, que son las mejores, y golpeando una piedra contra otra fabricarás un filoso aguijón, que, si lo atas a la punta de la caña, ya tienes una lanza con que cazarlo. Problema resuelto.

–¡Vaya remedio! Joven Luna, eso no se puede – interrumpió Rol'ac. –¿Qué acaso ignoras tú que el susurro de los cañaverales es tan espeluznante, que paralizaría de horror hasta los mismos dioses? Además, ¿cómo podría yo siquiera acercarme sin que me azoten? ¡Ui! No. Imposible. Las cañas son resueltas y muy peligrosas, saben defenderse bien, como que antes fueron los bigotes del M'nie Gguí. Quien se arrime a ellas demasiado, recibirá un varetazo por imprudente. Si lo hago, yo sufriría uno de esos brutales ramalazos que cambian la personalidad para siempre. No. Ni lo pienses. No lo haré. Algunos, después del golpe recibido, jamás vuelven a bromear y menos a sonreír. ¿Los has visto? Vagan por las dunas con el alma abollada.

–Es verdad, me consta que sí. A veces los veo con su andar torpe y el corazón oprimido. Por otra parte, si prometes volver al regocijo, haré una gran invocación demandándole a las cañas que ¡ya no asusten a nadie más! ¿Qué opinas, será un buen regalo el mío? ¿Me reirás ahora?

–Me parece bien. Tu palabra (*kuar*) es conjuro de poder y seguro que lo dicho se cumplirá – le contestó el joven Rol'ac en un tono de franca desilusión, cuando comprobó que del venado no habría nada.

El Luna se dirigió hasta el borde del río, se aclaró la garganta y ordenó: "Cañas y toda las de tu especie, en lo sucesivo y porque así lo mando, de ahora en adelante se dejarán podar por el Pueblo Cucapá. Ya no azotarán a nadie más, ni asustarán con sus murmullos, ni tampoco habrá razón para enojarse contra ninguno que se acerque demasiado a sus terrenos. No tendrán la voluntad que sólo es facultad de los seres que tienen aliento y corazón. Y también declaro que, a partir de este instante, su savia sirva para endulzarles la boca de los niños a quienes doy este regalo para que me recuerden por siempre jamás. Que cuanto dije y como lo he dicho se cumpla desde luego". Y su voz de Dios importante se cumplió tal cual. Su *kuar* es la creación misma. Como sabemos, las palabras, que no son cosas, sino que son el nombre de las "cosas", también tienen la facultad de crear los hechos y los escenarios. Al igual que algunas circunstancias según se presenten en sus variados contextos. Nombran las cosas, es obvio. Sin embargo, cuando las palabras obran en un conjuro como el que se realizó entre las cañas, el nombre de las cosas se convierte en un objeto, que a su vez forma y transforma una realidad. De ahí que sí exista el poder de las palabras en general, no se diga ya si hablamos del portentoso súper poder del joven Luna que, con sólo su verbo, su *kuar*, podía crear lo que quisiera, cuando lo quisiera. Así que el joven Rol'ac se sorprendió muchísimo cuando vio el resultado de aquella asombrosa magia que cobraba vigencia al momento. Estaba tan aturdido, como aturdidos nos deja una buena noticia, que se alejó corriendo para verse con su padre Oñup O'mi, olvidando agradecerle al Luna su inesperado regalo. Éste llegó raudo hasta su casa y le contó a su progenitor la siguiente falsedad:

–Padre mío, el Jl'á quería ofrecerme un maravilloso venado en pago a un favor que le hice y pronto escogí como mejor re-

compensa que con su poder de expresión, hiciera que las cañas nos convidaran el dulce líquido de su tallo y que estuvieran a nuestro servicio. ¡Véanlo todos! Además, ya no azotarán a nadie si nos acercamos, ahora su murmullo no podrá asustarnos de aquí en adelante.

Oñup O'mi y su gente festejaron el don que se consiguió del joven Luna. En lo alto, éste se ofendió tanto por aquellas mentiras dichas por Rol'ac, que nadie se dio cuenta, únicamente Oñup O'mi supo que algo en los cielos de esa noche no estaba bien. Sólo el sabio guía de los nobles cucapás aseguró haber escuchado cuando la terrible venganza del Jl'á eclipsó la noche con su profética entreluz. Pleno de incertidumbre se avizoraba el porvenir, porque, como ya se sabe, con el tiempo toda mentira se descubre y sus consecuencias son tremendas.

Pasaron los días. El Valle seguía laborioso y feliz sin sospechar nada malo. Por alguna extraña razón, poco a poco la amargura se estaba adueñando del corazón de los cucapás. Ninguno comprendía el por qué. Nadie. Sólo Oñup O'mi, quien aún aguardaba inútilmente a que su hijo enmendara los hechos diciendo la verdad. Tampoco se atrevía a confesarlo. Antes, al contrario, tornó su arrogancia más grande que su prudencia. Por lo demás, en cada oportunidad que tenía Oñup O'mi le preguntaba a su hijo si conocía o no por qué la Ñnié y el Jl'á estaban molestos con los habitantes del Valle. Más que soberbio contestaba que no; que él nada sabía y que mejor buscara en otra parte al culpable de los enojos porque él no estaba de humor para responderle semejantes preguntas. Los días pasaron pesados como un fardo de penurias. Y en uno de aquellos, cuando la Sol ensayaba para ser más ruin aún, el joven Rol'ac se encontró por su camino al kòajen de la colosal cornamenta. Esta vez el joven príncipe estaba armado de una lanza forjada con la caña más alta que pudo encontrar y, atada en la punta, quedaba puesta la piedra más filosa que pudo fabricar. Rol'ac se mantuvo oculto; sigiloso esperó a que el animal se aproximara y cuando estuvo a conveniente distancia. ¡Ah! Él saltó de su

escondite y le arrojó la lanza con todas sus fuerzas… tanto empuje fue aplicado, que la lanza voló de paso, cruzó el desierto, los ríos y las lagunas que aún existían, y llegó hasta la casa del rey Oñup O'mi, a quien la pica atravesó por el pecho de parte a parte. Aquellos que fueron testigos de esta tragedia murieron con los ojos abiertos, fijos en la huella que el arma dejó grabada en el viento. Viento que, a partir de ese día, le dio por empujar la inmensidad de las arenas del desierto que empezaba a formarse por todos lados, cubriendo un vacío que antes fue un edén de belleza ya olvidada. El Valle, que no hacía mucho era un lugar de regocijo y de constantes alegrías, se llenó de una gran tribulación. La primera de cuantiosas que vendrían después, buscando el exterminio del territorio Cucapá. Por otra parte, Oñup O'mi martirizado sangró mil veces mil la cantidad de sangre que pudieran tener todas las tribus del Valle. Su sangre manó y manó cubriéndolo todo a su paso, como un manto de marcado sufrimiento imposible de frenar. Así fue como se entintaron de bermejo las piedras de esta región, y ninguna lluvia disolverá su color jamás. Queda como un recuerdo perdurable del alto precio que se debe pagar por la soberbia, que todo lo envenena; que tan caro cuesta. Y obvio entonces, por aquí tenemos un recordatorio eterno de lo caro que cuesta también, una mentira. Por medida contundente –y sin duda bastante cruel–, al saber el Pueblo Cucapá que el causante de tanta desgracia había sido nada menos que Rol'ac, y después que confesó sus insultos a la Madre Luz y al Jl'á, le pusieron como castigo que no volviera a tocar el suelo de su reino, y al marcharse le cerraron tras sus pasos todos los caminos para que ni de lejos pudiera ver su casa.

Rol'ac anduvo triste, inconsolable, por toda la tierra que circundaba el dominio perdido. Deambulando hasta que, pasado mucho, mucho tiempo, cuando ya de su reputación de gran afortunado no quedaba ni el menor recuerdo, se arrastró suplicándole al joven Luna y a la joven Sol que le disculparan de su arrogancia, jurándole a ambos que nunca más los volvería a insultar. Fue inútil, ni uno ni la otra le concedió el perdón.

Entonces Rol'ac prometió no moverse de su lugar ni desistir de sus lamentos, hasta que alguno de los dos lo perdonara. Pasaron muchos días, más días de los que vive uno que no está hechizado; tantos días y todos los pasó llorando Rol'ac, hasta formar con sus lágrimas una enorme Laguna Salada. El perdón para Rol'ac nunca llegó, ya se sabe, porque el insulto de soberbia no se pasa por alto tan fácilmente. Por eso a nadie debemos ofender, jamás. Tal vez un insulto se perdone, y no por eso ya se olvida. En fin. El paraíso iba convirtiéndose poco a poco en un desierto. Sólo espinas crecían en lugar de flores o capullos. El calor aumentaba a cada momento, hasta que se hizo intolerable tanto de día como por las noches. Las piedras de esta región se volvieron quebradizas. Las cañas se tornaron en carrizos, huecos y sin líquido alguno. Flacos popotes que cuando el viento arenoso los mueve, ¡ui!, dejan escapar un murmullo espeluznante con el cual, ayudado por la luz entenebrada de la luna, hacen así, como que quieren asustar y se revelan y se azotan y no se sabe si es el viento. Puede que se muevan porque aún están vivos los carrizales. Ya lo dijimos, ¿o no? Al menos vivos estuvieron en los orígenes del tiempo, cuando todo permanecía bañado de un insólito nuevo.

Rol'ac había cambiado en un ortigal el paraíso del Valle Cucapá y, para su mal, una noche en que el desconsuelo y la tonta desesperación le arrebataron lo que le quedaba de su voluntad, consumido, le exigió al joven Luna que lo escuchara, pues era ya demasiado lo que había sufrido por un descuido de sus arranques juveniles: ¡Jl'á maldito, Yo'ip…! Le demandó con el puño en alto.

–¡Rol'ac! ¡Mnitái n'jæ pa J'miíp iS nñiēwei pa, Yo'ip! – le contestó muy molesto el joven Luna, y después le preguntó con el ceño fruncido: Aprecio a los hombres del Pueblo Cucapá más de lo que te imaginas porque son mis más amadas creaciones. Con amor y todo, parece que tú, nñiēwei**, no conoces el infinito poder de mi furia. Aguza tus oídos y atiende lo que dices, que

** Por si quieres saber: *nñiēwei*, significa: Tonto.

son insultos. ¿Quién te crees que eres? Me exiges que te escuche como si aún conservaras el digno puesto de príncipe y gran guerrero del Valle; me tratas como si fueras tú un águila y yo un ratón. No eres nada en este mundo. ¡Nada! Eres menos que la arena que el viento moverá a su antojo en este gran páramo que se forma sin que tú lo notes. Tanta insolencia de tu parte me causa mucha risión, si es que antes no me hubiera avergonzado. Tu insolencia ya no tiene remedio Rol'ac y ésta es tan grave que debo castigarla con la más severa pena impuesta. Ahora la conocerás, así que guarda silencio y escúchame: Por insolente, tu penitencia quedará eterna y servirás de triste escarmiento para todos los de tu raza. Te convertiré en un enorme cerro, al que ningún árbol y ninguna flor, ni nada vivo acompañe. Aquí vivirás, como Centinela, y guardarás la entrada al Valle, junto a esta Laguna Salada que tú formaste y que mi hermana, la Ññié, calcinará por siempre. ¡Por siempre!

Con la brutalidad de un rayo, se cumplió la sentencia en ese instante. Rol'ac sigue ahí, justo a la entrada de estas tierras, para quien lo quiera ver.

No cabe duda de que fue un castigo desmedido como no existe ni existirá otro igual. Por un tiempo volvió la paz al Valle, mas no la dicha de antes. Después de aplicado el suplicio a Rol'ac Centinela, transcurrieron muchos años en silencio sin hallar resignación. Y en un amanecer, cuando toda la armonía del universo se había reunido cerca del cerro del Centinela, y la interminable plegaria de los tiempos se podía sentir sobre la piel, apareció de la nada una gotita de rocío que, al ver la desgracia en que estaba Rol'ac se estremeció de una compasión jamás sentida. Una conmiseración que cimbró el océano cósmico del desierto universal. Y entonces el Rocío quiso darle un regalo para que le mitigara sus mortificaciones, y fue de tal manera que de pronto le nació a sus bajos una hermosa planta cargada de florecillas del color de la soledad. El Rocío pudo haberla llamado gardenia, jazmín o magnolia pues aún los nombres de las flores no se escogían todos. Tan bella estaba y tan gráciles sus

capullitos, que se eligió para nombre inolvidable el de Cachanilla. Con esta planta, en un simulacro de fronda a la distancia que hizo parecer que el desierto jamás existiría, el Valle quedó completo en su equilibrio. Por un par de semanas y sin otra entidad viva, aquellos matorrales le adornaron las faldas al Rol'ac, el Centinela. Entre las rachas y las brisas, multitud de sonidos distintos le devoraron los lamentos de su eterna humillación para convertirlos en canto. Por eso es que el Centinela parece resguardarse en los silencios del desierto, entonando para sí la melodía del Rocío, y claro, sin que lo consiga del todo pues de repente se corta y el silencio se impone con su presencia de fantasma. Luego vuelve. A ratos el quejarse continúa dolorosamente sin ninguna interrupción. Muy en tonos agudos se percibe, concretamente se oye mejor por las noches. Sólo aquel que ponga suficiente esmero puede captar los sollozos si es que sube hasta la cima del Centinela. Son gemidos que aún ahora van mendigando algún perdón. Los lamentos siguen. Aunque el sonido de los vientos entre las matas de Cachanilla se mitigue un poco, semejantes rumores pueden enloquecer a quien sea. Sucede quizás, no lo sé, porque buscan un alivio que no llega nunca y que no llegará jamás. Y atención con lo que sigue: ¡Ay, del condenado que no conoce el final de su suplicio! Para colmo de males y como si no fuera aún suficiente todo aquello, la maliciosa joven Sol, Madre Luz y origen de todo lo hermoso y lo feo, de lo vivo y lo muerto, se dio cuenta de su presencia y pobre Cachanilla. Ella, todavía no saciada de su cruel revancha, transformó el regalo del Rocío en la casi marchita planta que hoy podemos ver. Arbolillo percudido en su verde gris; mata agotada de vejez desde el nacimiento; con esas humildes flores que parecen tener miedo de asomarse otra vez a la vida exterior.

Aquí termina la historia del anciano Cucapá. Cansadas, las voces se guardan en el sosiego de la noche. Silente en total aliento. La noche reposada cual veleta sin viento en la mitad perfecta del tiempo absoluto. Las aves se disponen ya para su viaje al gran iŃ'güésh de eterna luz. El Pueblo Cucapá ahora

se recoge seguro en las tranquilidades del desierto. Y en esta paz, reflexiono en lo escuchado. Me costaba trabajo creer en tantos espejismos. Todo fue, digamos, como ir tras un racimo de visiones. Sin embargo, por cada ocasión que veo al Cerro del Centinela, me viene a mi memoria la leyenda de Rol'ac. Que ahí está ciertamente: Postrado, como si quisiera ocultarle el rostro al Sol metiéndolo entre las rodillas y con las manos sobre la nuca. Ahí está, tumbado en su humillación junto a la Laguna Salada, el producto de su inacabable tristeza, temiendo eternamente un castigo peor. Luego, palpo las piedras con mis dedos y se me desmoronan sobre la palma de mi mano en una cascada de arena que empuja el viento infantil, para hacer remolinos. Y después confirmo la condición de los carrizos, cuando sale de su oquedad un melancólico murmullo si con él se fabrica una flauta. Y de la realidad innegable de la pobre Cachanilla, una planta cuyo porte bien pudo haber sido un enjambre de lucecillas blancas y violetas, y que ahora sólo sirve para la techumbre en las casas de los cucapás. Y del resplandeciente desierto con esa extensión que apenas abarca la mirada para perderse entre la vastedad del horizonte. Se le ve tan árido y yermo, y a la vez está tan lleno de vida, que cuesta creerlo. Finalmente, los venados, más hermosos acá que en ninguna otra parte. En fin. Todo me sugiere que sí, que en cierto momento pudo florecer un jardín, hoy extraviado en alguna época remotísima, cuando la Ññié y el Jl'á fueron jóvenes. Un paraíso como no lo existe ni existirá en otros lugares conocidos. Y también cierta me parece esta leyenda, luego de analizar el nombre de Rol'ac, cuando descubrí que sus letras al revés se leían calor, el mismo calorón que sufrimos aquí, como el recordatorio de un cruel castigo de cuarentaicinco grados a la sombra, que se nos queda en la piel como un tatuaje sello de nuestro lugar de origen y este símil no es incorrecto. Es un bochorno infame de ahogada canícula que confunde mi mente y destruye las sillas de mi juicio. Sería pues que, quizás, todo se me está quedando en desfiguros. Sólo en esto y más, nada. Lo mío puede ser en tal caso una confusión que me pro-

voca el calor. Tal vez esta incesante contemplación del escaso paisaje que da el desierto sea lo que me hace desvariar. Quizás. Aun así, me estoy contemplando y contemplando, y me pongo a alucinar en el kòajen que sigue corriendo, libre, eterno, con su enorme cornamenta de mil puntas y así, contemplando, reflexiono un poco más en aquel anciano Cucapá; y contemplando así, contemplando, me gustaría aceptar que su historia pudo haber sido cierta.

De cómo se produjo el arco iris

En efecto, no solamente los viejos residentes del Pueblo Cucapá tenían voz y temas para contarnos las vicisitudes del origen de su mundo, o para decirnos cómo fueron estas peripecias en el comienzo de los tiempos. Allá, cuando la Sol y el Luna fueron jóvenes hubo alguna vez una niña ancianita muy sabia llamada Ipá Ak'mesh, ella surgida de una gota de agua purísima, que había nacido sola, con el rostro en lasitud, con apenas expresión, que también quiso relatarme sus leyendas del mismo modo que el anciano Cucapá nos contó la historia de Rol'ac.

Aseguraban de Ipá Ak'mesh, que cuando niña (ella siempre será niña, aunque envejezca) casi no sonreía porque estaba sentenciada a presenciar la extinción de la humanidad. Esto mero dicho, la extinción, sucedería, con escasa diferencia de tiempo entre otros tantos eventos terribles; sucedería inmediatamente después de que la gigantesca tortuga Tzíi-tzíi terminara de contar sus extraordinarias historias marinas. La Madre Luz, más que rencorosa e intolerante, la había castigado para que presenciara la muerte del último ser vivo sobre la faz terrena, porque ella, siendo una niña, con su tiernísima mirada le mandó un mensaje a el Jl'á e hizo que él (el Luna), se interpusiera entre los seres humanos y su hermana poderosa, para que de este modo el Pueblo Cucapá se salvara de la primera extinción, a cargo de los perversos K'wñchès. (Recuerda este detalle que más delante sabrás por qué se interpuso,

cuando llegue el momento). Ahora que sonreír, sonreír, creo que Ipá Ak'mesh sí lo hizo dos veces en toda su vida y, las dos, por las luciérnagas y con las luciérnagas. Luego nunca más. La presencia del apocalipsis en su mente no le dejaba espacio para ser realmente feliz por demasiado tiempo; por eso el apelativo que llevaba. Este nombre se lo dio el noble Jłuiū (zorrillo) y significa "Persona de ojos cansados", porque cuando el zorrillo la encontró desabrigada y sola en medio del desierto, se dijo a sí mismo: *Ií Wăñné ip'tẓuá pa, joá'ñak pa a'iS ipá Ak'mesh*. (Esta niña de ojos sin consuelo, es una persona). *Sá'ñaá pa, Wăñné ipá Cuk'pá* (Esta niña pertenece a los Cucapá). *Ip'áash, is pa, Yo'ip Wăñné* (El día de hoy escucharemos con atención a la niña). Y la niña, que ahora es una abuela mágica; una abuela prodigiosa de ojos tristísimos que nos recuerdan la supuesta ilusión de una vida extendida, inacabable y feliz dentro de este Valle, preparó su voz y su memoria. Ipá Ak'mesh relató lo siguiente:

Expuso que, cuando niña, la tarde en que el zorrillo y ella se encontraron en medio del desierto, ni una ni el otro sabían que iban a vivir muchos, muchos, pero muchos años, hasta ver el fin de la especie humana. Esa tarde Ipá Ak'mesh estaba jugando con el borde del firmamento; se hallaba sola, alineada ahí en la ruta por donde pasaría *Aquel que camina* para que la descubriera. Siendo más precisos, diremos que ella permanecía ahí, puesta adrede por el joven Luna, en medio de lo inhóspito, con el objeto de que el M'nie Gguí se la llevara. Se la cargara para allá, lejos, lejos, hasta el centro del horizonte; muy lejos; para allá, hasta donde aquél se lleva a los críos que luego dicen que se pierden en el desierto, cuando en realidad no se pierden porque todo el Pueblo Cucapá lo entiende: Los niños se quedan con el andarín de los pausados ecos. Se los arropa para que cuiden su piel de colores que tanto trabajo costó hacerla y él pueda seguir caminando y caminando, dado que no puede detenerse nunca. Los niños que se extravían en el desierto cuidan los arco iris para que el bonachón en su marcha no tenga qué hacerlo. De hecho, cuando algún miembro de la comunidad Cucapá muere, se convierte en niño y se va a

resguardar los ko'Ašiúu. En cambio, si se ha portado mal durante su vida, no se convierte en nada ni lo ponen a custodiar ninguna gracia, menos a los arco iris. Eso es espantoso de malo, puesto que, si alguien se comporta indebidamente, de castigo jamás volverá a ser peque; un castigo terrible porque todo el mundo sabe que ser niño es vivir en el paraíso. Cuidar arco iris es el mejor oficio del mundo entero; el mejor y el más divertido. A los nenes… ¡Ah! Les encanta este trabajo y se ríen de contentos todo el día. El M'nie Gguí también se ríe. A éste le gusta que sus amiguitos gocen mientras cuidan los arco iris y él sigue en su marcha duradera, sin detenerse; porque eso mismo es lo que debe hacer un M'nie Gguí; caminar y caminar. Bueno, es cierto que solamente puede haber uno en este planeta y, en consecuencia, aún si hubiera dos, tres o más M'nie Gguíes, lo mismo harían, moverse. Si bien sólo hay uno, la niña Ipá Ak'mesh sabía que este andar continuo era en provechoso canje de muchos beneficios para la humanidad. Beneficios que desde aquellos primeros tiempos virtuosos de la creación hasta ahora cuentan mucho. Por ejemplo, que siempre y puntual volviera la primavera. Que, además, por el silente eco que producían sus pasos al andar, los frutos no perdieran su dulzura. Esto era y es, a cambio también, para que no se escaparan nunca rumbo al mar todos los peces de los ríos y que tampoco dejaran al mar sin habitantes. Otro más: Que las aves, y las ú'ñuKs (las garzas) traicioneras, no se desplomaran de los cielos mientras volaban, porque entonces, si acaso tales hechos ocurrieran, el mundo se quedaría sin color y sin sueños o esperanzas, porque súbitamente los Cucapás dejaría de existir en ese día. Como todo el Pueblo Cucapá aprende, el nombre para donde el M'nie Gguí conduce a los niños, no se debe pronunciar nunca, puesto que es un lugar escondido que solamente reconoce el Jłuiū (que a partir de ahora mejor lo llamaremos Nñupáa, un apelativo que es más digno y merecido. Ya veremos por qué). Sitio oculto que ni en balbucir se puede citar. Sólo el Nñupáa puede mentarlo. Y puede, porque no sólo él se adentró allá primero que nadie, sino por ser el primero que lo "encontró" para fortuna de su amigo el M'nie

Gguí que necesitaba de un sitio seguro para guardar su enorme piel lumínica. El Nñupáa (antes el Jluiū, aunque siempre zorrillo) estuvo unos instantes por allí una vez. En ese lugar, examinó primero que fuera salvo; después dio aviso de la ubicación del sector y se retiró para nunca regresar más. Nadie sabe las razones, pero el zorrillo no debe volver al sitio en donde se resguardan los ko'Ašiúu. Tal vez porque su olor lo pondría al descubierto y se delataría… o no sé por qué. A nadie conviene que se sepa en dónde está el sitio sagrado. Existen santuarios vedados que jamás se deben buscar y a estos no se les encuentra por casualidad, sino que el venerado rincón te encuentra a ti, si acaso lo mereces.

Nuestro amigo, amigote, mejor dicho, no es como se pudiera pensar, un ser ruin, ni mucho menos malvado, porque se lleva a los pequeñitos si los descubre en su camino; no es cruel, mas, al contrario, conservaba su buen "corazón" y, en tal sentido, algunas veces debía llevarse a una niña, o niño, para que le cuiden sus bienes más preciados, es decir, los arco iris que son muchos, dado que el M'nie Gguí era una criatura que no podía estarse fijo en ningún puesto para vigilarlos o para cuidarlos con el esmero que se debe, tenía que seguirle con su camino porque eso es lo que le corresponde que haga el enorme M'nie Gguí, trajinarle y trajinarle, eternamente trajinar para producir su silente eco. No era malo, señalaba. Eso no. En el inicio de la creación esta criatura gigantesca se había sacrificado mucho en favor de todo cuanto vemos y percibimos sobre la superficie de lo que ahora conocemos como Tierra, porque entonces, cuando los tiempos apenas empezaban, las aguas del océano cubrían todo. La aguas eran casi lo único que aparecía por doquier, pues tierra había y, por lo dicho, muy poca. La extensión de suelo sólido es lo más importante de cuanto existe en el mundo. Nada es más estimable para los seres que no somos peces que el terreno duro que pisamos; ni siquiera el oro y los diamantes; ni siquiera la plata y las turquesas, nada. Sin tierra firme en donde guardar el oro y los diamantes, o adónde poner la plata y las turquesas, ¿qué valor tendrían las riquezas? ¿De qué nos servirían después de todo? Así que, en un mundo de océanos

circundantes, con muy, muy, pero muy poquita cancha firme que pisar, el suelo se consideraba lo más, más, más valioso, y –como estaba narrando la niña anciana Ipá Ak'mesh–, tierra sí había, mas era escasa. Insuficiente. Aquí hacemos un pequeño paréntesis para explicarte el valor de las riquezas: Entérate. Nada, nada tiene valor, a menos que alguien más se lo dé. Si tienes una turquesa y nadie en el mundo la desea, pues entonces tú turquesa no tiene ningún valor. Si alguien la desea, entonces sí vale. No importa que sea una sola persona quien la demanda, pues con eso ya tiene un valor. Sea turquesa o cualquier piedra fina, vale, si es que alguien más te la quiere comprar. Los objetos valen porque otro les da esa validez. Ni siquiera los diamantes o el oro por el que se derrama tanta sangre y tanto sufrimiento tienen valor. Nada. Si no codiciáramos tanto objeto material tan desmedidamente, el mundo de ahora sería un poco mejor. El Pueblo Cucapá jamás –ni en cinco mil años–, usó dinero u otros valores materiales para subsistir. Usaban el trabajo, vendían, como hasta ahora, su mano de obra, que es más valiosa que el dinero, porque el dinero por sí sólo no construye nada. Las cosas materiales las construye el trabajo, cuyo producto se puede vender o intercambiar. Los objetos tienen valor, solamente si *alguien* más los necesita o si es que se ansía el arreglo en cuestión. Si no, no. Pues ya te indicaba: Fue entonces cuando un día muy de madrugada, previo al amanecer, el grandulón habló con el joven Jl'á para solicitarle algo más de tierra que pisar:

–Jl'á, antes de que acabe esta noche tan hermosa, quiero pedirte un deseo.

–Y ¿qué es lo que quieres de mí? – le preguntó el joven Luna creyendo que su buen amigo iba a suplicarle que le diera otro aspecto, o al menos que le quitara lo corpachón y malcarado y lo dejara sin espolones en las rodillas. Porque él era de un color pardo… más bien dicho, de un marrón suave era; enorme era, peludo era, feo era y también manso como una buena vaca, ¿vaca? Sí, vaca. De las mansas y amigables, comprensible está la descripción. Todo eso era el amado gigantón y lo sigue siendo aún hasta nuestros días. Le suplicó:

–Desearía encontrarme con más superficie firme adonde pueda colocar mis patas. Voy y voy hacia la izquierda, y el suelo se acaba con el mar; marcho y marcho hacia la derecha, y la tierra se termina también. He caminado y caminado para allá y para acá, y lo mismo, me quedo sin dónde poner un pie. Lo sólido se acaba ¿No crees que todo esto sea demasiada agua? Así que, ¿por qué no pedirte, no sé, algo más de tierrita estable? Debe haber que sobre por alguna parte y me la quieras regalar. Tal vez si buscamos un poquito por ahí, o por acá… Poniendo de tu parte y buenas voluntades, se podrá.

–Pues no. No se puede. No hay más. Lo que acá contemplas, es lo que hay. Mi hermana forjó toda la que ves y tienes y más que esto, ¡nada! – le aseveró contundente el joven Jl'á para así cortarle la plática.

El M'nie Gguí, apegado a su razón y creyente de cuanto manifestaba, se pasó todo lo que quedaba de la noche discutiendo sobre aguas y tierra estable. Insistía en lo injusto del poco espacio para transitar sin detenerse, porque eso mismo es lo que hace siempre el M'nie Gguí: Se mueve. Va en su caminar y caminar hasta que caminar más no puede, pues aparece el mar. Y ya presente el mar, se le acaba la cuerda. El M'nie Gguí no sabe nadar. En fin… ya tú sabes; en el agua puede ahogarse. Insistía e insistía tratando, hasta que el Jl'á le atajó muy molesto:

–¡Suficiente, amigo mío! Aquí viene la loquita de mi hermana, si quieres seguir discutiendo, hazlo con ella–. El Jl'á se pone de muy mal humor cuando su hermana la Ñnié, se apropia de la bóveda celeste y él, se retira sin dirigirle una palabra. Hay veces en que no se va del todo y adrede se eterniza por un momento para agriarle el día. Él permanece distante del alcance de su hermana y de igual modo, en el mismo cielo abierto, ¡jáh!, porque quiere hacerla enojar. ¡Siempre lo consigue! Antes las dos divinidades estaban juntas, no obstante, por culpa de una nimia discusión sobre la creación de una tortuga del desierto, la Madre Luz botó a su hermanito menor del cielo. Desde entonces, desde el origen del tiempo quiero decir, ellos siguen separados sin ninguna po-

sible reconciliación. El joven Luna por un lado y muy aparte su hermana, la Madre Luz.

La Ñnié ya se acerca anunciada por la aurora matutina que se acomoda sobre todos los firmamentos. Asoma primero su gran corona de blanca incandescencia y luego muestra esa cara luminosa que ya le conocemos. Su semblante majestuoso se siente en cada rincón del planeta y éste vibra, se estremece por virtud de su benévola impiedad. El M'nie Gguí le susurró algo para llamar su atención, sin embargo, la Madre Luz, creadora de todo lo vivo y lo muerto, de todo lo bello y lo feo, no le contestó porque el joven Jl'á aún permanecía en el alto cielo y no terminaba de irse. El eterno caminante era muy amigo del joven Luna, y no tanto amiguito de la Madre Luz, si bien sentía un gran respeto por esta celestial deidad de fuego. Aunque por una y por el otro profesaba un especial aprecio sincero, el Jl'á siempre fue su mejor aliado y seguidor. Y ahora, ahí estaban los dos en los limbos, despreciándose mutuamente. Disimulando, el corpachón observaba cómo los hermanitos se miraban sin hablarse... ¡Ji, ji, ji! Mustios del humor ambos, lacios ambos, pachorrudos ambos, necios ambos. Ambos se observaban de soslayo sin rendirse en sus terrenos pues el cielo era la casa de los dos, mientras no estén juntitos. De hecho, esta rivalidad nació mucho antes de que la Madre Luz creara a la hermosísima tortuga del desierto. Los problemas y altercados los causaban tantas modificaciones a sus creaciones mundanas que entre los dos se daban. El disgusto que derramó el vaso fue por la tortuga mencionada y, por eso mismo, se repartieron el cielo. Pues bueno… casi media hora después la Ñnié entraba sonriente y de mejor deleite, porque el Jl'á ya no estaba en el firmamento. Luego le preguntó a el M'nie Gguí por qué discutía con el antipático de su hermano.

–*Aā Ií sua̲'ñié pa, íU'ïish* (Por tu culpa). Yo trataba de pedirle un deseo, uno solo, y era éste, que me concediera una mayor extensión de terreno porque el que hay es poco, muy poco. Quiero caminar y caminar como lo hago, sin que el mar impida mi marcha sempiterna. Por eso dije por tu culpa, por eso discutíamos.

–¿Y por qué sería mi culpa? – le preguntó intrigada la Nñié.

–Porque él insistía en explicarme que no hay más tierra puesto que así se te ocurrió hacer el mundo; a ti, y a nadie más que a ti, así es que tú y nadie más que tú eres la responsable. – respondió con sus resignadas palabras y, además, advirtió que la Sol hizo un gesto de extrañeza, se sorbió los aires con profunda entereza y luego asentó como si tal:

–¡Ah! Ya veo, sí, ya se ve; con que, por mi culpa, ¿no es así? Entonces no debiste pedírsela a Él, que no sirve para nada, sino a mí, que soy la Gran Creadora. A ver, pídeme tierra y verás que esto que falta estará resuelto.

–Sé que tú puedes. Los dos pueden, si es que lo desean de corazón. Porque de haberlo querido Él me hubiera regalado más terreno. Estoy seguro de que también el Jl'á sabe cómo, tanto como tú; ambos son iguales, son familia, son poderosísimos, son imperiales, son semejantes, son Creadores, son…

–No me equipares. ¡Basta! ¡Eso me enfurece! De hecho, ¿por qué repites "son", "son" y más "son"? Nada de "son". ¡Soy! – lo atajó la Nñié alzándole la voz y por un segundo ninguna pieza sobre la faz del planeta se movió. Ni un pez, ni el agua en las cascadas, ni la brisa vecinal ni siquiera el temible simún sembrador de cenizas en el cielo se movió, nada. ¿Has visto como el danzante colibrí, la pequeña abeja, o las libélulas acrisoladas se quedan suspensas en el aire en perfectos equilibrios? Pues así mismo, en ese segundo de imperial enojo, ninguna entelequia se movió en el mundo o más allá, y un escalofrío congeló las arenas del desierto.

–Está bien, no te comparo con nadie; por otro lado, son hermanos y creo que con igual de poderes sobre el suelo que han creado, ¿o es que acaso no lo son?

–¡Que basta, he dicho! Estás equivocado. Somos muy distintos, así que no me compares más. Y ahora, puesto que ya me hiciste enojar este día, no te daré lo que me pides ¿No sabes lo mal que nos llevamos? Él pretende ser más importante que yo, y se le olvida que soy la mayor. Se burla de mí sin ninguna consideración. El mundo que yo hice a mi gusto debería tener siempre

luz, ¡vasta luz por doquier! No debería faltar en ninguna parte, ni en el antro más apartado, ni en el resquicio más oculto, y ya lo ves, no es precisamente eso lo que ocurre acá, pues todo falla por la culpa de mi hermano, con quien tengo que compartir el reino sideral, reino que fue hecho sólo para que yo lo disfrutara cual se debe. Y él se burla ¡Se mofa de mi enojo!; me imagino lo que dice de mí cuando reclamo mi turno en este sitio. ¿Retirarme yo? ¡Ay, por qué! Eso no es algo que para mí sea de lo más agradable cuando llega mi hermano. Lo mismo debe opinar el muy infeliz cuando él tiene que largarse de aquí. ¡Todo esto, esto!, ¡ay! ¡Esto me saca de quicio!

–¿Por qué no hacen las paces? El cielo es tan grande, échale un vistazo. Tan amplio que caben los dos muy bien sin que se estorben. Se verían bonitos los dos. Mira: Tú aquí y él hasta allí, o hasta por allá si quieres. ¿Pueden perdonarse? ¿Sí? –le preguntó el bonachón, tratando de rectificar en lo imposible.

–No. Ya lo intentamos. Imposible. No se puede – le indicó la Nñié. – Tú no estás al corriente de cuántas veces lo probamos y ensayamos. Lo intenté… ¡Uf! En incontables ocasiones. Y mientras tanto él, en lugar de… No, el muy. ¡Agh, otra vez! El muy sinvergüenza se pone frente a mí sin pedirme permiso y entonces eclipsa el día. Es un acto de insolencia y no puedo perdonarlo ¡Jamás! Él no lo sabe aún, sin embargo, si él hace esto, puede pasmar cualquiera de mis creaciones. ¡Lo pasma! Pasma todo fácilmente cuando el estúpido sorete se coloca frente a mí.

–Sí, sí. Comprendo ahora que lo pones tan claro. No había considerado un eclipse. Un eclipse petrifica, es verdad. Parece que no tiene remedio lo de ustedes. Dejemos a tu hermano por un momentito y volvamos a lo más importante, me refiero a la ampliación terrena que, como puedes ver, nos apura un poco más de suelo firme acá abajo. Madre Luz, urge más superficie para cuantos seres tenemos bonitas patas, como las que tengo yo… porque, son bonitas, ¿verdad?

–¡Jáh! Si quieres más tierra tendrás que dejarme tu pellejo. Ahora, vete por allá, o por acá, o por cualquier lado, entre tanto

no te vuelva a ver por este día – le señaló la Nñié evidentemente molesta y aquel que caminaba y caminaba, se alejó cayado; en sigilo y reflexión, convencido de que aquello que entró por sus oídos se quedaría metido en su corazón, igual que el lastimoso gemido del arrebol, de las bajas nubes que se quedan sin la dote de su sol temprano.

El M'nie Gguí se entristeció a causa de las mordaces palabras de la Madre Luz, y continuó su marcha hasta alcanzar el límite del mar y vuelta de ahí, hasta la otra orilla, como lo había estado haciendo desde… qué sé yo; desde el primer segundo en que nuestro bullanguero mundo terminó de ser creado. De hecho, era de esperarse el trato que le dieron porque no podía decirse que la Nñié fuera una buena amiga, comprensiva o cordial, como en cambio sí lo era el joven Luna, más atento y animoso. Todo un contraste, lo mismo que si estos fueran el día y la noche. Y a propósito, una vez el caminante volvió a platicar con el Jl'á y le contó aquello que su hermana le dijo sin omitir los zafios detalles de la intransigencia y la severidad del sarcasmo que lo hirió en su amor propio.

–Lo que me dices nada me sorprende. De ella todo puede esperarse. La actitud altiva de mi cruel hermana es proverbial – reconoció el joven Jl'á y luego le propuso algo tentador fingiendo que atrapaba esta idea de una fugaz genialidad: –Me pregunto si… Déjame pensarlo un poco. A ver… ¡Claro!; pues ya está: Vamos a retomar. Ella te recomendó que tú... ¡Ah, sí! Esas palabras suyas finalmente pueden ayudarte a conseguir la tierra que deseas. Recuerda que lo que ella dice *es* por el poder supremo de su *kuar* (palabra), privilegio de dioses.

–¿Cómo? ¡Explícate! – interpeló con impaciencia el lanudo andarín y recibió la respuesta que pondría en riesgo su vida. ¡Su vida! Cierto que él no lo sabía en ese instante, lo sabría enseguida.

–Pues muy sencillo. Tú dile que aceptas – le sugirió el Jl'á.

–Aún no comprendo. Yo acepto que... decirle sí, ¿a qué chirimbolo?

–Pues a eso mismo que escuchaste de ella. Reconócele que su ofrecimiento queda para ti en lo razonable y que, si ella lo quiere,

puede echarle mano a tu pellejo para formar más tierra. La Ñnié tiene el supremo poder de transformar tu piel en terreno sólido si lo permites tú, desde luego. Acepta el acuerdo y verás cómo obra el milagro sobre toda la extensión de tu piel – afirmó el joven Jl'á, y advirtió que los ojos del peludo ejemplar se estremecieron de un espanto que estaba más allá del miedo encallecido que todos conocemos.

Las palabras del joven Jl'á, aunque categóricas, revelaron una gran desventura jamás imaginada. Sería una tragedia insufrible lo que le proponía porque aparte del horrible sufrimiento al que iban a someterlo cuando lo despellejaran de un tirón, casi seguro que al final le esperaba una muerte dolorosa, pues nadie puede vivir sin un buen tegumento que cubra el cuerpo. Así que después de cuantiosas reflexiones y de hablar consigo mismo, el noble grandulón tomó la decisión de sacrificarse con tal de que en este mundo hubiera más suelo y menos agua. Llegó el día feliz para todos, por demás infeliz para el andarín: La Ñnié, siempre poderosa Sol que da la vida y la muerte, que tan fácil construye como destruye, consintió el inusitado trato. Nuestro amiguito, o amigote más bien, aceptó el trato. De un violentísimo tirón le arrancó el cuero a la pobre criatura. Un doloroso grito recorrió el Valle hasta estremecerlo en sus confines. La agonía fue tan grande como el dolor de un parto, si bien igual de productivo. Ese cuero salido del M'nie Gguí se estiró y se estiró y luego ya estirado, la Ñnié lo puso encima de las aguas como si fuera un mantel sobre una mesa. Ocurrió que así fue como se crearon los contornos de la tierra con sus seis rumbos, o destinos. Los seis rincones son: La cabeza, uno; la pata izquierda, dos; la derecha, tres; una mano, cuatro; la otra, cinco, y lo que faltaba, la gruesa cola, que es el sexto rumbo. Así, completas las seis veredas, sigue flotando su piel sobre los océanos hasta nuestros días sin variar de posición. Con una de sus patas fue que se produjo la península que ahora llamamos Baja California, que en realidad deberíamos de llamarla: *Íp'psh* ì*s pā*'eé *pa, M'nie Gguí* (la pata trasera del M'nie Gguí), porque hasta el espolón de su rodilla se quedó plasmado en nuestra geografía.

Nuestro aliado en aventuras no murió el día que lo despellejaron, ¡por suerte para todos! Pese al monumental sufrimiento al que lo sometieron, resistió. Si su aspecto era feo con piel, sin ella quedó horrendo, así que compadecido, el joven Jl'á decidió obsequiarle un abrigo de luz hecho de muchos colores, todos salidos de uno sólo lampo. Un resplandor de color blanco, que es el cariz eternamente adosado a la cara del Jl'á. El primer día el joven Luna se quitó un gajo de su níveo brillo para regalarle el arco morado. Después del morado, se quitó otro gajo de su propia luz, y le proporcionó el de color azul. Detrás vino el de verde, salido de otra rebanada de sí mismo. Enseguida llegó la capa de tono amarillo, y el Jl'á ya no estaba todo iluminado; solamente de una mitad. Más tarde le concedió el arco anaranjado y, por último, le otorgó el de color rojo. Después de acabados los procesos, el joven Luna de tanto quitarse su propia luz, se quedó mate; apagado; mortecino. Fue la primera vez que tuvo ese aspecto raro, como el de un misterioso disco negro colgado del cielo. El tragaleguas hallábase feliz por su nueva piel de colores. Tan contento y tan radiante estaba que ni siquiera advirtió que por cada vez que el Jl'á le daba un arco coloreado, un fragmento de él se obscurecía, y luego otra parte, y después otra más, hasta que el pobre Jl'á se había quedado opaco y en la obscuridad total. El grandulón, apesadumbrado, le señaló al Luna que eso era inaceptable y que prefería permanecer como estaba a verlo ennegrecido y sin su brillo de plata. El Jl'á respondió que no se apenara tanto por este hecho, porque ya tenía un plan seguro e infalible para recuperarse. Recurriría a una triquiñuela bien pensada a ponerse en práctica y tan pronto como él terminara de hablar. El M'nie Gguí guardó silencio y cuidó el sigilo:

–Escúchame – le explicó el Jl'á. –Sht… Acércate para que nadie nos oiga. Yo sé cómo quitarle un poco de luz a doña corajes sin que ella sepa. Desde luego que, si de algún modo se entera, pues tendré que regresarla sin chistar siquiera. A mi manera de ver este asunto, me quedará sólo la opción de volver a robársela al día siguiente, y si no, al siguiente, y al siguiente, y así hasta que

la eternidad se aburra. ¿Qué te parece mi plan? Por supuesto que necesitaré mucha ayuda para lograr nuestro pequeño atraco. Porque no será nada fácil.

–Bien, y acá la pregunta: ¿Cómo podrás robarle un poco de fulgor a tu propia hermana? No sólo eso, robar es incorrecto, sino que es algo bastante difícil de lograrse sin pagar las terribles consecuencias de su odio tan sin medida – le objetó el anchondo intrigadísimo; porque, la verdad sea dicha, no estaba para nada claro cómo se alcanzaría el éxito en este vergonzoso asunto. Vergonzoso porque robar produce gran vergüenza.

–¿Robarla yo? No. No. Yo nunca, mi buen amigo. Todos saben que eso es imposible de hacer, porque no puedo aproximarme ni un tantito siquiera; así que yo no lo haré… la luz la vas a robar tú.

–¡¿Yo?! – Estremecido, se apresuró a inquirir el M'nie Gguí más incrédulo que asustado; ¿asustado mencioné?, pues no, ¡qué va! Mejor pensado, estaba más prevenido que aterrorizado porque nadie en su sano juicio puede provocar la cólera de la grandiosa Madre Luz sin enfrentarse a una eventual fatalidad como, por ejemplo, quedar reducido a polvo de golpe y porrazo. O, incluso peor, como eso de sufrir un achicharramiento repentino. Y no es ninguna broma. Eso lo sabe hasta el más burro y el M'nie Gguí, no era un borrico, ni se le parecía siquiera. Se aferró a lo que pudo para no azotar de un patatús, para atender el plan.

–Sí, tú, ¿quién más? Mira, presta atención, es muy fácil – le reveló el Jl'á–: Yo la entretengo y tú, con el último arco que te di, es decir, el arco de color rojo, irás recogiendo pedacitos a pedacito de arrebol antes de que mi hermana salga por las mañanas, y pedacitos de resplandor por las tardes después de que se halla marchado y así, conseguiré recuperarme de mi luz sin que ella se dé cuenta. ¡Fácil! ¿No es verdad? Estoy seguro de que ni se dará por enterada, es cuestión de tantearla en su propio terreno y de prepararse bien para aventajarla en todo a rebosar. ¡Ah! ¡Sencillísimo el procedimiento!, ¿no es cierto lo que dije?

–¡¿Yo?! – rebuznó de miedo, quien nunca se detiene.

–Pues sí, tú. Nadie más.

–O sea, ¿cómo? No entiendo el punto, ¿voy a hacer qué? Júrame que no es en serio lo que dices–. El M'nie Gguí ya no rebuznaba, o casi. Ante esto, no podía salir del asombro que lo paralizaba. Jamás tuvo tanto miedo.

Y así acontece desde entonces hasta ahora mismo. Quiero decir, desde el inicio supremísimo de todos los tiempos cuando el milagro sucedió. Fue que, cinto de luz el firmamento y teñidos en primos carmesíes, se contemplaron el amanecer y el atardecer con los estupendos tonos de ardientes granates, de rojos encendidos, de rojos encarnados; rojos púrpura y rubí. Un desfile de indecibles tonalidades que, por los breves instantes que se mantiene una inefable puesta de sol o un hermosísimo levante, nos llenan el alma de alegrías. Acá, en este Valle del Pueblo Cucapá, son incomparables. Habrá qué decirlo, por cierto: Acá, inauguráronse unos crepúsculos maravillosos que no tienen igual en ningún otro lado del planeta en que giramos. De seguro habrá por ahí el que suponga para mal que lo dicho es una exageración. ¡Ui! No, qué va a ser. Los amaneceres y los atardeceres son únicos. Estos rubios ocasos, sonrojados como el rubor de las mejillas de una adolescente enamorada, son excepcionales. La comparación es acertada y vale, pues el alba crepuscular es lo más sublime que se haya visto jamás. Quien no lo crea así, pues si quiere puede visitarnos en el Valle y admirarse aquí de nuestros atardeceres candorosos a más no poder. Se quedará convencido para siempre de su belleza sin igual. Ahora bien, ¿y quién hace posible que algo como esto suceda? Ah, ya lo sabemos, ¿acaso no es evidente? Se trata del M'nie Gguí, el muy tramposillo que está ocupado y sigiloso en su delicado trabajo de celestial cosecha. Es este afable ente tornadizo que está colectando una partecita de albor de luz con la ayuda de la bóveda grana de su piel de arco iris para entregarla a su buen amigo el joven Jl'á. Operación delicada que debe hacerse despacio, cuidando hasta el menor detalle. Segmento a segmento, gajo a gajo, de a poquito en poquito porque nadie debe enterarse, y menos la Nñié. Y aquí lo tienes explicado. De este modo, por los siglos de los siglos, seguirán las entregas hasta que de nuevo le

colme de blanca luz toda su presencia con su brillo suave, que ya conocemos, a pesar de que nadie debe mencionarlo, por su secreto. Un brillo verdadero y constante, para que después el místico epiáu le aúlle durante la noche proclamando –como un triunfo culminante–, que el Jl'á, consecuente amigucho de los cucapás, ya está redondito y como siempre, lleno de esplendor de nueva vez.

Termina aquí el relato de la niña anciana del Pueblo Cucapá Ipá Ak'mesh, la de los ojos tristes, que gracias a cuanto ella nos ha contado ya sabemos ahora que los arco iris fueron un regalo del joven Luna, para que aquel que es ligero y zascandil, no se quedara sin pelo ni pellejo y siguiera con su camino sin que nada ni nadie pudiera detenerlo. Ahora, éste tiene un bonito abrigo de luz porque, en verdad, nadie puede andar por ahí sin un buen pellejín que lo proteja de las intemperies. ¡Ah! Y conocemos también las causas de las fases lunares que tanto nos deleitan, fenómeno extraordinario y de exquisita belleza que nos estaba intrigando desde siempre ¡Pues vaya! Y nosotros que pensábamos que los astrónomos y su ciencia sabían explicarnos por qué era eso de los semblantes lunares. ¡Y dale! Faltan ojos para verlos en todo lo borricos que son esa gente del Observatorio Nacional. Muy eruditos que parecen y les cuelgan las orejas hasta el suelo de tan burros. Dicen que el menguante para allá, que el creciente para acá; no le atinan. Pobres. Dan risa en el ombligo. Alguien tiene que decirles lo errados que están. Si tú vas de excursión al Observatorio de San Pedro Mártir este verano, aclárales por favor lo de la Luna Llena y la Nueva y la Menguante y la Creciente. Todo en voz quedita para que no te pille ya sabes quién; así que ya tú… Sh. Bueno y, además, nuestra historia itinerante del M'nie Gguí continúa. ¿Te apetece conocer cómo fue que se pintaron de colores todas las aves del mundo?

De cómo los pájaros se pintaron de colores

Tal vez estaría de más señalar en esta sección que casi todos los pájaros son delatores y por lo tanto desleales al joven Luna, excepto los más pequeñitos como el gorrión, el cuclillo o el colibrí. Ellos no, en cuanto a todos los demás, sí. Llegará el momento en que, de hecho, aprenderemos con precisión que no todas las aves traicionaron al M'nie Gguí. No obstante, según el relato de Ipá Ak'mesh, en el principio de los tiempos las realidades fueron muy diferentes. Así pues, ella nos hace saber que casi todas las aves lo hicieron: traicionaron, no por gusto, si no por carambolas de la vida. En muchas ocasiones hacemos cosas que no deseamos ni buscamos. Después de todo, la eventualidad, nos enfrenta y qué remedio entonces, porque ¡ni para dónde hacerse! Con esto queda claro que los emplumados no eran ni son tan desleales como parecían o parecen hoy, si no que las circunstancias del destino los obligaron a estar en el bando de la Madre Luz. Como dije, a veces no se entiende bien por qué actuamos o intervenimos en asuntillos odiosos que no queremos realizar; sin embargo, tenemos qué o, si no, la pasaremos mal. Pues más o menos eso mismo sucedió con las aves que poblaban y pueblan el aire de los cielos ¿Quieres tú saber de buena tinta los pormenores de esta historia increíble? ¡Magnífico! Ahora lo veremos.

La Nñié, siempre atenta a lo que acontece en su imperio, se percató de algo raro en su hermano el joven Jl'á. Sí, algo muy raro. Un día percibió que la luz de la Luna parecía más intensa y penetrante, aunque ella no sabía por qué, así que envió hasta los seis rincones de la tierra a sus leales ú'ñuKs para que le informaran todo lo que ocurría sobre la extensión de lo que había sido la piel del andarín, es decir, recorrieron de punta a punta y de cabo a rabo las seis veredas para ver y denunciar todo cuanto se suscitaba por allí, sobre la envoltura viva de la tierra. Como al Pueblo Cucapá le consta desde la más tierna edad, las garzas son las aves que mantienen informada a la Nñié; nada ocurre sin que lo sepa la señora de los cielos. A ella nada se le escapa porque las garzas le llevan las noticias que recogen de todas las esquinas del orbe. Es por eso mismo que son blancas y llevan de premio una triada de plumas sobre sus cabezas. Las plumas en plena cholla simbolizan mucho más que intrepidez o elegante gallardía; significan la inteligencia, el valor y la más leal abnegación, o sea, son las virtudes de una elevada estirpe de fieles soldados (por eso es por lo que no pocos bravos guerreros llevan estas plumas sobre su frente o sobre la nuca). Al mismo tiempo, lo que para unos es lealtad para otros puede ser sólo infame servilismo. En fin. Las ú'ñuKs se comportan sumisas con la Madre Luz y es que son obedientes dado que le deben un agradecimiento eterno por haberlas dotado de unas alas tan hermosas al igual que eficientes. Usándolas, sin mucho esfuerzo se encumbran suavemente a las alturas con la gracia de un ser divino. Ninguna otra criatura puede hacerlo mejor. Estos dechados vuelan casi sin aletear. Un impulso arriba así y ya están en el aire. Por lo demás, también les dieron una lagartija vivaracha por lengua, buena para los chismes; tan buena la lagartija que ninguna de ellas la puede controlar. En fin, apacibles y sumisas, indicaba. Viéndolo mejor, en realidad no son tan sumisas. Las garzas tienen poco de docilidad o de algo parecido a la mansedumbre. Sus ojillos de tiránica soberbia persistentemente nos anuncian, sin cubierta vacilación, sus malas intenciones. Ellas son bravas, guardan

entre sus plumas un corazón audaz y verificablemente temerario. Estaría de más señalar que el que no lo crea puede someterlas a prueba y lo verá. Te sugiero que jamás lo intentes ¡Ay, pobrecito de aquel que se atreva, por tonto, a ponerlo en duda!, porque se llevará una desagradable sorpresa. Las blancas garzas saben valerse por sí solas. Atacan con firmeza cuando huir no pueden. Tal pareciera que la maldad y la elegancia con ellas, de pronto, se convirtió en un arte. ¿Arte? ¡No inventes! ¡Qué arte ni qué ocho cuartos! Las garzas son detestables en su sevicia.

Raudas y veloces, las ú'ñuKs volaron y volaron por allá, y luego remontaron las cumbres por acá siguiendo las pistas, investigando, buscando los enigmas de la intensa luz del joven Jl'á porque, aparentemente todo tiene una explicación si se busca con cuidado y no pocas veces resulta que el enigma indescifrable era algo ridículamente sencillo. Así es casi todo en la vida, cuestión de ponerle un poco de atención al problema y verás que se resuelve solito. Pues bueno, decíamos que las garzas se elevaron presurosas, dado que fallarle a la Nñié sería tanto como una mala sentencia, categórica y rotunda. De tales maneras que ellas, prontas y ligeras estuvieron por todas partes. Interrogaron a las cachoras, a los negros pinacates, a los camaleones cornudos, a los ratoncillos, a la Kúi (la serpiente de cascabel), sin conseguir ningún resultado y, entonces, le preguntaron a los bichos y parasitos que aún anidaban sobre la piel del andariego incansable, a ellos les preguntaron si sabían algo de la fluorescencia del joven Luna, y como no supieron decirle nada, la Nñié, que ya estaba muy disgustada, convirtió a aquellos insectos del M'nie Gguí en pequeñas piedras que empezaron a desplazarse de un lugar a otro sin ton ni son. En seguida interrogaron a las cañas, que antes estaban de hebras bigote del grandulón y como tampoco nada le dijeron a la Nñié, las condenó a ser intratables y hoscas. Quién quisiera arrancar una simple varita de junco, se arriesgaría a ser azotado por todas ellas y, para que nadie se les acercara, aprendieron a emitir un susurro de espanto que hasta el más valiente del Pueblo Cucapá lo hacía huir despavorido. Hasta la

fecha, los cañaverales siguen haciendo eso, ¿verdad? Más tarde le preguntaron a la kúut'h (liebre) si algo sabía al respecto y ella se hizo la sorda; no prestaba atención; no atendía y volteaba para otro lado sin respeto como simulando que le dolía la panza; fingiendo que parecía tontita o distraída. La Nñié fúrica la dejó orejona cuando se las jaló para que hiciera caso. ¡Jáh!, ni con todo eso así, ella, nada que le respondió. Luego se encontraron con el m'ltíi (topo), y como tampoco reveló nada, lo dejaron más que miope que un topo o que un… lo que sea. Después le preguntaron al Nñupáa, y presa del miedo lo denunció todo entre recortados sollozos y palabras ahogadas. Confesó que el caminante tenía una nueva piel hecha de siete luminosos colores en forma de arcos. Confesó también que el Jl'á se la había obsequiado para que no se muriera de frío… en fin, explicó todo, todo lo que le pidieron que contara lo contó. La Nñié profirió un: ¡Anjá, con que esas tenemos!, que hizo que la antigua piel del M'nie Gguí se estremeciera del cabo al rabo y ese fue el primer temblor que hubo en el Valle de la Nación Cucapá; el segundo sismo fue producido por la tortuga Tzíi-tzíi, que se había quedado cubierta bajo la piel cuando estiraron el pellejo y lo tendieron por primera vez sobre el agua y sobre ella. Desde entonces sigue moviéndose de vez en cuando por ahí debajo, ¿la has sentido, no es cierto? Es una tortugota muy inquieta. Pues bien. Y en cuanto al Nñupáa, a modo de premio por su delación que sirvió para esclarecer el misterio del radiante esplendor del Jl'á, recibió dos regalos de parte de la Nñié. El primero, su tonalidad blanca en su piel, igual que el de las ú'ñuKs en sus plumas, porque antes este animalito fue pardo de su pelito y ahora con la canicie, quedaba marcado como un afiliado de la Madre Luz, a pesar de que no lo quisiera él por voluntad, desde luego; y el segundo, un emane parecido a la fragancia de las flores de primavera. Con estas dos excelentes concesiones todos los seres querían estar junto al Nñupáa; lucía bello y aromaba súper agradable. Fue el más popular y querido de los habitantes de este Valle (por eso en otros tiempos a él se le llamaba Jłuiū,

es decir, el "Tonificante"). Aunque, la pura verdad, él se hallaba ahora bastante avergonzado de sus actos. De aquí que se movía abatido con pasitos cortos, agachaba la cabeza y ya agraviado, así como tristeaba, no le apetecía charlar con nadie. Pocos amiguitos le notaron sus ojillos humedecidos de sentimiento. En verdad que vivía humillado el pobre zorrillito, tanto se le veía, que adrede se revolcaba para percudirse la lisura de su blanco pelaje. La Ñié, por su parte, andaba feliz. Con las pruebas en su poder, la Luz Madre le reclamó a su hermano el atrevido saqueo de sus rayos primigenios, e hizo más de la cuenta para que se los devolviera. El Jl'á primero no quería y, a regañadientes, le regresó lo robado, si bien en segmentos y no todo de un sopetón ni al contado. Su hermana después de pensarlo aceptó el pago en abonitos. Desde entonces por las noches vemos en el cielo que el joven Luna devuelve poco a poco, gajo a gajo, una fracción de su propia luz hasta quedarse a oscuras, y, entonces (ya sabemos ¡Sh!), esa misma luz es recuperada cuando el M'nie Gguí repite hábilmente la acción de sustraerla. En seguida, el destello quitado a la furibunda diosa, ¿y qué otra opción quedaba?, a entregarlo de nuevo, y vuelta a robárselo, y lo devuelve, y lo trinca de nuez, y a reponer la luz una vez más, y la da, y se la toma, y luego, a reiniciar la locura nuevamente. Y dale. Y así, y así, hasta que un día de veras se canse la bendita eternidad… porque será entonces que, ¡jáh!, nuestro aliado entre tantas sus traviesas ocurrencias, no tendrá para cuándo rendirse.

Por lo demás, la Ñié no iba a quedarse tan campante. Quien así lo creyera de seguro no la conocía bien. Por eso, por mala que se comportaba con su hermano, optó por despojarlo de aquello tan precioso que sólo una vez se puede tener. Decidió arrancarle al enorme bonachón su nueva piel de arco iris, y lo cumpliría a como diera lugar. Entonces, después de mucho pensarlo ideó un horrendo plan para despojarlo del manto luminoso que empezaba a odiar más que a su pariente por habérselo creado; se serviría de las aves, de todas ellas y usaría a las ú'ñuKs también –desde luego–, para que, aplicando sus malas

argucias, se lo arrebataran de donde lo tuviera escondido. Para lograr esto, tornó a enviarlas hasta los seis rincones del mundo y volvieron a volar y volar por allá; y luego se encaramaron en los nimbos de por acá, siempre buscando los arcos de colores. De esta manera inició un rudo conflicto por la supervivencia del M'nie Gguí. Ahora que el ente que caminaba y caminaba, al que le debemos la tierra que hoy pisamos y la vida misma, no estaba solo en esta lucha. Las primeras comprometidas con su causa serían algunas nubes plomizas, más otras que eran casi negras; ellas, las nubes, se encargarían de obstruirle la visión a la Ñnié. El segundo aliado fue el pequeño m'ltíi, que le encomendaron el trabajo de escarbar debajo de la tierra infinidad de hoyos para ocultar los ko'Ašiúu (los arco iris), y de este modo confundir a quienes los buscaban. El último secreto colaborador y aliado, fue el kòajen de majestuosa cornamenta, facultado para vigilarlo todo con esa vista privilegiada que todo venado tiene. Estos fueron los tres cómplices valerosos de nuestro gigantón amigo, responsables de protegerle su preciosa piel, que como sabemos, no era otra maravilla que una gran avenida de colores que otorgaba alegría al mundo, ¿verdad? En suma, la Ñnié más autoritaria y enérgica consiguió que las grises nubes se las llevara ese viento que recorre el perímetro interno del iŃ'güésh. Luego, hizo que el xhá'naíi (lobo) se comiera al topo; y al kòajen le disparó un poderoso rayo de ultra luz que le desbarató la pomposa cornamenta y quedó fundida en un enroscado mazo en forma de caracol. Como sabemos, el kòajen renunció a verse como un venado normal para siempre; ahora lo conocemos como el Ií'kòajen, y esto quiere decir: el borrego cimarrón, que es el símbolo más estimado de nuestra región. Incluso nosotros mismos nos llamamos *cimarrones* y portamos todo el tiempo con orgullo los colores cimarrones, a donde sea que vamos. En fin. A pesar de todo lo hecho y deshecho, fracasó. La furibunda Ñnié no lograba hacerse con el manto del M'nie Gguí. Hasta que un día, las taimadas aves dieron con el hueco en donde estaban ocultos todos los arcos iris: Cavaron y cavaron… ¡Ui!, ¿qué crees que

sucedió?; pues que, de un repente, impetuoso, brotó un chorro de luz, parecido a un hontanar que todo lo salpicó. Ni viéndolo se creería; fue esto como un manantial imparable de una refulgencia añil que entintó total y por completo el cielo que antes relucía solamente en leuco color, igual que la leuca nata. manó y manó lo mismo que una fabulosa columna luminosísima de un intenso color zarco aturquesado que se extendió profusamente por toda la bóveda celeste y hasta la fecha tenemos organizado de este tono el reino de las alturas. ¿Ya lo ves? Y tú, que te creíste que siempre había sido así, así: Azul, ¿o me equivoco? Pues no, el cielo antes era blanco, blanco, como las canas de tu abuelo, y ahora es azul clarito, azul como el amor de todas las abuelas.

Casi inmediatamente los pájaros se encontraron con otro probable refugio: Cavaron, y cavaron; y surgió un rayo de luz intensísima de tono koaš (amarillo), que de repente, le dio en plena cara a la Nñié y se quedó con esa pigmentación. ¡Ah! porque antes era sólo albina, muy parecida a su hermano el joven Luna, luego a veces se pone bermejilla de granate, eso le sucede cuando se mancha con el arco grátate de bermejo que esparce el M'nie Gguí como una red para pescar fulgores del amanecer para robarse un poco de luz. Bueno, pues por eso la Madre Luz es amarilla y a veces roja. Las aves siguieron buscando y enseguida dieron con el arco de tintura pšiúu (verde), y las plantas fueron verdes desde aquel instante, porque se mancharon de tanto verde que surgió del suelo. Y precisamente así, uno a uno todos los arco iris fueron saliendo de sus mutuos resguardos, y grácil se pintaron de estas hermosas tonalidades todos los sitios del mundo con sus generalidades y particularidades; y cuando se dice todo el mundo, se incluye también a las aves que, cada vez que brotaba un cilindro de luz, las plumas recogían el color correspondiente, menos el color blanco y el negro. Tal vez te preguntarás por qué algunas aves tienes dos o más matices. Te revelaré por qué. La razón es muy sencilla: Cuando al volar de improviso resurgía un chorro de luz que se elevaba desde el suelo al cielo, las que pasaban por la zona adquirían ese cariz sin

importar que ya tuvieran otro. Es por eso que algunos pájaros son así; son multicolores. Las garzas y el inmaculado Jéeu'l (cuervo), ahora que es negro se le llama: *kák*; leales lacayos de la Madre Luz. Ambas aves fueron de las pocas que no se mancharon de colores y siguieron siendo blanquísimas, claro, pues de otra manera no lo iba a permitir la dueña del día y de la tarde. En recompensa por su fidelidad, ellas conservaron su blancor y así se quedarán, hasta el último día de la creación o, ¿quizás sea otro final lo que resulte? En fin. Y, porque ya fue mencionado, la lealtad es para unas lo que la perfidia es para otros. Entonces las aves quedaron como muestra de las grandes traidoras de esta historia, al dar con los arco iris. Por eso no se dejan atrapar y vuelan antes de que alguien se acerque demasiado. Saben bien que tienen unas cuentas pendientes por pagar. Traicionaron al gigante bonachón; lograron despojarlo de su piel lumínica. Quedó muy triste; moviéndose tal si le faltaran los sentidos y equilibrios. Estuvo ahí desconsolado bastante tiempo y entonces éste, ya sin las fuerzas para librarse de su crecida tristeza, lloró, lloró y lloró; y sus lágrimas formaron los ríos, los lagos; las cataratas, los arroyos y manantiales; en fin, todo embalse sobre la superficie de la tierra, desde un charco hasta una laguna, y en ellas surgió la vida. Resultaron de eso los pececitos, la almejilla de río, los cangrejos, las ranas y sapitos, los bagres, las salamandras, los caracoles, las libélulas, los divinos camaleones, los insomnes grillitos que todo lo alegran y las incomparables iÛú'míic (luciérnagas). Salieron todas las criaturas que viven cerca o dentro del cauce de un afluente grande o pequeño. Todo salió de las abundantes lágrimas del M'nie Gguí. Hasta que un buen día surgió del agua purísima una gota que estaba sobre el musgo, y el musgo sobre la roca, y la roca sobre el lomo de una hermosa tortuga del desierto que era la favorita de los dioses, y la tortuga a la orilla de un riachuelo... pues de esa gota nació el primer ser humano de este mundo: Fue una niña de ojos tristes que habría de vivir muchos, muchos, muchos años. No tenía un nombre, así que el Nñupáa le puso uno muy apropiado: Ipá

Ak'mesh, porque la encontró sola, desamparada y triste en medio de ningún lado. Nadie lo sabía entonces, mas se infiere que estaba ahí para que nuestro amigo leal se la encontrara en su eterno caminar y, cuando lo hizo, supo entonces que esa niñita era un regalo del joven Jl'á para que en lo sucesivo cuidara de sus otros arco iris que habría de obsequiarle. Es decir, el Jl'á creó al ser humano, la creatura más sorprendente de todas cuantas hay, y la original fue una niña: Ipá Ak'mesh. Era perfecta, porque este angelito pertenecería a la primera y única unidad biológica que no estaba ni estará nunca dominada por la Nñié, ya que había nacido como algo precioso, puro y sagrado. Así son todos los niños del mundo hasta la fecha presente: Son preciosos, puros y sagrados. Como los niños no saben de venganzas o desquites, ya que todos ellos están hechos con la más alta pureza consagrada por siempre jamás, la muy recondenada Nñié les quitó esa exquisita constitución que horma y norma al poder mismo ¡y los convirtió en adultos! Poco a poco los peques fueron perdiendo su niñez. Por lo tanto, dejaron de ser preciosos, puros y sagrados. Hasta nuestros días, los mayores se olvidan muy pronto que fueron niños una vez; niños ingeniosos, entendidos, bondadosos y sin malicia, para luego convertirse en adultos mañosos, díscolos, crueles, pendencieros, ¡ui! Y peor que todo eso: vocingleros. Suficientes razones como para que la Madre Luz asqueada de ellos, quisiera deshacerse de todas las entes humanas por igual y, puntual como un azote, así lo intentará una y otra vez hasta que al final ella se salga con la suya. Triunfará. Al cabo de nuestro tiempo, triunfará. Terrible será nuestro fin. Mientras, ella ha ensayado de todo. Comenzó con los espejismos para que la gente se engañara y se perdiera en el desierto repleto de la nada. Espejismos seguidos después del delirio que produce una insolación. Luego probaría estrategias mucho peores y más severas, siempre insensible al sufrimiento del ser humano. El odio inacabable no toparía sino hasta declararle una guerra de exterminio que eventualmente ésta ganará al concluir nuestros siglos. La Madre Luz es particularmente malvada con

el ser humano. Los aborrece porque fueron una creación de su hermanito y, por alguna razón, ella no pudo modificarlo en nada en principio. Lo intentó con todas sus fuerzas desde antes y lo sigue intentando todavía, por eso es tan amargada e injusta. Con todos es igual, sin importarle la edad; sea viejo o salido apenas del cascarón. Por esto mismo que de vez en cuando un niño o una niña se desorienta y se confunde con los espejismos, que no son otras ocurrencias que trampas de la Madre Luz para que nos extraviemos por acá, en las arenas encantadas que envuelven a este Valle. Las visiones son remotos tancales que primero nos intrigan, mueven la curiosidad por saber qué son y después obsesionan hasta lograr un alucine abrumador del que no se puede escapar tan fácilmente. Los visionantes medio locos y nada prevenidos van en pos de las figuraciones de agua hasta perderse en el vacío. Después ya no encuentran el camino de vuelta al hogar. En el caso de los peques es diferente. El Pueblo Cucapá intuye muy bien que en realidad los niños no se pierden nunca. No, ellos no. Solamente los adultos se pierden porque a los niños los rescata el M'nie Gguí y se los lleva a "allá" para que vigilen los nuevos ko'Ašiúu. Lo hace así, porque alguien tiene que cuidarlos y nadie puede hacerlo mejor que los niños, que son expertos en este oficio. Eso es lo que en realidad sucede. Pone a los niños a cuidar los arco iris y a veces ellos no hacen bien su trabajo ya que son niños y, como le sucede a todos (o a casi todos ellos), les gusta jugar, hacerle muchas travesuras al M'nie Gguí y ocurre que se les escapa la luz. Es aquí cuando resulta que se les van de las manitas y aparecen luego sobre el firmamento para que el mundo se llene de colores porque antes, únicamente era blanco, y ya mencionamos como el campo adquirió su colorido. Y cuando salen los arco iris, te decía, se asoman las nubes negras para verlos, puesto que ellas fueron las primeras aliadas del M'nie Gguí. Y luego, casi de inmediato, feliz se muestra en su madriguera el topo sin miedo al lobo, sin miedo a nadie, pues el valiente m'ltíi fue el segundo aliado del joven Luna y del M´nie Gguí. Después de comparecer ante la

creación luminosa del topo valientísimo, se muestra muy orondo el también valiente cimarrón. Al contrario de lo que tú supones, él no se exhibe para lucirse como tal vez todos piensan, eso no. El Cimarrón sale para medir la curvatura de sus cuernos con la de los arcos luminosos y decirle al universo con un estruendoso berrido que son ¡perfectos! Como perfecta sería la vida en el hermoso Valle del Pueblo Cucapá si no mediara el inagotable rencor de la Madre Luz, que tantísimo temor infunde acá si está serena, cuantimás si anda berrinchuda. ¡*Maan'PõaŤ* !

De cómo fue que el zorrillo se ganó su color y su olor

La nueva cubierta luminosa del M'nie Gguí fue más difícil de producir que la primera envoltura que tenía. El forro referido, que era impecable en su hechura, y que por cierto lo protegía tan bellamente, causó grandes sacrificios conseguirlo. Sin duda que fue una tristeza de las grandes haberla perdido sin que algo mejor pudiera hacerse. Después de todo, aquella primera envoltura fue, en el momento, un recuerdo feo, cascado, que cualquiera quería olvidar. Sí, porque ahora todos estaban ocupados en agenciarle una nueva y, si se pudiese, una que fuera todavía mejor. Con el propósito de alcanzar este noble objetivo, el Jl'á precisó guindarla de algunas pocas emisiones que le regateaba cada vez menos su fastidiosa hermana. Por lo mismo, el nuevo atavío resultó tenue, casi vaporoso. Nada bueno. Al primer contacto con los rayos poderosísimos de la Ñnié, se desvanecía sin que pudiera evitarse. Así que el joven Luna tuvo que pedirle prestado a las inquietas iÛú'míic, un poco de su luz para completar la piel de su amigo el gigantón. Las traviesas luciérnagas accedieron, poniendo a condición de que se viera de tanto en tanto y para siempre, un arco iris por las noches en lo alto de los cielos, porque para ellas sería la causa de nutridas alegrías avistar eso. El trato fue aceptado. Y desde entonces vemos que, en cuanto aparece el halo lunar en el cielo, ellas hacen sus fiestas y revolotean de puro contento contagiando de júbilo a medio mundo. El joven Luna de buena

gana consintió el compromiso con todas sus encendidas amiguitas pues a él le encanta verlas revolotear como loquitas. Fue de esta manera que, espaciado y de vez en cuando, se deja ver hasta la fecha uno ¡enorme! que va circundando al joven Jl'á como una corona de flores de colores radiantes. Este fenómeno se ve, sobre todo, al final de la primavera o al inicio del verano. Es un espectáculo muy hermoso este arco iris redondo, o nimbo, justo en el primer día del plenilunio de agosto. A veces hay dos; uno de ellos circundando al otro. De seguro los has visto.

Según referimos, fabricarle otra capa a el M'nie Gguí, fue bastante laborioso: Había que recoger la luz, recortarla, entallarla por los costados, remendársela, darle forma, ajustarla por los bordes, modelarle al por menor todo, someterla hasta que encajara porque aquél era corpachón y a veces no ajustaba el aura nimbo como debería, dotarle de sus colores, equiparla siempre de un primor durable. ¡Uf!, mucho qué hacer para que le quedara bonita. Demasiados detalles que se debían ejecutar sin omitir la finura. Montón de trabajo. Aunque nada más fatigoso, ¿verdad?, que encontrarle un buen lugar o paraje para esconder la nueva piel después de hecha. Hallar un sitio adecuado en dónde con gran reserva pudiera encubrirla con seguridad. Menudo problema aquella cuestión. Este asunto sí que fue cansado. Bueno, fabricar algo cuesta trabajo, pero esconderla de quienes la quieren destruir cuesta más. Primero por la secrecía, siempre a medio tranco de ponerlo todo al descubierto por culpa de las entrometidas ú'ñuKs que no paraban de volar y volar para luego irle corriendito con el chisme a la Madre Luz. Segundo porque no se convenía en una residencia apropiada o al menos razonable para el definitivo ocultamiento de este segundo abrigo luminoso. Cuando por fin daban con una ventura, entraba el sesgo de la prudencia para objetarla, discrepaban, y luego surgían los mil inconvenientes. La redoblada lucha contra la Madre Ñnié por la capa de luz debía ser decisiva e irrebatible, porque si resultaban derrotados esta vez, iban a sacar otro pellejo, ¿pues ya de dónde? Por lo tanto, fue imprescindible inventarse cuantos trucos y hacer lo necesario, para complicarles

la estrategia a las astutas ú'ñuKs que no se fiaban de nada. Ya dijimos que las garzas son astutas a cuantimás; ejemplo de ladinas son. Por lo tanto, convenía engañarlas, confundirlas y, luego, derrotarlas en su propio terreno. Todo esto precisamente para impedirle a la Madre Luz que hallara el escondite de los luminiscentes arcos de aquel que no cesaba en caminar *nunca*. Lo que convenía urdirse primero en este caso sería embrollarlas haciéndoles creer que el industrioso iíS'háa (armadillo), que acorde y por entonces se creía que era solamente una piedra común, guardaba entre sus patas el mecanismo para dar con la entrada al lugar en donde estaban encerrados los arco iris y, hasta el día de hoy, las aves continúan confundidas con aquella intriga, porque le siguen pinchando el caparazón para preguntarle cuál es el camino que deben apurar para acercarse hasta donde el grandulón tiene su guarida. Queda claro que el iíS'háa no sabe nada de eso. Lo único que los armadillos saben hacer es tragarse a las šum'yuł (hormigas); con ese propósito fueron creados. Ellos no saben nada de guaridas secretas, en cambio, se enroscan disimulando sus patitas en la panza, induciendo a que crean que él tiene algo oculto ahí y que piensen que, como debe protegerlo con su vida, es importante aquello y, entre tanto, ganan tiempo para que las aves se distraigan. Y ahí están las garzas dale y dale de picotazos al caparazón para que enseñe lo que atesoran sus patitas, que es ¡nada! Los privilegiados que conocen en dónde está el escondite del grandulón son los niños que se pierden en el desierto, y lógico que el Nñupáa zorrillo también lo sabe porque fue él quien buscó y buscó hasta encontrar el escondite. Una hazaña digna de contarse, proeza que hace del zorrillito un héroe verdadero. Después de abundante andar el mundo, te decía, se encontró un sitio y muy bueno. Acá me explico en cómo fue dado esto: Así que igual ya fue establecido en el capítulo que nos narra de qué manera fue que la primera cubierta lumínica se perdió, te recordaré que el zorrillito estaba muy apenado de los hechos, en la parte de su culpa que le tocaba. Más allá de que la primera cubierta sirviera para colorear al mundo, el Nñupáa estaba contrariado y quería

ponerle un remedio a sus actos y, de paso, enmendar su error. Pues bien. Una vez el zorrillo coincidió con el errabundo peregrino por pura casualidad y, entonces, decidió seguirlo, no dejarlo hasta que detuviera su marcha. El zorrillo anduvo tras de él como su sombra. Lo siguió y lo siguió, hasta que el M'nie Gguí llegó a la orillas del mundo terrenal. Lógico, se detuvo para dar la vuelta. Lo alcanzó. Ahí ambos se encontraron la primera noche en la que el Jl'á no se investía de su luz y, bajo aquella oscuridad, el zorrillo le suplicó que lo dispensara de su culpa, pues él no era su enemigo, aunque por su causa lo habían despojado con cruel intransigencia del primer manto luciente. Eso tan feo lo tenía muy afectado. Creo que el pobre Nñupáa ignoraba entonces cómo justificarse y no hacía mucha falta que aprendiera. El noble corpachón lo perdonó con una dulce sonrisa porque él sabía que no fue descuido de nadie lo sucedido. La Madre Luz había ganado la jugada y ni modos. El zorrillito se enterneció de agradecimiento. De haberlo sabido desde un inicio lo poco complicado que le resultaría conseguir su perdón, lo hubiera intentado antes. ¿Ya lo ves? En la vida hay que aprender a pedir perdón a tiempo, no es difícil hacerlo. Al principio se debe cultivar la humildad; aceptar nuestro fallo y, enseguida, que venga la sincera contrición. Eso ayuda pingüe cuando va primero el corazón. En fin. Después de aclarado todo, de pronto se produjo ahí mismo un milagro. En ese punto y en ese momento llegó una calma reposada que solamente se rompió con el canto de un solitario jñuñn (grillo). Habrá de saberse que con aquel silencio se forjó una idea que iluminó el nada bonito rostro del M'nie Gguí. Entonces él resolvió pedirle una gran contribución al Nñupáa. Le pidió que lo apoyara para que de este modo hallara un sitio confiable en donde pudiera preservar su nueva cubierta de prístina luz, porque, como ya se comprendía, si la localizaba la Nñié, entonces se caerían las aves de los cielos, haría frío y, desde luego, si tales infortunios ocurrieran, quién no lo sabe a estas horas, toda la Nación Cucapá dejaría de existir. ¡Ayudarte, qué buena medida!, respondió el Nñupáa inconmensurablemente complacido de arrimarle el hombro y,

muy prontito, éste salió a rastrear un terreno que fuera la residencia de la cubierta de luz. Después del repetido ir y venir, buscar y rebuscar, el zorrillo dio con el recoveco ideal para que se recataran lo más preciado que existe en cualquier parte del universo: los niños y, después de ellos, los arco iris. Como sabemos el Nñupáa encontró el sitio que ahora esconden tanto a unos como a otros. Los niños, como a los ko'Ašiúu. El lugar está, está, está… ¿y qué te figuraste, que ya voy a decirte en dónde está? ¡Pues no, qué va! Es un secreto muy bien guardado. Si lo digo puede venir nuestro amigo a buscarme y quién sabe lo que me haría si viene con su cara de enojado. Bue… No importa. Escúchame bien que revelaré un misterio casi sacramental. Dicen los que entienden de esto más que nadie, que la guarida se encuentra justo en el centro del horizonte. Sí, en el puro centro fue lo que mencioné. Exactamente ahí. Al menos eso nos confirmó la pequeña Ipá Ak'mesh el día en que se marchó para siempre de aquel luminoso protectorado. Lo juro, eso fue lo que contó ella y, esto dicho, debe creerse sin chistarlo. El zorrillo encontró el escondrijo y se suponía que nadie iba a revelar en dónde estaba, hasta que Ipá Ak'mesh me lo dijo cuando se marchó para siempre del centro del horizonte porque ella dejó de ser niña y, en tal sentido, poco a poco empezó a envejecer sin dejar de ser una niña. Por esta razón los eventos se alteraron para siempre, cambiaron como ahora se pueden observar. ¿Lo entendiste bien? A ver si puedo explicarme un poco mejor en esto de cómo fue que las cosas *no se mantuvieron igual a como estaban antes*. Entonces afirmaba, se modificaron las formas; las apariencias. Lo que antes era un hecho, se rehízo en otro, como cualquiera lo puede percibir. Aclaremos eso de una vez. Mira. Presta atención que te vas a sorprender. Digo que, como ya se había revelado el sitio exacto en donde se encontraba la guarida del bonachón andante, es decir, divulgaron que estaba en el centro del horizonte, entonces el joven Jl'á, con un conjuro de tres invocaciones hizo que éste se alejara siempre del alcance de quien fuera si no se trataba de un niño. Únicamente ellos sí pueden tocar con sus deditos el confín. En cuanto a nosotros que ya hemos

crecido, no; no podemos, porque no tenemos ese permiso. Sólo de lejos se puede ver el centro en perspectiva. Si no lo crees, acércate y comprobarás que el horizonte se aleja de ti. Por más y más que corras y corras jamás puedes prenderlo; ¡ah!, en oposición a esto imposible, a que sí has visto a un niño por allá en lontananza jugando con el horizonte, ¿no es cierto? A la distancia se nota que los niños están platicando aparentemente solos, y se ríen, y juegan, y participan de algo divertido... aunque así, ¿solos? Desde luego que no, los niños ¡nunca! andan sin amparo o en soledad. Jamás. A lo lejos se aprecia que están en compañía de "alguien" o de "algo" que no se deja ver pero que los ama como lo más sagrado que existe en todo el universo. Pues ahí lo tienes más claro. Dijimos que las cosas cambiaron. Que no se mantuvieron igual a como estaban antes y todavía son así. Ahora, sin excepción, cualquier pequeñín del planeta sabe cómo tocar los horizontes y nosotros ya no lo sabemos ni podemos hacerlo igual, puesto que ya no somos niños.

Transcurrieron muchos días, y desde luego que la Madre Luz no estaba nada complacida con los pobres resultados que, si no mejoraban, le harían perder esta segunda guerra por la capa de arco iris. Guerra que no solamente era en contra del M'nie Gguí, si no que la lucha iba en contra de toda la humanidad sin distinción. Su hermano no debía resultar el vencedor, se repetía la Madre Luz. Ella debía dominarlo. Ni el joven Jl'á, ni tampoco su buen amigo el antes peludo; hoy luminoso y lampiño andarín, podían vencerla otra vez. La hacedora de todo lo bueno y lo malo, de todo lo feo y lo bello, y de todo lo vivo y todo lo que no tenía una profunda herida en su amor propio porque no sabía cómo ganarles. Así que una tarde doña corajes… ¡Toma! De puro ensañamiento, con un brusco ademán arrinconó a las iÛú'míic para preguntarles si sospechaban de alguien que guardara el secreto de la guarida de la luz. Al principio las luciérnagas no confesaron ni media palabra, porque ellas sabían del riesgo al que iban a reducirse si es que soltaban más de la cuenta. Entonces la Nñié enfurecida empezó a lanzarlas una a una hasta el cielo, y

así fue como nacieron las estrellas de la noche. Las que sólo de noche se asoman, por el temor tan grande que le siguen teniendo a la Madre Luz. Señalaba que al principio nada dijeron y, al final, las pobrecitas ya presas de la angustia terminaron por irse de la lengua. Confesaron que el Nñupáa era quien sabía en dónde estaba el refugio del M'nie Gguí, puesto que él y nadie más le había proporcionado el santuario. ¡Uy! Si antes la Nñié estaba iracunda, ahora estaba, estaba… pues aquí no hay lengua para decir cómo estaba, así que habrá que imaginársela. Mandó llamar al Nñupáa y más furiosa se puso porque no lo pudieron encontrar por ningún lado. ¿En dónde está el Nñupáa? Pues quien sabe. Investigaron sin resultados. Y eso que revolvieron cielo, mar y tierra. Las garzas no dejaron ni un rincón por esculcar. Incluso se husmeó entre las madrigueras abandonadas del tejón y del mapache. Tampoco estaba. Sumando a este esfuerzo, las hormigas también escudriñaron cuanto escondrijo se les atravesó y menos. El astuto zorrillito prevenido y, obvio, muy asustado, permanecía convenientemente a cubierto en algún distante allende para que no dieran con él tan fácilmente. El Nñupáa había decidido que esta vez no sería él quien lo echara todo a perder. En consecuencia… ¡Ay! A veces las cosas no salen como uno las planea. El Nñupáa permaneció bien oculto durante días en una rendija casi *casi* perfecta. Todo iba estupendo de bueno y así hubiera seguido por un lago trecho, si él no estornuda despertando a los grillos. ¡Ihachú! Al cabo, fue descubierto en su escondite disque perfecto, por los grillos que, inocentes, se reunían tan contentos en torno suyo porque les encantaba el lozano aroma de impasibles jazmines que despedía su cuerpo sin cesar. Es difícil comprender que antes el zorrillo oliera rico. Sin embargo, sí. En el origen de los tiempos, el zorrillo, no olía a zorrillo. En fin. Él, trataba de espantárselos de encima. Se quitaba uno grillo y ándale que llegaban dos, se quitaba dos y le caían diez sin importar la fuerza de las meneaderas que daba. En una de esas sacudidas se delató. ¡Ya te tengo gusarapo!, le increpó la diosa del cielo con una expresión de triunfo que es tan difícil de ocultar cuando se cree que la mano está ga-

nada, e inició contra el zorrillito el hostigamiento más feroz visto nunca en estos lares. Ese suplicio tan constante sería para que nuestro amigo señalara de una buena vez por todas en dónde se ubicaba el escondite del M'nie Gguí y aguantó, resistió como los meros machos. No le entregó detalle de nada. El secreto quedó guardadito. Podemos asegurar que actuó como un zorrillo muy valiente, ¿no lo crees? Entonces de puro escarmiento le quitaron su perfume y, puesto que ni así confesaba, la Nñié malvada no se le ocurrió otra cosa peor que hacerlo apestoso, archi súper apestoso, apestosísimo como tú cuando no te bañas en tres días. Pues ni de este modo logró que le mostrara el sendero que conducía a la luz. Estaba decidido a que nadie lo llamara traidor o indigno de la amistad eterna del joven Luna y el noble M'nie Gguí. La Madre Luz se quedó echando chispas de muina porque su tiempo en el cielo se estaba consumiendo y, ahora, el turno sería todo para su hermano el joven Luna, quien ya asomaba a la distancia su redondo aspecto. Enseguida, en un último intento de romper la resistencia del porfiado Nñupáa, la Nñié lo aporreó, lo zarandeó recio; lo privó de su níveo color cuando le arrojó sus poderosos rayos. Tantos y tan intensos de vivos, que el pobre quedó renegrido de tanta chamusca. En medio del castigo… ¡Ah! Sucedió que en ese instante un inmaculado Jéeu'l (cuervo), que pasaba volando por ahí, sin querer produjo con su sombra la zona blanca que todos los zorrillos tienen en sus lomos; esta franja del dorso no se quemó y corresponde al contorno que el Jéeu'l produjo, ya que con sus amplias alas proyectó una sombra sobre el cuerpo del Nñupáa. Ocurrido el caso y desde la remota antigüedad, los cuervos en su porte se quedaron con los tonos del azabache retostado sobre su plumaje. Aún hasta la fecha por tal razón se les nombra: *kák*. Ya pocos se acuerdan de que antes el cuervo se llamaba Jéeu'l; hoy les decimos kák. Sin embargo, aquello no significaba que los cuervos dejaron de ser lacayos de la Sol. No, no; sin importar que ya no fueran de color albino, siguieron de aliados y de los más confiables, si bien ahora son negros fuliginosos, idénticos a los tristes ojos de un zorrillo, quien antes

del suplicio también él dimanaba un blanco total. Y míralo ahora cómo quedó. En fin. Yo decía que, por esto mismo, por su negro color, tal vez los káks son de los únicos que no están invitados para irse volando al iŃ'güésh, que es el lugar de regocijo de todas las aves. Un lugar jubiloso el iŃ'güésh, en donde la luz perfecta de la Nñié siempre impera. Esa es otra historia. Estábamos en la abnegación del valientísimo Nñupáa que con todo y escaldo, no dijo ni pío. Resistió la tunda hasta que, ¡por fin!, el joven Jl'á tomó su espacio en las alturas y su hermana se marchó disparando en un arranque de puro furor sus rojizos rayos de amenazante fuego. Ella regresó al iŃ'güésh, con lo que le dio un respiro de alivio al aporreado zorrillito puesto que el pobre más ya no podía soportar. Quedó agotado por la lucha, cubierto de polvo, retostado, apestoso, cansado hasta para escupir y por encima de cualquier otro embrollo quedó muy satisfecho, sonriente por haber triunfado a pesar de tanto embate, debate y sin rescate, que lo dejaron ahí, solito, como burrito sin mecate.

La guerra se ganó después de todo. Bien. Hubo alegría durante la noche y todos celebraron entre un júbilo indescriptible, porque la guarida y la cubierta luminosa del M'nie Gguí, había quedado a salvo. El pobre zorrillito arrastraba las patitas al caminar, como el soldado que vuelve del campo de batalla. Tan molido que no podía festejar, ni siquiera por su gran heroísmo al defender el manto de luz hasta el último aliento. Después de todo, el secreto quedó amparado. Así es hasta la fecha. Ya se puede notar que la capa de arco iris no es tan tenue o vaporosa como en los inicios. Ahora, ni con los rayos poderosos de la Nñié se desvanece tan fácilmente. Por eso existen los ko'Ašiúu sobre el firmamento y seguirán existiendo mientras haya quien esté aquí con buenos ojos para verlos. Esto, no debemos olvidarlo nunca, fue gracias al indomable Nñupáa que pese a todo lo que le hicieron, pobre, no desembuchó nada y pagó las consecuencias de su bravura. Todavía pesa en su ánimo que nadie lo estime como antes ni lo valoren en toda su extensión. A la mejor por eso pasó de ser el predilecto y el más popular, a insoportable y el tipo más antipático del Valle. Con el

tiempo se le agrió el carácter y se transmutó en un apestoso gruñón al que ya nadie procuraba. En la actualidad, si tú te fijas bien y resistes el olor, ¡yak!, verás que en esencia todos los zorrinos son muy hermosos, gallardos y elegantes como ninguno más. El Nñupáa se mueve con pasos refinados a la manera de un gran señor. Así es. Tales modos exquisitos jamás los perderá. Al principio, cuando el mundo era nuevo anduvieron todos ellos correteando por ahí y por acá. Las mofetillas recorrían su región entera sin que parecieran cansarse en la vida. Como fueron suyos los territorios que hoy ocupa el Pueblo Cucapá, éstos merodeaban traviesos y vivarachos en la grata compañía de cuantiosos amiguitos. Cómplices que, sublevados y medio revueltos, trataban de imitarle su andar con esa marcha bamboleante de alta alcurnia y gran solera. Graciosísimo. En fin. Cada uno de ellos, insisto, al principio de los tiempos vagaron fragantes, perfumados, blancos y requetefelices. Y, bue… debo decirlo una vez más: Igual de bonitos y chistosos como aún hoy se les estima por su cuco aspecto, antes fueron mejores. No se pendoneaban así, tan malolientes como los vemos en la actualidad. ¿Me expresé con precisión? Pues afecto mío, reitero que, por tales motivos, no debemos darles ¡nunca! el fuchi a estos apasionado de la elegancia, porque los zorrillitos son buenos, bienhechores y no se merecen un tratamiento descortés ni ser mal vistos. Al contrario, deberíamos admirarlos en todo lo que representan, porque la valentía bien comprendida debe corresponderse y reconocerse sin notar jamás el contra, sino el pro. Sus acciones ponen en marcha los secretos resortes del equilibrio universal, por encima de lo adverso.

De cómo aparecieron las primeras estrellas

Profusas razones se tendrían que considerar para que pudiera explicarse la eterna tristeza de la niña Ipá Ak'mesh, en tanto que la primera y la mayor de todas sería que la Madre Luz acabó con cuantas iŶú'míic eran habidas y por haber. Las redujo a cero agujero de todo resquicio terrenal. La malvada no dejó una sola ni de muestra. ¿No es motivo suficiente para estarse entristecido de por vida? Aún más si recordamos que las luciérnagas, siempre bulliciosas e inagotablemente traviesas, nacieron el mismo instante y rodeadas del mismo lugar de donde surgió la niña Ipá Ak'mesh, ambas con idénticas circunstancias de tiempo y sitio. Incluso, puede ser que brotaran todas ellas –pudiera ser de semejante modo quise decir–, que brotaran todas ellas hasta de la misma gota de agua purísima que se hallaba sobre el lomo de una tortuga del desierto; tortuga que estaba descansando en la compañía de un delicioso arroyuelo de aguas límpidas y cantarinas. Digamos que eso no se conoce con certeza, siendo que se intuye desde siglos que ambas surgieron en la precisa pausa celestial en que el Jl'á así lo determinó. Él quiso que la chiquilla naciera primero y justo después de ella, las bullangueras candeluzas. Debido a que, como señalé, estimó que ambas salieran de una gemela e impecable gota de agua. Para la pequeña de ojos sin dicha los cocuyos eran lo único que le recordaban la alegría de vivir. Le agradaba mucho jugar con ellas todas las noches y la niña era feliz con sus lumínicas pre-

sencias revoloteándole por la cara, en el pelo, enfrente, detrás, por encima, ¡por todos lados! Incluso se dice que en una ocasión se rio con ellas y por ellas. Esa fue la primera vez que a Ipá Ak'mesh la vieron sonriente. Así que cuando los enjambres de lucecitas y sus clarividencias de constante felicidad fueron arrojados al cielo por la insensible apetencia de la Ññié tan desalmada, la niña se entristeció para siempre. La niña ensombrecida y resignada vio a todas sus amigas adheridas al manto celestial como rehenes de una venganza que no tenía par. Se afirmó de ella entonces que jamás logró ser feliz a partir de aquel instante. Su contento se perdió para siempre entre los escombros de esa noche. ¿Ahora ya se explica la razón de su profundo desconsuelo? Cuando un brillo se hace gris en una luz que palidece, ni el cielo más hermoso ataja a la tristeza atrapada en los húmedos ojos que se han quedado ya sin pizca de color. En fin.

Tenemos que decir que la Ññié, al principio de los tiempos, no guardaba un odio particular con nada ni con nadie en el universo. En dado caso, como sucede con todo ser imperial sea de donde sea o se trate de quien se trate, no toleraba que nadie pusiera a prueba el colosal poder suyo y, quien se atreviera a enfrentarla, pues se ganaba automáticamente su malquerencia, con todo y sus terribles efectos anulatorios, de funestas consecuencias. Veamos: La Madre Luz no aborrecía ni a las iŶú'míic, ni a Ipá Ak'mesh, ni a nadie en el origen de las creaciones. A ella le daba igual. No obstante, el mayor descalabro para unas y para la otra, provino de aquellas desastrosas circunstancias: Vino del intento por engañarla lo que provocó la supresión terrena de las candelas (eventos e incidentes que ya explicamos cómo fueron), e indujo la enemistad de la Ññié con la niña de ojitos tristes. Hechos que sabemos también porque ya se explicaron, así que no debiera remachar en el asunto. Por consiguiente, y para quienes no pusieron atención –y me refiero a ti mismo, que siempre estás distraído–, repetiremos que todo fue porque se negaron a revelar el sitio de la sobria guarida en donde estaba escondida la piel luminosa de nuestro fiel amigo. ¿Ya quedó? Pues que bien, Seguimos.

A veces la vida se sobrelleva en un estar sin estar y en un hacer sin hacer hasta que la inmensa tristeza nos recuerda que ni hacemos ni estamos, sólo medio vivimos. Eso sucede en los días de duelo; en los que la alegría ida nos duele demasiado y más, porque ya se fue aquello que adorábamos. Pasaron los tiempos cortos de gozos y con ellos transcurrieron prestos los años. La presencia, que no vida, sobre la superficie terrena parecía, digamos que más o menos normal y, en efecto, calladamente sombría. Como indiqué, pareciera que la felicidad se hubiera quedado atrapada en otros mundos, muy alejado de este nuestro. La ausencia de luciérnagas era motivos de tristeza inmensa. Hubo demasiado silencio y, como sabemos, aquello no era nada bueno para el Valle con sus seres residentes. Refundidos en el desaliento, los grillos dejaron de cantar. Esos mismos que antes no paraban en toda la santa jornada y hasta le seguían en el anochecer. El agobio empezaba a calar tan hondo que ni los colores con los que se pintó una vez la comarca lograron arrebatarle un destello de comunión con la armonía. Entonces el M'nie Gguí, que era el pulso de la tierra misma, y que en su latir llevaba la dulzura de los frutos, el perfume de las flores y el color de todo el Valle le pidió al joven Jl'á que pusiera remedio a tanto pesar porque habitar una tierra huérfana de luciérnagas resultaba bastante deprimente. Aquel que camina y camina, miró contrito al firmamento de la noche clara… y suplicó:

–Jl'á, espléndido amigo, sé benigno y ponme atención–, le habló el bonachón con aquella vocecita de pedir que ya todos conocemos. Mas el joven Luna no le respondió ese día. Al siguiente, volvió a convocarlo con mejores ahíncos:

–Jl'á, poderoso compadre–, le musitó el M'nie Gguí con la misma voz de rogar y tampoco le contestó. Al siguiente día, vuelta con lo mismo:

–Jl'á, camarada dadivoso, mi compañero magnánimo, desprendido, más que noble, dignísimo y cabalísimo compañero en las luchas eternas contra tu temible hermana, hazme un poco de caso ya, que se me va a torcer el cuello, ¡ay!, de tanto voltearlo para

arriba–, tornó a reprocharle una vez más. Entonces, conmovido, observó cómo se apartaban unas nubes para descubrir la redonda cara de su joven amigo. Y, al verlo, ¡ya era hora!, le preguntó:

–Jl'á, querido bienhechor mío, ¿por qué no me atiendes? Estuve hablándote por tres noches seguidas, y nada contigo ¿Qué te hace desdeñar mis súplicas de esta fea manera? Escúchame, por favor. Quisiera pedirte…

–Sí, sí; ya sé lo que vas a pedirme. Lo he sabido desde hace un mes. Estuve pensándolo mucho. Estoy desconcertado. Desgraciadamente aquí no veo la manera de salvar a las luciérnagas. Es difícil. Muy complicado. Eso estaría más allá de mis propias fuerzas –explicó el Jl'á, y dejó consternado a todo aquel ente que lo escuchó esa noche en el desierto.

–¡Vaya! No me explico esto que me aseguras tan escuetamente. ¿Cómo que no encuentras la forma de devolverlas a la tierra? Eso no es posible –inquirió el viandante confundido por lo escuchado. Entonces le respondió el joven Jl'á con más recelo, que real enfado:

–Te equivocas si crees que puedo hacerlo todo. No. Parece una cosa muy sencilla y, por principio, ya verás que no es nada fácil llevarlo a cabo.

–Sigo sin comprender ni media palabra puesto que puedes con cualquier cosa, lo que sea, con sólo desearlo ¿No eres tú igual en poder que tu hermana?

–Sí, claro que lo soy. Nadie tiene duda de eso –reconoció el joven Luna.

–Pues estoy sin entender nada –le repuso el M'nie Gguí, más intrigado que molesto y, después, el Jl'á le confesó que sus poderes eran eficaces y duraderos sólo en las noches, cuando su hermana no estaba presente. Luego agregó:

–Para que mi poder surta efecto es indispensable que ella no se entere que hemos obrado en su contra. ¿Ahora lo entiendes? De otra manera, si percibe una pequeña alteración o viro en algún atributo dispuesto por su alta voluntad, las consecuencias serán terribles, quizás no lo sean tanto para mí, pero te aseguro mi cor-

pulento amigo que serían tremendas para todos los demás en este Valle. No veo por qué tengo que explicarte esto, si tú ya lo sabes y lo has constatado.

Tenía razón. No engañaba a nadie, ¿cierto? El joven Luna demostraba su poder; siempre y cuando fuera durante el curso de las noches. El M'nie Gguí se fue desconsolado para seguir sin relevo con su marcha sempiterna, aun cuando ya no andaba con la firmeza de antes, lo que trajo resultantes no deseados para el mundo. Como lo agrio, el frío y el descolor en todos lados. Aquello fue porque, en cada tranco que daba sobre la faz de la tierra, nuestro amigote animaba a un complicado sistema de sorprendentes e inaudibles ecos que lograban darle a todos los frutos ese exquisito gustillo azucarado que tienen. Sin los callados retumbos que producen sus zancadas, lo entiende cualquiera, toda la cosecha tendría un resabio como al del limón, que tal nos tunde esta fruta y algunas otras igual a su especie, ¿sabes por qué? Porque así quedaron. Saben al acre brusco el día de hoy por la falta de solidez en su viaje de aquellas épocas remotas. Antes, lo dulce de las frutas estaba asegurado con su andar de pisadas firmes. En cambio, si las cosas seguían de distinto modo, ¿quién nos protegería de lo agrio? Ahora, sus pasos parecían periclitar enfermos, lentos. Sus pisadas se notaban gravosas, ahora que esto no por un cansancio natural del cuerpo, sino por la sutil melancolía que produce una resignación impasible y de renuncia perdurable, la que pesaba más que una plancha de granito. Quiero decir que, por eso todo apuntaba a que las cosas seguirían igual en la tierra. O sea, la tristeza y más tristeza. Constante e interminable tristeza por la ausencia de la iŶú'míic. Desdicha durante el día y desdicha aún más grande durante la noche y, quizás, por la estancia de abundantes siglos se quedaría en la tierra del Valle el absoluto sabor al vinagre vil en los frutos más carnosos. Como todo el Pueblo Cucapá sabe, el ininterrumpido andar del M'nie Gguí sirve para que los peces no se escapen de los ríos y para que las aves no se caigan de los altos cielos. Lo mismo ayuda para que se evite una extinción segurísima del ser humano. En suma, no solamente vale

para eso, también sirve para que la primavera vuelva siempre sin suplencias. Sin embargo, cuando aquél camina abatido y cargado del desánimo sobre sí mismo, entonces sucedía que se prolongaba el invierno que todo lo marchitaba y todo lo resecaba hasta agotarse por dentro entre el mustio abrazo de la muerte. Así que hubo frío y crudeza por muchos ciclos de tiempo, durante una dilatada era, quiero decir. Y sí, fue precisamente así como ocurrió lo dicho. Se le conoció aquel tiempo como la Era del Hielo. Perduró por siglos y siglos, yo creo que demasiados. Imaginemos un mundo frío, frío, y amargo, amargo. Pues de este modo se puso hasta que una vez se encontró en medio del desierto con un Ií'kòajen, aterido y solitario, que le susurró al oído una solución muy ingeniosa para acabar con su tristeza personal y con la tristeza del mundo. ¡Ah, sí!, y desde luego también, para terminar con el frío bárbaro que estaba haciendo. El cimarrón le habló al M'nie Gguí. Conversó quedo, con voz solamente para dos y nadie más. Hizo eso para que no lo escuchara ni las aves, ni la Sol, ni nadie más sino su amigo el gigantón. Cuando terminó de exponerle el plan, el cimarrón no pudo contener la risa y se fue sin despedirse. En seguida, y ya solo, el buen M´nie Gguí asombrado lo mismo que sonriente tomó en consideración aquellos benditos pormenores dichos por el ingenioso Ií'kòajen, y conservando un gran cuidado para no decir nada, estudió los posibles riesgos y las peligrosos consecuencias hasta que, detrás de atender lo sugerido, se prestó de buen gusto para llevar a cabo la singular propuesta. Luego el bonachón andante, después de consultarlo con cuanta criatura se topaba en su camino, le comunicó el posible plan a su aliado, el joven Luna, para ver qué le parecía. Apuesto a que ya quieres saber qué fue lo que le planteó, ¿no es cierto? Pues muy orondo el gallardo cimarrón, le propuso lo siguiente, que enseguida compartió con el joven Luna:

–Jl'á, devoto compañero mío, ya tengo una solución que te va a sorprender por lo ocurrente. El consejo me lo dio el cimarrón no hace mucho. Presta atención y mira acá lo que te pregunto: ¿Tú has contado alguna vez cuántas luciérnagas hay en el firma-

mento?, ¿verdad que no? Pues tu hermana menos, te lo aseguro. El plan es que se escapen de poco en poquito, y no de a muchas juntas que se noten. Así que iremos descontando una a una sin que se entere y, para que nunca se dé cuenta de la travesura, la iÛú'míic sólo brillará por las noches, justo el instante en donde ella no las pueda ver mientras se produce la desbandada. En el día, no habrá que brille ni una sola. Te aseguro que para cuando averigüe lo que hemos hecho ya será muy tarde, porque la mayoría de las luciérnagas estarán de vuelta en casa guardando las distancias y listas a camuflarse en cualquier minuto que se requiera. El plan parece estupendo, ¿verdad que sí?

Y es así que, desde entonces, durante las noches en calma se ven caer las estrellas, una a una, para que la Nñié no advierta su fuga a cuentagotas. A veces las desobedientes se abalanzan, saltan, brincan y se dejan caer de a dos o de a tres, o de a muchas juntas, al fin que no las notan de tantísimas que son. Tal vez no importe, aunque es un riesgo. Y ya en la tierra, lo sabemos de sobrado, brillan únicamente durante las tenues horas en que rige el joven Luna. Inicialmente, las iÛú'míic aluzaban todo el día. Pues ahora ya no lo hacen. Solamente cuando cae el crepúsculo; de ahí hasta que amanece por completo. Entonces, ellas apagan su luz porque se van a dormir. Las luciérnagas duermen por el día. Antes, las estrellas brillaban también durante la mañana y la tarde, pero se fueron acabando poco a poco, hasta que sólo quedó una; tú la puedes ver muy temprano si miras al oriente en el amanecer. Sin importar en dónde estés parado la puedes ver. A la orilla del mar o sobre una montaña. Ahí aparece resplandeciente, el lucero del amanecer estará en su sitio. Será de este modo siempre para que la Madre Luz no se dé cuenta que todas, o casi todas las iÛú'míic, ya se le fueron.

La dicha retornó a la tierra de los cucapás con la arribada de miles y miles de luciérnagas. El frío inclemente se fue quitando sin que nadie lo extrañara ni siquiera un poquito. Los frutos conservaron su dulzura. El canto de la cascada y del arroyo cristalino continúa siendo, hasta hoy, una manifestación duradera de feli-

cidad. Por su parte, el M'nie Gguí todavía muy contento sigue con su marcha que, constantemente y sin parar, provoca los ecos silenciosos. El Jl'á satisfecho por haber vencido a su hermana no paraba de carcajearse con su triunfo. Con esto consumado, por segunda y última vez la niña Ipá Ak'mesh, volvió a sonreír.

De cómo se formaron las mareas

La madrugada del *iŃ'güésh* es una fecha significativa en tierras cucapás como lo sería para nosotros, digamos, el equinoccio de primavera. Sí. Una y otro son lo mismo. El *iŃ'güésh* es primavera. Esta ocasión tan memorable corresponde casi siempre con la emigración de las aves. La mayoría vienen zafándose de los gélidos aires del norte, para buscarse un rinconcito en el *iŃ'güésh* e iniciar su cortejo nupcial. Ellas se remontan hacia el sexto rumbo en una *V* de punta de flecha, sin romper la perfecta formación de vuelo. La curiosa procesión sirve para señalarles el curso a otras, no sea que vayan a perderse las muy idiotas. Se creyera que con su código recalcan desde arriba una urgencia para que sus emplumados parientes emprendan el gran viaje con el trayecto marcado. Me refiero a esos retrasados pajarracos que siguen ahí en sus puestos sin darse cuenta de la bandada que se desplaza por los cielos en perfecta formación. Parece que les dicen: "A ver, aquí, los que sean pájaros; alcáncenos, que vamos para allá. ¿Lo ven; lo están viendo? Para allá vamos". Desde luego que todas las aves saben en dónde está el iŃ'güésh. Imposible no saberlo. Es como si tú no supieras para dónde queda tu escuela, o en dónde está el parque de tu casa. De cualquier manera, apuntan la dirección del lugar por si alguien anda por la luna, como suele sucedernos, ¿no es así? En fin. Este día tan celebrado coincide en el crepúsculo matutino con un suceso mágico que marca el momento en que

se van todas ellas tras el mágico esplendor del gran iŃ'güésh, sin perder el rumbo. La puesta en escena es espectacular por decir lo menos. Las aves, ellas decoran los aires de los altos cielos con la osadía del aleteo uniforme, acompasado, enamoradamente simultáneo, pues parece que van flotando como el pregón silente de un sueño inconcluso. Parvadas y parvadas en completo orden vuelan lejos del reposo hasta alcanzar por fin el lugar recóndito de la *Eterna Luz Invicta*, que es justamente lo que significa la palabra iŃ'güésh. Llegado el momento acá en el Valle, el Pueblo Cucapá por su lado realiza una ceremonia al junte de un mar calmoso, sosegado, con el manso oleaje que levemente baña los tobillos. El acto de fervor se hace antes de que la Nñié asome la cara que rompe la noche. Los cucapás, reunidos frente a una fogata hecha con varas de mezquite y cachanilla –que apenas les sirve para mitigar el frío de la dócil brisa marina–, entonan misteriosos fonemas que han pasado de boca en boca y de generación en generación. Son místicos cantos, dejos de una tonadilla milenaria, concisos y rítmicos, siempre en un Re continuo, seco y permanente hasta el aturdimiento; una música monótona que es casi semejante al vértigo que puede causar el latido de un corazón si se le escucha por demasiado tiempo: "*Eé Eé Eé Ah Ah iSh so Eé Eé Eé Ah Ah iSh so Eé Eé Eé Ah Ah iSh so Eé Eé Eé Mn Mn Mn Eé Eé Eé Ah Ah iSh so Eé Eé Eé Mn Mn Mn Eé Eé…*" Algunos danzan. La mayoría se queda inmóvil, como en un trance místico. Esta melodía incesante se mantiene por casi dos horas y, en ocasiones, un poco más. Dura lo que va del amanecer hasta que la Madre Luz desvanece las fuscas tinieblas del firmamento o hasta que el Jl'á se retira de las alturas, lo que ocurra primero. El cántico se acompaña con una solitaria sonajilla de huaje que destaca un ritmo simétrico. Cadencia que tiene la precisión de un cronómetro, y así, sin más, llega el repente de un silencio. Irrumpe un sosiego que puede aturdir a quien no lo espera. Todo termina de improviso con el prolongado fonema: "*Oh'ś*". Y luego, una profunda calma que permite escuchar el ruido de las olas. La sonaja ritual, a veces son dos, y nunca más, es reunida con el amor de la lumbrada has-

ta consumirse entre las ascuas. Nadie dice nada, pues nada debe agregarse en este punto. Las mujeres recogen conchitas que serán sus amuletos y tan tan. El rito conmemora la aparición de las mareas en el día del iŃ'güésh, cuando el agua se va nadie sabe para dónde y luego se devuelve despacito y en sigilo sin saber ni cómo ni por qué. Una tradición muy simple, muy sencilla, invadida de un extraño éxtasis todo espiritual que nos abruma de preguntas que no tienen ni tendrá nunca una respuesta, pues el maravilloso evento guarda una historia colmada de ternura que tiene que ver con el famoso escape de las inquietas iŶú'míic.

Establecimos que con el regreso de las primeras luciérnagas el mundo se llenó de dicha, el frío se marchó muy lejos sin que nadie lo echara de menos, ¡qué va! Los frutos multicolores otra vez almacenaron su dulzura. Algunos. Otros no. Se quedaron agrios como así se quedó el toyón, la salvia o el pobre limoncillo. En fin. Decía que todo fue una manifestación duradera de felicidad por la reaparición de las candeluzas. El triunfo del Jl'á sobre su hermana se presentó como el triunfo de todos por igual y no se cansaban de aclamarlo. Festejaban siempre en las noches, desde luego, para que la Nñié no se enterara. Como sea, ella se enteró. Las garzas, ¡ay, las muy…! Le fueron prontito con el chisme y ya sabes quién se enojó más de la cuenta. Por eso mismo ésta, la tan poderosa Hacedora, lanzó una invocación al aire y ordenó: "Mando hoy que las iŶú'míic caigan sobre el mar…"; y cayeron sobre el mar. Se perdieron en las corrientes montones de ellas. Una desgracia. Entonces, el Jl'á terció en la sentencia y ordenó: "Mando hoy que no sean todas las que caigan al mar…", y no todas cayeron, pero las que sí, estaba claro que nunca volverían a tenerse en suelo firme. Se quedarían eternamente bajo las inmensidades náuticas. Aquello fue otra vez causa de una tristeza enorme. Acá en el Valle produjo un tremendo desconsuelo en todos por igual. El mundo se dolió muchísimo de las que se malograron porque ya se adivinaba que sus lucecitas estaban muertas. Nunca más alumbrarían las vigilias que desde siempre acompañaron al insomnio de los hombres que han poblado este desierto. Como

es de imaginarse, tales cosas echaron a perder el regocijo durante años y años. Tanta pena fue que duró, vamos a ver, duró… pues la verdad, no sé cuánto fue que duró el pesar, pero digamos que fueron siglos y siglos. Por lo cual el gran M'nie Gguí, desconsolado a más no poder, una noche le suplicó de nuevo a su amigo el Jl'á para que algo hiciera para ponerle un remedio. Asimismo, nadie sabía qué hacer ni cómo hacerlo. El joven Luna se puso a cavilar un larguísimo rato, hasta que de pronto lo decidió: Intentaría salvarlas a todo coste, o al menos a las que aún no sucumbían, sin importarle las consecuencias, así que obró cabe su hábil magia. Se acercó a la tierra para luego empezar a jalar y jalar con inaudita fuerza las aguas del océano. Las atrajo, las atrajo y, con esto, consiguió desnudar un buen trecho de playa, pues las aguas se marcharon, lo que, de este modo, dio tiempo suficiente para que el Pueblo Cucapá rescatara de la orilla a cuantas iŶú'míic pudieron. Entristecido, el Jl'á observó desde las alturas que, al retirar el agua de la orilla, en la playa quedaban al descubierto incontables luciérnagas regadas por la arena, pero ahora con el aspecto de una estrella, es decir, con la forma de una estrellita de mar. Inmóviles y sin brillo. Ahí están enteras las pobres. Siguen todas ellas obligadas a permanecer quietas en la orilla del mar. Y así acabarán en el mismo litoral, por si alguien quiere examinarlas para así confirmar nuestra historia.

Desde entonces, e invariablemente por las madrugadas, existen las mareas bajas que se presentan con el alba, y permanecen hasta poquito antes de que salga la ya sabes quién en las alturas, ¿no es cierto? Desde luego que en cuantito llegaba la Ññié y luego miraba lo que ocurría abajo, ella se molestaba ¡mucho!, y obligaba a su hermano menor a soltar inmediatamente a las masas de agua del gran océano. Entonces la marea sube en pleamar y al día siguiente el joven Luna las vuelve a jalar, y luego las suelta, y las jala, y las suelta, y así, y así sin variar ni detenerse, hasta que la eternidad…, bue.., tú ya entiendes. Las mareas del amanecer sirven para que nosotros rescatemos a las estrellitas de mar. Estrellas, que no son otra cosa que tristes luciérnagas ahogadas por la mala volun-

tad e infinita impiedad de la Madre Luz. ¡Ah, y…! ¿Te has fijado en agosto la cantidad de estrellitas que aparecen en la baja marea? Desde El Chinero, hasta poco antes de llegar a El Faro. Ellas van vicariamente por la vida, para que jamás nos olvidemos de las iŶú'míic tan queridas. Si es que aún no sabes del fenómeno en la playa al norte de El Faro, visita el lugar. Justo ahí, con el amanecer en tus ojos y arrullada tu mente por las olas que miman tus pies, comprobarás que es cierto el prodigio. Tan cierto es como la luz cobriza que desborda el horizonte de un reino imaginario, que sólo se adivina en los amaneceres de agosto. Tropezarás con miles de estrellas regadas por todas partes. Verás una alfombra de ellas cubriendo la arena que esconde quién sabe cuántas lágrimas rotas. Pues ya sabes qué hacer. Debemos ir a rescatarlas lanzándolas al mar. Una por una. De regreso al agua todas las que se puedan. Que vayan de vuelta al mar porque es su casa. Por cierto, se dice que las perlas fueron pequeñas muestras de agobio y pena que el joven Luna dejó caer desde los cielos hasta el océano; lloros que las conchitas atraparon para cuidarlas como un tesoro apreciable, por venir de quien venía. Se equivocan. La verdad es que las perlas son luciérnagas también. Fueron ellas las primeras en caer y no de a muchas, más bien al principio cayeron unas cuantas, y por eso ahora son tan estimadas. Estas candeluzas se convirtieron en perlas de perfecta redondez copiando la redondez perfecta del Jl'á. Su valor enorme está en que esas perlas que te digo, dado que ellas representan la victoria sobre la ciega intransigencia de la Ñnié. Las perlas, es muy obvio, son impecables, elegantes y preciosas, aunque ya no tengan luz propia. Sino que reflejan los rayos de la Diosa de todos los cielos. A veces a la muerte se le puede derrotar encarnando a la belleza; y las perlas, con su arbitrario nacarado, son de una belleza inmortal.

De cómo las montañas dejaron de moverse

Lo bueno y lo que no es bueno. Lo malo y lo que no es tan malo. El bien y lo perverso van tomados de la mano siendo opuestos y muchas veces enemigos. Lo comprensivo y lo inflexible. Lo dulce con lo amargo conviven bajo el mismo techo a condición de complementarse en sus distantes objetivos. Veamos: En ningún tiempo de la historia humana existieron barreras para prodigar las bondades. Sí. Estamos consciente que aquí o allá lo mismo ocurrió y ocurre con la maldad. Tampoco hay barreras para la crueldad. Ambos extremos no saben de límites. Por lo tanto, acá no podemos quitar los pormenores que puedan aclararnos un poco el dilatado odio de la Madre Luz, por todo cuanto el joven Luna hace y deshace a favor de su máxima creación. Es decir, por todo aquello que hace en defensa de la humanidad. Mencionamos que no debemos apartarnos demasiado de las explicaciones, así que diremos una vez más que el mundo Cucapá fue creado por el Jl'á, y su malvada hermana no supo o no pudo a su gusto transformarlo –o más bien deformarlo–, pese a que lo intentó no una sino mil veces y se quedó con su antojo sin cumplir. De ahí su encono llevado al extremo y siempre reavivados por una multitud de sentimientos imposibles de fingir: Aborrecimiento y ojeriza. La causa fue porque el Jl'á dadivoso nos concedió la inteligencia. Pareciera asunto insignificante eso de poseer ingenio y no lo es. Para nada. Debemos entender que la conciencia, el

entendimiento, con la que fueron dotados los humanos es un poder que desafía a cualquiera en cualquier terreno. El hombre es lo más parecido a un dios por el valer de su raciocinio. El raciocinio es un don increíble que afronta a todos los dioses. En fin. Dejemos para más adelante la descripción de la mente humana y mejor repasemos los enigmas de tanta tirria solar por las personas, que será el punto a debatir.

Habíamos asentado que, en el principio de los tiempos, la Nñié, forjadora de esto bueno y divino, y de aquello malo y torcido, no manifestaba abiertamente ninguna animadversión por nada ni nadie que colme la faz de la tierra porque, en definitiva, lo que más y lo que menos procedía de su voluntad creativa, o casi. Recordemos que todo lo que ella decía, *era*, por la suprema potestad del *kuar* (la palabra). Sin embargo, obviamente su comportamiento fue pésimo con aquellos desdichados seres que no emanaban de su génesis, ya que no podía aceptarlos bajo ninguna condición ni circunstancia. Ella simplemente se obstinaba en rechazarlos siempre, como si fueran pobres adefesios inapagables a las normas de su propio concepto de estética. El mismo caso sucedía con todo esto que fue hecho de un modo y luego deshecho por el regio arbitrio de su hermano menor. La Madre Luz oponía su firme resistencia a lo salido del joven Jl'á. Se comportaba intolerante en la materia; enfática hasta lo irracional. Nada podía hacerla cambiar de postura ni un poquitico siquiera. Y ese proceder estaba equivocado. Nadie debe imponerse nada más porque sí. La imposición es lo que provoca todos los malestares entre los individuos. Parece una maldición que nadie comprenda este punto tan sencillo, pero así es. ¿Te has fijado que, en la realidad, todos quieren imponerse antes que someterse al juicio de una reflexión? Pues es porque todos piensan que son los dueños absolutos de la razón. Hay muchos métodos para hacer lo mismo y nada, ¡nada!, tiene una manera única, personal o exclusiva de concebirse. Todo puede hacerse igual, si bien, de distinto modo. Cierto es que las cosas son como son, mas no por eso tiene que ser la única forma de interpretarse. A veces, si se observa con

cuidado, no es ni siquiera la mejor manera de ser, de estar o de pensar. Hay que variarle al asunto. La diversidad es una excelente opción en todos los campos. La pluralidad es mucho mejor que sólo una pieza de lo mismo y ya. Algunas esencias gustarán más que otras, en lo que cabe. En conclusión, todas las creaciones son correctas por alguna vía. Incluso si lo vemos bien, a veces hasta lo que parece imperfecto es hermoso… y lo hermoso, lo ideal, casi nunca es perfecto. Tal vez esto pudiera comprenderse mejor si explicáramos el precario vaivén entre el bien y el mal, en donde no todo debería ser algo bueno, bueno, ¡muy bueno!; o malo, malo, y rematadamente requetemalo. Es imposible que sea de tal modo, ya que debe haber un balance entre lo dulce y lo amargo, entre lo feo y lo bello, pues ambos polos se complementan. El universo entero depende de este delicado equilibrio. Fácil de comprender, ¿verdad? Y de nuevo, no. Pareciera que no hay antídoto para la cerrazón en ningún lugar del planeta. No tiene barreras ni la bondad, ni tampoco la perversidad. En fin. De vuelta al tema, debo insistir para que se quede perfectamente clara la cuestión de las especies. Indicaba que las citadas particularidades terrenas que en un principio fueron establecidas por la Nñié y su soberana voluntad, gozaban de su íntegra protección y guarda, pues ella, la Luz Madre, suponía que eso estaba bien y por lo tanto aquello era inmejorable. ¡Ah! Por otro lado, con las especies que por ningún motivo o género fueron hechos así, pues se ganaban el repelo total y, claro está, el rencor llegaba hasta el colmo de su imperioso desprecio. Si no me equivoco, y parece que no, la esencia que más aborrecía y aborrece aún la Nñié será siempre el ser humano, ya lo dijimos. Fue su odio tan inmenso porque a diferencia de lo engendrado por su divina palabra y voluntad, éste ser impar sí podía –y puede– valerse de su conocimiento. Cabe aquí la explicación de la mente humana. La Madre Luz estaba al corriente de que su hermanito había creado a un ser poderoso, porque éste tenía sapiencia. Aquello será algo muy importante si se ve con atención. Así que presta atención: Exponía que, de todo cuanto estaba vivo en el planeta, el único sujeto que era dueño del

alma, juicio y percepción se encontraba inmerso en la figura del "individuo". El hombre, en virtud de que fue creado muy diferente a cualquiera de lo restante, demostraba su noción a cada rato con su tremenda capacidad de discernimiento, lo que enfurecía a la Sol. Este ente pequeño y sin defensas, el ser humano, no surgió de su prístina creación, ni fue suyo de origen. En consecuencia, cabe su poder de juicio, esta entidad gobernaba el Valle. ¿Comprendido? Por consiguiente, el odio erase a muerte con él, pues solamente aquello que es de percepción íntegra en este mundo, rige, si es que antes no es regido por nadie más. Lo que en realidad reinaba en aquel entonces y prevalece hasta hoy en el presente no era la voluntad de la Nñié en el cielo ciertamente, sino que quienes representamos a la voluntad, somos ¡tú, y yo! Y todos cuantos sean así como nosotros. Eso necesariamente le daba acatamiento y fuerza al punto. La conciencia extraordinaria y libre es un reto para cualquier autoridad. Ande entonces a entenderse que sólo mandan en el mundo los que no obedecen, puesto que son los sujetos insujetos al capricho de los dioses. Todo lo demás simplemente estaba y está ahí en su calidad de objeto; quiero decir que las cosas solamente *son*, y nada más; pero nosotros, en cambio, sí existimos; *somos y existimos* porque sabemos que sabemos. Los animalitos también saben, si bien, o para su mal, ellos no saben que saben. ¿Tú crees que un astuto armadillo comprende que él es un armadillo? Pues obvio que no. No entiende eso. Esta preciosa facultad, la de cavilar, les fue arrebatada a todos los entes vivos por la Nñié al finalizar la Era del Hielo. Lo hizo a través de un conjuro maligno que intentaba despojarnos a todos los seres juntos, incluyendo al ser humano. La Nñié ansiaba quitarnos la conciencia; mas, de inmediato, el Jl'á bondadoso lo impidió, si mal se nota no pudo imponerse en todas las criaturas de este mundo, sino en el caso nuestro únicamente. Por esto dicho, se suscitó la enorme ira que sigue vigente hasta la fecha. ¿Quedó explicado? Pues ahí están todas las razones del odio. La Gran Hacedora se plantaba a dos rayitas de volverse una energúmena rabiosa de las que echan lumbre por todos lados. Sí,

de acuerdo, eso es lo que ella hace todos los días, pero me refiero a otra clase de energúmeno; una loca que aventaba chispas de coraje que todo marchitaba. Ella parecía una…, parecía una…, parecía… Pues, bueno, ya se entiende qué rayos parecía cuando se enojaba. Da pena decir qué cosa parecía de tanto fuego que lanza la Sol. Lo inflexible luchando contra lo comprensivo. Lo bueno y lo malo tomados de la mano disputándose al destino. En fin. Ya prosigo: Estaba explicando que la implacable Nñié, siempre pataleante y excedida en sus fieros bramidos, no hallaba la manera de vencer a su astuto hermano, así que se desquitaba con la gente y no era sólo para darle lata, sino porque ella deseaba borrar del mapa al Pueblo Cucapá, que tan grande así le calaba su resentimiento, profundo e irremediable como se enquistó. Hubo una larga tregua. Transcurrieron incontables siglos. Todo en santa paz y sin más complicaciones que el de disfrutar de la infinita belleza de un cielo estrellado, con música de grillos y el aullido del epiáu cantándole a sus amiguitas, las luciérnagas nocturnas. La humanidad se tenía apartada del temor a la muerte, o libre de algo peor que pudiera sustituir a la muerte misma. Resultó que no. Nada más desatinado que esa falsa impresión porque allá en las alturas alguien, ya sabemos quién, conspiraba sin cesar en su total destrucción. Ordenando, preparándolo todo antes de dar el certero zarpazo de la ruina. Nada se sospechaba por acá abajo en el suelo del Valle Cucapá. Todo había sido una calma duradera que aparentaba ser perpetua, y así parecía, dada la cantidad de tiempo que se tomó la Sol para mal disponerlo en nuestra contra. Incluso, no pocos supusieron que, ¡por fin!, llegaba la concordia entre hermanos y con ello el retorno de la armonía consumada que tanto se dilataba en perjuicio de los seres humanos. Los que más, es decir, los optimistas creyeron en el eterno quiebre de las celestiales hostilidades, y se daba por hecho la paz. Consideraron que el mundo estaba salvado, entonces…, entonces…, ¡y entonces! Para desatar las abundantes maldiciones del infierno sobrevino la venganza como una avalancha imparable de puros infortunios, porque después de harto pensarlo, la Nñié repleta de rencor, ya había

concebido un perverso plan para que, de una vez por todas, llevara al Pueblo Cucapá derechito al desastre más sardio y de paso arruinarle la vida a todo el ecosistema. La maniobra parecía tan evidente y sencilla que se daba de topes en el suelo por no habérsela imaginado mucho antes. El método a ponerse en actos empezaba con lo siguiente: Provocaría la extinción de los cucapás en corto tiempo si conseguía impedir que el enorme M'nie Gguí continuara con su caminar y caminar. Así de fácil. Menguando el ritmo de aquella marcha la humanidad plenaria no sobreviviría a otra glaciación; si sus pasos cansinos no producen el silente eco, todo iba a resultarle tan agrio a la naturaleza que comerse cualquiera de los frutos sería algo irrealizable; sin su tenue piel de arco iris, el resto se quedaría fuera de todo color, incluyendo a las flores y a los pajaritos del mundo entero; y, si por fin lograba atajarlo definitivamente, los peces volarían en un solo cardumen gigantesco de regreso al mar, estos jamás retornarían a los ríos y las lagunas. ¡Cómo no se me ocurrió antes!, exclamaba de contenta la Madre Luz: Siempre estuvo en frente de mis narices esta solución y no la pude ver sino hasta ahora, pero qué tonta soy, qué tonta, seguía diciéndose. Saciada de gusto daba de brincos frotándose las manos, mientras que ya maquinaba sus represalias y éstas, buenas para que no fallaran. ¡Ah!, la muy rufiana. Puso en práctica su plan y en raudo movimiento animó a las fuerzas indomables de todos los mañosos vientos marinos y terrenos; unos súper ventarrones aturdidamente iracundos, violentísimos como una feral bestia sin cadenas. Soplaron y soplaron durante años sin cesar. El bonachón se tambaleaba, se inclinaba peligrosamente y luego cojeaba en su avance azaroso porque el vendaval era fortísimo como nunca se han vuelto a ver otros ciclones iguales. Con todo, no consiguieron detenerlo porque el comprensivo Jl'á terció de inmediato en su defensa y originó que los aires se retorcieran sin control en sí mismos e hizo que malgastaran sus fuerzas y, de este modo, los vientos viraron en dirección y se fueron hasta el confín de la tierra. ¡Menos mal!, para desaparecer entre la bruma intangible del secano Valle del Pueblo Cucapá. Desde entonces los re-

molinos acaban con la fuerza de todas las tormentas que por aquí aparecen de cuando en cuando, hasta dejarlas en nada. Luego, la inflexible Ñnié introdujo a las moscas, las forjó del profundo bostezo de las salamandras, y en efecto, fueron molestas hasta el fastidio y, éstas tampoco pudieron contenerlo en su avance. El M'nie Gguí seguía, pues el Jl'á intervino otra vez para que los sapos se las comieran. A la sazón, siguen haciéndolo igual hasta nuestros días. Bostezan las salamandras y sale veloz una mosca, y vuelta el sapo a comérsela de un certero lengüetazo, ¿los has visto, no? En seguida vino un ejército de mosquitos, para que lo picotearan y le dejaran sendas ronchas, de las que arden y, aunque se rasque uno, siguen ardiendo más, pero no pudieron vencerlo con eso, ni lograron que disminuyera en nada su curso. El M'nie Gguí llamó urgentemente a el ś'Jíik, y de un sólo rugido los espantó a todos. Desde entonces los mosquitos huyen de la presencia del puma. Detrás vinieron las šum'yuł (hormigas), salidas de quién sabe dónde. Legiones de ellas cubrían las arenas del desierto. Eran miles y miles, y todas con un solo propósito: Parar al imparable. Así que, para detenerlo, unas hormiguitas lo atacaban por un lado; otras, por el otro; miles más se le encaramaron y le mordieron las orejas, le picaron la nariz y la boca; otras, en montón, subieron hasta su lomo para, desde ahí, provocarle un gran dolor. De pronto, su amigo el joven Luna envió prontísimo al iíS'háa, para que se las comiera a todas y, habida cuenta, se llevó su tiempo porque eran numerosísimas, el armadillo acabó con cada una de ellas. Fue una tarea colosal; sin prisas, pero sin pausas, el iíS'háa resuelto en su quehacer fue arrancándole las hormigas al sufrido caminante como si fuera arroz esparcido, a granito por granito. Primero las de la nariz y la boca, porque eran las que más dolor le causaban, luego siguió con las hormigas de una orejita y luego, con las de la otra; y subió a sus lomos el iíS'háa y dale que dale se zampó a las que faltaban. Por último, fue patas a tierra y siguió con el tragadero de hormiguitas hasta que ni una sola quedó en kilómetros a la redonda. Hambriento más allá de lo entendible, el heroico iíS'háa sigue hasta la fecha comiéndoselas y no acaba todavía porque son

abundantes e innumerables como las letras de un libro, ¿o no? Las hormigas, debo decirlo, aunque me moleste, quisieron quebrantar al armadillo, pero eso fue imposible pues su piel tan rígida y rugosa, tan dura y resistente, lo resguardó de todo daño como hasta este día sigue protegiéndolo de los nefastos punzones de los insectos hostigosos. La Nñié estaba iracunda, colérica, haciendo sus gigantescos berrinches de loquita porque sus argucias no parecían funcionarle y ya se le estaban acabando los siniestros recursos, entonces se le ocurrió otra estratagema de estropicio: Abrió la panza de las gordas nubes blancas. Con ellas en gran arrebato y saña, desencadenó a la calamitosa tormenta de *Viento Negro* que todo lo destroza. Para pronto y entre mil fragores, aterrizaron los aciagos ventarrones del huracán y, con ellos, descendieron las lluvias torrenciales. ¡Ay! Cayó aquello lo mismo que cemento las furiosas granizadas rompehuesos, descargas, truenos, centellas, las borrascas y cuantas inclemencias atiborran a un ciclón se dejaron sentir en el Valle del Pueblo Cucapá. Todos los rigores juntos batieron a la tierra, mas ni así detuvo su marcha el paciente M'nie Gguí. La Madre Luz estuvo por un buen rato que se la llevaba el barbudo pífas porque ningún artificio progresaba; los viejos trucos y todo lo puesto en uso fracasaban tan rápido que parecía ridículo. Entonces quemó su último cartucho. Preparó su mejor arma haciendo alarde en su despliegue de maldad. Con magno estruendo y colosales explosiones en el cielo, dispuso de una impetración poderosísima. Integró una magia formidable por sus efectos que alcanzó a cimbrar al universo completito. Esta vez la Nñié produjo para sí un hechizo grande, grandísimo… Le confirió voluntad, vida y energía a unos enormes y extrañísimos seres que, en seguida, nacieron formidables desde el fondo del océano ¡Ándale! ¡¿Qué eran aquellas cosas?!, exclamó el joven Luna aún en el cielo, por primera vez atónito de lo que estaba divisando desde allá. Y resultaron ser "montañas" (iK'güaíis), esos monstruos gigantescos que no tenían forma conocida salieron, como dije, desde el fondo de los mares. Una a una, aquellas fueron surgiendo de lo profundo del abismo marino y, una a una

se deslizaron lentamente a tierra firme. El mundo se quedó boquiabierto. Todos pensaron lo mismo: Contra eso, no hay poder nos que ampare. Y detrás del pensamiento vino el pánico: ¡Ay, auxilio, auxilio!, se percibió el espanto como una sola voz de los que clamaron la ayuda del Jl'á porque ya se estaban notando que no cesaban de emerger estas cosas nunca vistas. Se movían con pasmo, lentas pero inexorables, iban en fila, una y luego otra, en un especie de rosario de convulsiones que parecía no tener fin, ¡tum, túm, túm!, retumbaban sus pesados pasos provocando pequeños terremotos que cimbraban hasta el alma de los incrédulos. La gente desesperada apurándole al joven Luna para que hiciera algo, ¡urgente!, y aquello no dejaba de avanzar, en silencio ciego, sin las prisas que tienen las sustancias vivas, seguían moviéndose y, a la vez, no tenían vida, o quizás sí; o no sé. Eran enormes como todas las cosas salidas desde el fondo del mar, ¡túm, tum, tum! Avanzaban para interponerse en el camino del M'nie Gguí, para atajarlo. Por fortuna, el que nunca debe detenerse era más ágil –en lo que cabe–, y lograba sacarles la vuelta a las montañas y, luego, aquellas infames se alineaban para contenerlo en el siguiente movimiento y el M'nie Gguí volvía a ganarles el paso y se zafaba otra vez. Entonces las iK'güaíis formaron un semicírculo y pesadamente avanzaron para encerrarlo por un lado, mientras que por el otro continuaban resurgiendo de las aguas más y más montañas para hacer lo mismo. Y ahí iban todas las moles con su torpe marcha, pero efectiva en su propósito funesto. Ya estaban ocupando todo el espacio ostensible, obstruyendo la visión más allá del horizonte con el ¡tum, tum, tum! que horrorizaba. El Jl'á, desde las alturas, no perdía detalle del drama, e imposibilitado observó que su buen amigo no tenía escapatoria posible, pues solamente le quedaba el mar como salida. ¡Mar, he dicho! El M'nie Gguí, todos los saben, no puede caminar sobre las aguas. ¡Ah! ¿Y ahora? El cosmos se estremeció. Perturbado, sentía que se frenaba su andar, pues con semejantes estorbos a la vista ninguna resistencia iba a servirle de nada. Entonces un viento gélido e impasible recorrió el mundo provocando escalofríos. Los peces se

prepararon para regresar al océano. Los frutos empezaron a perder lo dulce y se agriaban por falta de eco. Las aves no volaban para no caerse del cielo. Y los colores se perdían conforme las temibles montañas se acercaban más a cada instante, ¡tum, tum, tum! Ya le estaban cerrando el paso por acá, también por allá; de este lado no hay salida dable; por este otro camino tampoco puede irse a ninguna parte. ¡Ay! Poco o nada podía hacerse para librarlo de la trampa que se estrechaba sin remedio a su alrededor. ¡Tum, Tum, Tum!, retumbaba el suelo. ¡Auxilio, Jl'á, sálvanos!, gritaban unos, pero su voz apenas se escuchaba. La Nñié, satisfecha, se anticipó a festejarlo todo y se preparó para deleitarse con su gran remate, pues ahora sí era clara su ventaja. O eso pensaba, porque enseguida prodújose un milagro sorprendente. Cielos arriba, el joven Luna vio la infalible fe en la victoria que descansaba en el rostro de una niña; eran los ojitos entristecidos de Ipá Ak'mesh que le marcaban la pauta a seguir. Fue de ella un llamado capital y nutrido de esperanza porque de esto dependía la sobrevivencia del M'nie Gguí y del Pueblo Cucapá. El Jl'á entendió el mensaje a la primera y sin medir pregón o extensas explicaciones porque, en tales casos, una mirada dice más que mil palabras. Con la certidumbre de ganarle la partida, se apresuró en hacerle una invocación a las fuerzas que todo lo podían y consiguió apenas el trecho de tiempo suficiente para ejecutar un resonante conjuro que más bien era una súplica para que el pequeño m'ltíi, ahora miope y degradado por la Madre Luz, hiciera su labor. El topo reaccionó justo a tiempo, corrió y corrió como jamás había corrido en toda su vida, y apretado en pasos empezó con su trabajo salvador. Socavó un certero túnel exactamente debajo del trayecto de una de las montañas y ¡zaz!, que la mole se hunde en el hoyo e inmóvil ahí se quedó. Hizo otro, y otro y ¡zaz!, ¡zaz!, lo mismo: las K'güaíis iban fijándose al suelo como un clavo a un madero hasta quedarse allí atrapadas por la siguiente eternidad. Una a una, sin que pudieran evitarlo las moles cayeron en las trampas que minaba el topo en los senderos precisos por donde se acercaban sin ninguna precaución. Tres iK'güas formidables y negras

intentaron esquivar las trampas y se apartaron un buen trecho, pero el Jl'á se dio cuenta y avisó al topo para que escarbara exageradamente hondo y fue así como se sumieron más de lo debido. Eran tres iK'güas enormes que, al caer, sólo pudieron asomar las cúspides. Estas son: El enorme Cerro Prieto, el Cerro del Águila y el Cerro Pinto. Por eso están aparte. Los enormes mazacotes, ahora patitiesos, procuraron retroceder, pero con cada intento que hicieron por zafarse se hundieron más y más sin que ellas pudieran evadirse del límite de sus eternos cimientos y, como ya lo sabemos, acabaron severamente restringidas al escueto punto que conocemos los que habitamos el Valle. Se quedaron petrificadas, estancadas, y, al final, pasivas. Allí siguen para quien las quiera ver. Si buscamos un cometido, harto puede agregarse en este asunto montañil. Decimos, mas no añadimos. Que baste con recordar que lo bueno y lo que no es bueno, que lo malo y lo que no es malo, van tomados de la mano aun siendo puntos opuestos. Lo dulce con lo amargo convive bajo el mismo techo a condición de complementarse en sus objetivos. Esta vez la maldad fue derrotada. En fin. La Madre Luz, ahora sí hecha una real y verdadera energúmena, envió contra el m'ltíi infinidad de sus rayos y lo dejó no miope, sino cegado para siempre. No hay infortunio más grande que perder la vista y el pobre pagó con sus ojos el triunfo del que ahora gozamos. Con los pesares y antes de quedarse ciego, escarbó y escarbó, e hizo un bordo con lo removido de la arena en todo alrededor del suelo firme, para que ya no pudieran salir más montañas que fueran una amenaza. Claro que estas lo intentaron. Quisieron surgir de los mares en muchas oportunidades, buscaron salir y fallaron todas las veces, porque gracias al m'ltíi ya no pueden subirse a la tierra firme y se quedan solamente en islas, en farallones o como peñascos en pleno mar a la vista de los que están frente al puerto de San Felipe. En el supuesto intento de otra invasión, el bordo de tierra las contendrá en cualquier intento futuro. La Nñié exasperada, con ganas del desquite, despachó al fiero xhá'naíi, sin embargo, no lo encontró o no se dignó a buscar al topo para devorarlo. Lo que nadie echaba de

notar fue que el lobo ya se había pasado al lado de los buenos y nada letal o nefasto haría en su contra. El lobo le juró lealtad eterna al joven Luna. Desde aquel entonces, algunos lobos, pese a su fiereza, son clementes con los topos. Todos los lobos, aun cuando son una creación de la Luz, ahora son hijos de la oscuridad. Por eso es que, igual a todas las criaturas de la noche, también saludan a la luna llena con un aullido nocturno de complicidad. En fin. Sin dar tregua, la Sol envió a la Kúi para que se comiera al topo de un bocado. El joven Jl'á quiso ayudarle al esforzado animalito con cuanto se agenciaba de su magia, aunque se consiguió muy poco, digo, nada produjo que valiera la pena realmente. Por ejemplo, no le devolvió sus ojos o lo hizo al topo más ágil para que se escapara, o algo así que equilibrara tanto daño. Ahora que en contra de la Kúi hizo menos o quizás no lo suficiente para neutralizarla, quiero decir. Por dar otro ejemplo, no supo hacerla más gorda; gorda, gorda, para que no cupiera en la madriguera del topo. Al contrario, la volvieron flaca, flaca para que sí; luego, le sacó todos los dientes para que no pudiera comérselo, por lo tanto, su hermana le conservó dos; el Luna se los hizo muy delgaditos, delgaditos para contrarrestar; la Sol le dio el veneno; el Luna le partió la lengua para que no hablara con su hermana y le diera los chismes sobre la tierra y por debajo. Ella la hizo hablar el doble; el Jl'á le puso un cascabel en la punta de la cola para que se delatara antes de un ataque. Ella, otra vez, le enseñó cómo usarlo. Y allí el joven Luna, soltando una ráfaga de suspiros, mejor desistió de componerlo todo porque salía peor a cada intento que hacía por menoscabarla o por quitarle su capacidad para hacer daño. De seguir intentándolo, capaz que ahora tendríamos una viborota con alas, garras, cuernos y melena. ¡Ui, no!, mejor que así se quede. Quién necesita una cosa peor que una serpiente cascabel aniquilante y en tumulto salvaje. Bue…, pues al final en aquello, aquí, ganó la maldad, pero se salvó nuestro gigantón amigo. Desde entonces es que las serpientes se comen a los valerosos m'ltíis. Horror. Entre lúgubres estremecimientos que vibran bajo la luz solar, se escucha sombrío el cascabel que anuncia la desgracia

fatal. Sí, ya lo sé, es muy triste esta historia y qué le vamos a hacer. Así es esto. Ojalá pudiera cambiarse por algo mejor, pero no. Endebles de fuerza ante esto, aceptamos que lo que obliga ahora es la resignación. Nos queda, en cambio, darle valor al presente inolvidable de su magno sacrificio y, además, de sus propósitos perdurables entre nosotros. Ahora, cuando veas a una montaña o trepes a una de ellas, sólo tú sabrás por qué no se mueve. Que no te deslumbren. No vale que estén decoradas con nieve en sus cabezas y lascas en sus faldas, ellas fueron malvadas. ¡De lo peor! Y las verás a lo lejos reposadas, graves, formaditas, conservando aún esa actitud amenazante de antaño, pero que no te causen ningún miedo, pues ya tú sabes que están exánimes. Ahí se quedarán enterradas en su trampa hasta el fin de los días, es decir, hasta el final de todos los siglos, cuando la tortuga Tzíi-tzíi saque su cabeza y surja de entre la tierra para revelarnos sus historias submarinas. Mientras, recuerda por siempre las proezas del eximio m'ltíi, y su gran sacrificio. Acertarás luego a decirle a quien te quiera escuchar que no importa cuán grande sea el enemigo o qué tan pequeño seas tú, pues con mucha fe y una indomable voluntad sí es posible vencerlos para ejemplo del mundo. Cuando llegue aquel tiempo, si no olvidas esto, tu nombre será recordado en todas partes y eso es bueno, incluso es mejor que te conozcan por tu nombre que por tu cara. Tu nombre resonará entre los ecos de la eternidad, mientras tu cara pocos la recordarán. Ya verás que sí. Para terminar, diremos pues que las montañas de rostro indescifrable fueron para siempre sometidas así, tal y como yacen tumbadas, gracias al topo. Obsérvalas bien. No les quites el ojo de encima. Verás que son unos pingües amasijos de nada que pueda explicarse desde nuestro punto de vista. Son iguales, yo creo, a monstruos formidables. Unos esperpentos enormes y sin traza clara que se logre definir tan fácilmente lo que fueron. Salidas estas formas extrañas, ¿y de dónde más?, de las profundidades marinas; colosos nunca vivos y tampoco muertos del todo. ¡Ah!, míralas, están ahí, te digo, mansas y quietecitas, inmóviles a merced de los topos que les comen las entrañas para hacerlas sufrir y

paguen el daño que quisieron causarnos cuando intentaron detener al gran M'nie Gguí. El topo nos defendió. Así de pequeñito, él nos protegió de la hecatombe, lo que no es poca cosa, aunque venga de un ser menudito e indefenso, ¿eh? Entonces, por pagarle reconocimiento vitoreemos todos juntos: ¡Hurra tres veces por valiente! ¡Sí! ¡Un aplauso para el m'ltíi! A ver, démosle uno muy fuerte porque demostró su heroica intrepidez y nos salvó del exterminio. ¡Muchas hurras por los topos! Que nuestro hurra sostenido sobre el limpio azul del cielo se quede manifiesto por el tiempo, sobre el tiempo y más allá de nuestra vida.

De cómo los K'wñchès, fueron derrotados y se convirtieron en cactus

Ya establecimos bien que el M'nie Gguí se hallaba salvo, ileso, y su caminar y caminar continuaba como si tal, así que todos felices y contentos, ¿verdad que sí? Pues no tan de prisa porque se equivoca quien creyó que la Nñié iba a estarse fresca o muy campante con su revés y hasta ahí el mitote. Entonces, será que pensó así porque la conoce requetemal. Para ella fue muy difícil aceptar que su mejor arma, la que suponía definitivamente insuperable, hubiera servido para tres cosas: para nada, para nada y, además, para nada. Tenía en sí misma, además, que explicarse con absoluta satisfacción tanto fracaso y pues sencillo, no fue, y es que ¿cómo?; digo, sin toparse de lleno con lo absurdo de la cuestión: ¿Quién puede entender que las colosales montañas quedaran derrotadas y aprisionadas, por un topo pargo, güilo y para colmo, cieguito? Porque, viéndolo bien, el m'ltíi parecía ¡jáh!, un insignificante animalillo que cabía sobre la palma de una mano de nene, ¿no es cierto? Pues entonces, ¿de qué manera podía absolverse de la propia culpa? ¡Jamás! Aquello era, amén de todo, inadmisible para la Madre Luz. Así que en un arrebato de obcecada furia se echó atrás, pero no para perderse o emprender una humillante retirada, sino para agarrar vuelo. En esta tanda iría con todo. Primero regañó a las iK'güaíis, y eso a ninguna de ellas le gustó, al menos

aquello fue lo que demostraron muy ostensiblemente porque no pocas hicieron, en respuesta y réplica, una erupción violentísima, tanto, que su humo espeso llegó hasta el cielo y conmocionaron a la tierra con su despertar. Arrojaron tizne, lava, escoria por todas partes, rocas fundidas, y ceniza, mucha ceniza como la que hay en Cerro Prieto. Entonces, de las cenizas candentes surgieron unos seres cuatro o cinco veces más altos que el más alto de la Nación Cucapá. Aquellos engendros se llamaban los K'wñchès (K'wñchèi, en singular). Salieron a montones, como un enjambre de avispas que apedrea la imprudencia. Aparecieron igual que yerba mala después de una lluvia de tormenta. Un gran número de ellos; miles cubrían el horizonte con el movimiento pausado y simultáneo de la caballería a punto de cargar a medio trote; manadas de arrogancia que, como bestias agrupadas en una sola tropa, irrumpían y se alineaban en una catenaria que iba de un borde del mar hasta la otra orilla; sin claros en sus filas, sin espacios por llenar, lo mismo que una ola transatlántica salida de un misterioso tsunami expulsado del mero centro del infierno. Aquellos organismos formidables de aspecto, tremendos de fuerza, temibles por su hórrida facha de verdugo sin alma en las entrañas, conformaban un nuevo ejército al servicio de la Madre Luz para combatir, no al M'nie Gguí, sino a todos los seres humanos, es decir, habían sido creados estos esperpentos del núcleo más profundo de las iK'güaíis con el único propósito de aniquilar a los indefensos cucapás. Su tarea consistía en no dejar a nadie con vida. ¡Pues vaya tarea!

La Nñié, después de todo, coligió que si el propósito de sus afanes furibundos era eliminar al ser humano de esta canica llamada Tierra, no precisaba de ponerle un freno a el M'nie Gguí, eso dicho, al menos no necesariamente lo sería por ahora porque, de insistir en aquella estrategia equivocada, lo más probable en su caso, iba a resultar en el exterminio de toda la vida sobre la superficie terráquea y no solamente la aniquilación del Pueblo Cucapá, así que modificó su táctica y dejó a un lado al andarín indetenible… por el momento. Ahora, afrontaría con todo su

poder e infinita potestad a la máxima creación de su hermanito e iría directamente contra su objetivo: el Género Humano. ¡Ah!, y desde luego que también en contra de quien se le atravesara en su camino, eso estaba dado sin mucha explicación. El día que surgieron las tremebundas estaturas que ahora les decimos saguaros, pocos, si no es que ninguno, se imaginó que serían la amenaza más seria para la subsistencia de los pobladores del Valle. Aquellos nopalones no eran entidades muertas como las montañas, sino que vivas como las floras robustas y erguidas del reino vegetal, aunque hubieran salido de entre las prietas cenizas del volcán en erupción. Fuertes eran; afanosos eran; denodados eran, y también eran valientes hasta la estupidez. Eso, la estupidez actuaba sólo en su favor porque no conocían al miedo, a la piedad o a la remisión puesto que les faltaba aquello que es imprescindible en cualquier criatura que se diga noble. Les faltaba el corazón. Ignoraban el miedo, si bien ellos le temían muchísimo a una reprimenda solar, de ahí su obediencia incondicional. ¿Puede haber algo más infame que una verdura estúpida, enorme, sumisa y además sin corazón? ¿Puede? Pues en este caso sí. Para colmo, sus fortísimos brazos estaban rematados en grotescos muñones del calibre de uno de los dedos del M'nie Gguí, así de gruesos y rugosos se hallaban; tocones que servíanles para triturar así, de un sólo golpazo, a sus enemigos. Las protuberancias mencionadas se veían como una especie de puños o bocamangas con los que podían destrozarlo todo de un impacto. Y lo que faltaba de peor, por si los colmos no le sobraran a las calamidades, todos aquellos esperpénticos seres estaban cubiertos de espinas agudísimas y resistentes que los protegían con eficacia, igualito que los recios pinchos defienden a un puercoespín ¡Carambas que así no se vale! Por chiripa y buena suerte, los entorpecía una debilidad. A los saguaros les costaba mucho trabajo agacharse y para voltearse atrás, eran muy toscos y de meneos lentos. Esta dificultad fue bien aprovechada por los guerreros cucapás que los combatieron con agilidad, aunque eso no fue luego, sino que hasta mucho después que se reorganizaron.

Llegó la aciaga cita con la inevitable lucha frontal. Como siempre acontece en casos similares; no faltaron quienes, entre los gritos bravíos y pródigas arengas con entonos bélicos y siempre ahogados en euforia, incitaban a los valientes guerreros para enfrentarse sin pensar en otra cosa que no fuera el triunfo. Desconocían que el valor ciego es tan opuesto a la prudencia como la muerte a la vida. O tal vez no. Quizás todos eran conscientes de eso, la muerte. Tal vez algunos por las premuras de las circunstancias dejaron la cautela y sensatez para mejores tiempos e hicieron cara a los saguaros con un laurel por compañero en una mano y el arma en alto en la otra. Fue enseguida que cayeron los primeros, los más jóvenes, los que caen siempre en primera línea. En el Valle del Pueblo Cucapá nadie sabía llorar en aquel entonces y en ese día aprendieron. Desde una zona elevada, Ipá Ak'mesh observó el desastre y, si antes, como siempre, sus ojos eran dos tristes lunuelas, aún más tristes se pusieron porque ir a la victoria contra el enemigo que estaba delante, era evidente que no iba a ser un trabajo nada fácil. En fin. Los saguaros se aproximaban sin freno en una sola fila con la marcial disciplina que marcaba la norma de un nuevo ¡tum, tum, tum!; cerrando los espacios que pudieran servirles de posible escapatoria a los menos resueltos. ¡Horror! El Pueblo Cucapá corrió despavorido ante la avanzada irrefrenable de los espinosos gigantes. Aquellos que no rompieron la formación pues se quedaron, contuvieron al infarto apretando el escudo contra el pecho. Y por acá, las pupilas dilatadas, las miradas suspendidas entre lamentos mezclados con ecos de desahucios. Hubo entre el desorden quien conminaba sin éxito a enfrentarlos en una sola carga que los detuviera lo suficiente para darles el tiempo a los demás a que huyeran, si bien el caos y el desconcierto pudieron más que lo exigido. Allí, desde un rincón del cielo el joven Jl'á miraba el desigual combate y, decidido a intervenir, lo hizo. Enseguida envió de nueva vez al m'ltíi para que horadara el suelo sembrándolo de minas, de suerte (o para mala suerte), los saguaros, más ligeros que las iK'güas, no cayeron, y aquellos que sí, salían ya de las trampas sin ningún problema para

seguirle con su cruenta carga. Luego, el joven Luna envió expedito al Nñupáa buscando que con su repugnante hediondez detuviera tan tremenda arremetida que avanzaba a la velocidad de un incendio forestal. Tampoco sirvió eso porque los saguaros no tenían narices. Le ordenó entonces al Ií'kòajen que arremetiera en toda furia con sus topes. Una y otra vez golpeó hasta el límite de sus fuerzas y nada. Apenas se sacudieron. Por ende, dejó el campo de batalla para que alguien más intentara detenerlos. Además, las espinas lo hirieron vilmente y, al no poderlos contener, ya de muy poco servía insistir con sus continuos topetazos. Aterrador. Ninguna estrategia usada acá le atajaba el impulso devastador a los K'wñchès. Nada. Y es que estos malvados ogros sin bullente corazón en las entrañas eran dueños de una voluntad que los movía obcecadamente. Voluntad injertada con la sevicia de la gran Diosa de todos los cielos. Un pavor se pronunciaba en cada garganta. Nadie estaba a salvo. Nadie. Algunos desesperados buscaron emprender algunas osadas maniobras que los apartara de semejantes trabillas que causaban una estridencia crasa con su nueva marcha del ¡tum, tum, tum!, martilleo que agarrotaba de miedo. Emitían una especie de rugido espeluznante. Un chirriar de movimientos que zumbaba por el suelo. Era nada menos que el acento del tren arrollador de su incontenible avance lo que producía este ruido macabro, como el sonido que hace la muerte cuando prepara su acometida. Ipá Ak'mesh atestiguó la valentía de los capitanes cucapás. Uno, otro, y luego otro más, que en solitario y casi inermes, se enfrentaba al enemigo para enseguida sucumbir atrozmente bajo los brutales porrazos de los monstruosos saguaros. La Nación Cucapá sacrificaba a sus mejores soldados enviándolos a la muerte inútil en un alarde de bizarría claramente ruinosa e improductiva. En aquel momento de gran pánico, Ipá Ak'mesh llamó la atención levantando la mano, y expuso con voz pausada: "Nadie es tan fuerte como todos juntos", dijo. Y los bravos cucapás dejaron de ir a la batalla de uno en uno, porque todo, ¡tooodo! el poblado se lanzó como uno solo: Ninguno se quedó en la zaga, todos a la primera fila como una sola vanguardia

para combatir con lo que se podían. Palos, piedras, sogas, flechas y lanzas. Más heroísmo reunido nunca se ha visto desde entonces, y creo que jamás lo veremos otra vez. Desde la tristeza enlazada al decoro, diremos que a incontables –quizás demasiados–, aguerridos cucapás la vida les faltó, pero el valor no. Contendieron sin ver atrás ni dar la espalda, con el coraje reflejado en el rostro y, aunque caían heridos claro está, los malvados saguaros también se derrumbaban cortados por en medio con las hachas de faena. Tan pronto como doblegaban a uno de estos mazacotes, todas las mujeres se le echaban encima para rematarlos con lo que tuvieran a la mano. Con puños y dientes si no tenían más. Ejecutarlo esto dicho, lo consiguieron relativamente fácil, porque los colosos no se daban la vuelta con rapidez, y el Pueblo Cucapá los atacaba por detrás que era su punto más débil. Este punto valió mucho porque aquellas corpulencias vegetales, impedidos para agacharse o para inclinar el tronco, no podían detener los certeros hachazos que les daban en la base y rodaban por el suelo para retorcerse de dolor; mas, en general, los K'wñchès iban ganando porque eran cuantiosos y más fuertes que los decididos combatientes cucapás. Mientras tanto acá el ¡tum, tum, tum!; seguían avanzando, sin freno ni brida, destruyéndolo todo. Brutal tarea de pisotear la vida como quien estruja arrinconadas a las abejas de un panal caído. Sí, caído, condenado quizás y, por coraje en las venas, bien lejos de rendirse todavía. La Madre Luz desde las alturas presenciaba satisfecha la aniquilación de la especie humana; era sólo cuestión de tiempo y de aplicarle mayor crueldad al castigo, pensó. Los corpulentos vegetales no paraban de atacar ni medio minuto porque tampoco sabían del cansancio. Quitados de un estorbo efectivo que los atajara, aquellos macizos continuaban cerrando el cerco. Incluso, hubo un lapso en que el Pueblo Cucapá jadeante se sintió rodeado y sin salida. Estuvieron a punto de darse por vencidos. ¡No! Con mucho esfuerzo rompieron las líneas de sus adversarios y continuaron la defensa con el ahínco indecible del "Todos Juntos". Rodilla al suelo y arco tensado, los bravos soltaban al aire sus mejores flechas cual lluvia cargada de mustia esperanza. Pese a

tanto heroísmo, se veían compelidos a ceder terreno valioso, ¡horror! Las posibilidades se les acababan pronto y no se desplegaba aún ninguna solución que remediara un poquito tanta barbarie en la tierra del hombre franco. Tierra de hombres sencillos y de mujeres generosas, que eran la creación favorita del joven Luna. Tierra, para que la habitaran sin maldad en el alma o inquina en el corazón. Tierra que estaba siendo arrasada. De manera que el Jl'á tuvo que participar de nuevo y, sin medir las consecuencias, se interpuso entre su hermana causando un ñepáñelk (eclipse). Uno completo y general en la superficie que era la mismísima piel de su bondadoso amigo el M'nie Gguí, antes plana, y ahora con montañas y gigantescos saguaros. Intervino el joven Luna y de un repente, el derredor se quedó ennegrecido. Sin ninguna explicación. Resultó de súbito la total oscuridad en el orbe y más allá. Una sombra inmensa lo cubrió todo. Fue que por primera vez aconteció en el Valle, la noche en pleno día. Los K'wñchès, asombrados, detuvieron su ataque. Voltearon hacia arriba, levantaron sus vigorosos brazos… y en esta postura se quedaron vivos y, por bendiciones, inmóviles. ¡Por siempre jamás! Sí. Ahí están, para quien los quiera observar. Viven quietos e indefensos en el *Valle de los Gigantes*, pasando San Felipe y, como se puede constatar, son gigantes armados de poderosos brazos y pinchos letales. En fin. De tal modo dicho fue la ejemplar manera en que acabaron superados los obstáculos que al borde de la extinción tuvieron al Pueblo Cucapá. Como suele concluir en tales casos, el dolor que causó tan terrible desbarajuste poco a poco se borró de la mente humana. (Recuerda amiguito que todo el dolor eventualmente pasará de largo hasta que resulte quedarse en nada). En fin. Con el tiempo y el advenimiento de nuevas generaciones, habrá entonces quienes se pregunten entre asombros si en verdad todo aquello sucedió. Por supuesto que sí ocurrió. Y si acaso continúan por ahí algunos despistados que aún tuvieran alguna duda, tenemos el Valle de los Gigantes aludido, que habrá de visitarse en cuanto se pueda para luego convertirse en testigos portavoces de la verdad. Que nadie pierda detalle de tan imponentes seres. Obsérvalos

con profunda atención y ya verás lo que representan. Con esto en cuenta, cualquiera comprobará que fue cierta la batalla por nuestra existencia (la que por poquito perdemos). Por su parte, la Madre Luz, a medida que sus prácticas mostraron lo inoperante en los resultados y ante lo que había producido su audaz hermanito, es decir, el eclipse, se mostró anulada; rota de voluntad. Se quedó asombrada y fue del todo incapaz para responderle a esto con otra invocación. Aquel indómito ejército vegetal, numeroso y forzudo, estaba derrotado por tiempo indefinible. Ninguna circunstancia o mala peripecia podía cambiarlo ya. El ¡tum, tum, tum! escalofriante jamás se ha vuelto a escuchar en este Valle del Pueblo Cucapá gracias a un oscurecimiento general que los había pasmado a perpetuidad. He aquí que el joven Luna no estaba al tanto de lo que iba a sucederles a los saguaros, sólo se interpuso para ver qué ocurría y resultó una bendición. Por eso es que los eclipses se siguen dando de vez en cuando. Con estos fenómenos, cuando ocurren, no sabemos qué se pasma en ese momento. Debe ser algo que al Jl'á no le gusta nada y lo detiene. Pues qué bien que así ocurra. En fin. Y aconteció que esta vez la Ññié no le reclamó ni le dijo ni media palabra a su hermano el joven Jl'á, simplemente juró que se vengaría. No sería la primera vez que la humillada gritaba desde el cielo: ¡Cuidado conmigo! ¿Quizás la definitiva? Ya se verá. Por ahora, ella dejaría la revancha para mejor ocasión. Ya provendrá el día fatal, se dijo a sí misma. Y sí. La ocasión se le presentará. Eso es inevitable. El descalabro inaugural de su ajuste de cuentas se producirá enseguida con el asunto de la tortuga Tzíi-tzíi, y será el último revés para la Madre Luz. Lo que se estuvo librando acá con los saguaros del desierto no fue el final ni el definitivo, sino el preludio del final. Desde entonces y a partir de estos hechos, la vida del ser humano quedó amenazada y pende de un delicado equilibrio que se puede romper en cualquier plazo. No sabemos cuándo, pero el desenlace lejano se cumplirá y en consecuencia para mal, según nos revelan las leyendas, la Madre Luz, dueña de todo lo hermoso y lo feo, de todo lo vivo y lo muerto, cobrará su desquite como se cobra una factura

y, a la sazón, nosotros dejaremos de existir. Es por todo esto que Ipá Ak'mesh no sonríe, nunca lo hace. Aunque ella ha vivido muchos, muchísimos años y ahora es una niña anciana muy prudente, sabe que sin importar cuántos siglos transcurran, la especie humana no es eterna ni es indestructible. Aunque debiera serlo, porque los seres humanos, con su consciencia y con su razón, le dan sentido y le dan la realidad al universo entero que él ve y que él siente. Y nosotros sabemos que lo vemos; y sabemos también que lo percibimos. Por eso somos el sentido y la realidad del cosmos. Eso mismo somos, tú y yo: *La Conciencia del Cosmos*.

De cómo surgió la tortuga Tzíi-tzíi

En el origen de los tiempos, y antes de existir nada, la Madre Luz y el joven Luna se la llevaban bien. Estaban, si no como buenos amigos, al menos podía decirse que enemigos campales no eran. Por aquel entonces, decía, ambos se recreaban ensayando sus potestades, puesto que no había en la tierra dioses más poderosos, hacendosos, creativos. Eran jóvenes diligentes en el acto de crear y ejercían su poder como un juego; lo hacían para formar las cosas y animales que ahora adornan nuestro planeta. Una lanzaba su invocación al espacio y, enseguida, se creaba algo con vida, o sin ella. El otro echaba su conjuro y componía a su modo esto o aquello otro que su hermana había forjado primero. Nada grave. Al principio era como una travesura inocente. Y, después de un tiempo, ¡ay!, todo se convirtió en una rivalidad que al final acabaría en odio y, detrás del odio, venía el aborrecimiento y el rencor más feo. Teniendo en cuenta, y como lo exponía al inicio, aquello era un juego divertido, lleno de gracia: Apenas terminaba de crear una cosa la Ñiié, el joven Luna, entre risas, ya la estaba modificando. Es decir, la hacía diferente, por nomás. Por dar lata. Como todo el mundo sabe, diferente no siempre es mejor. Aunque tampoco es peor, sólo es diferente. Y se equivoca aquel que piense que esto sucedía porque no se ponían de acuerdo o por ocurrente rivalidad que podía perdonarse como una travesura de jovenzuelos. De momento, la cosa

no se daba así. No. Simplemente aquello fue el resultado de una lucha de caprichos, una pugna sin sentido para ver quién podía más y, como en todas las luchas de poderes, quienes salen pagando las consecuencias son otros; algunos que ni vela tienen en el entierro. El inicial mega disgusto que se produjo entre ambos hermanos ocurrió una madrugada cuando la Nñié engendró a la tortuga. La Madre de los Cielos quedó asombrada, feliz, por su exquisita creación que, aún y cuando caminaba con alguna dificultad, se conducía como una criatura muy hermosa. Era grácil, simpática, complaciente, pacífica y, aun y cuando no lo pareciera dada su evidente lentitud, aquella era una criatura de rebosante energía. Le faltaba la voz. ¡Ah!, porque en el principio de los tiempos todos los seres hablaban y podían comunicarse mediante palabras. ¡Toditos he dicho! Esto fue así porque el Jl'á un día lanzó al aire un conjuro para dar la elocuencia a todos y todas las criaturas hablaron, hasta que en un frenesí de coraje por algo que hizo su hermanito, la Madre Luz, Doña Corajes, les arrebató esa cualidad distintiva. Ahora solamente nosotros hablamos con labia comprensible y si se quiere, hasta elegante. En fin. Pues decía que la tortuga fue la única que, desde su origen, voz nunca tuvo, en cambio la equiparon de una tiernísima mirada sin necesidad de pestañas ni cejas peinadas. Sus ojillos expresivos y venturosamente joviales fueron, con mucho, los más graciosos del mundo. Estaban perfeccionados para inspirar amor repentino. Se los pusieron para que con ellos causaran el encanto y el afecto instantáneo con un sólo guiñar. Cierto que no le dieron la palabra, pero tenía ese mirar tan lleno de ternura, que bue… cualquier deidad se hubiera sentido orgullosa de una creación de tanta laya como ésta novedad. La Madre Luz estaba muy orgullosa; hinchada de contento. Entonces le dijo a su hermano, el joven Luna:

–¡Jl'á, hermanito mío¡, mira que hermosa criatura. Hice a una tortuga; es fuerte, dotada de mucha paciencia y le monté por acá, observa, un lindo caparazón para protegerla espléndidamente. Le haré unos ajustes; lo pondré lustroso y con rombitos, ¡ah! La he

creado longeva y, además, muy resistente. ¿Qué te parece? Bonita, ¿no es cierto?

El Luna le echó una mira desdeñosa a la tortuga del desierto. Le pareció un poco extraña porque nunca antes hubo en el mundo un ser parecido, fue la primera. La volteó patas arriba y vio que su caparazón le impedía hacer nada más que patalear. La puso a caminar y notó que era torpe, a más de lenta. Vio que no tenía orejas ni pelo ni labios, sino un pico de lorito. Luego hizo una mueca de fastidio imposible de ocultar; se chupó los dientes, torció la boca y observando a su hermana por sobre su hombro, le respondió con voz airada:

–Pues vaya que te salió mal. ¿Qué es esto de aquí, una cola? Me recuerda a todo menos a una cola de verdad. Pero, ¡qué ridiculez! Un adefesio de primera.

Aunque el Jl'á ya había emitido otras imprudencias similares, la de este calibre ofendió tremendamente a la Nñié. Tal vez el joven Luna no comprendió entonces que aquella tortuguita estaba destinada para ser la consentida de los dioses y, por lo tanto, un desprecio a la tortuga del desierto parecía un acto inconcebible, peor que un insulto. Por un instante ella guardó silencio sobre esto, no obstante, iba a dar de imposible pensar que semejante comentario no le provocaría un agudo resentimiento. Por lo mismo, la Nñié arrugó el ceño, paró la trompa, y ¡moles!, que el disgusto se le escapa por los ojos para reventarse con un: ¡Cómo te atreves, bola de queso! El estallido lanzó esquirlas de odio que cubrieron al planeta entero. Y, acto seguido, lo botó de las alturas para siempre, y ya lo ves, desde ese instante hasta este momento no volvieron a quedarse juntos ¡Jamás! Se dividieron el cielo. Así fueron los hechos: Una se quedó con la mitad en el día y el otro, se hizo dueño de la noche. Posiblemente no hubiera ocurrido nada malo si el Jl'á estimara a su hermana como los hermanos deben estimarse todos los días. ¡Ah!, pero no; se la llevaban peleando y, lógico, terminaron de pésimo a peor. No obstante, el Jl'á comprendió que había metido la pata. Entonces quiso enmendarse por el torpe proceder de su parte. Y ahora, ¿cómo rectificar?

En realidad no sabía cómo hacerlo. A la mejor expresándole un *dispénsame*, con un *no lo vuelvo a hacer*, o diciéndole que el animalito era muy lindo en verdad, y que se equivocó la primera vez que lo reprobó, puesto que ahora que lo miraba con más cuidado saltaban a la vista sus muchas cualidades tortuguiles. Cualidades únicas en ella y nunca en nadie más. Quizá le hubiera mencionado a su hermana, por ejemplo, lo bien que lucía el caparazón cuando ella le daba el amoroso brillo de sus rayos por las tardes para que se viera aún más bonita de lo que era; o tal vez si le asegurara que su criatura sería la más amada de cuantas se concibieran en los próximos cienitantos siglos, pero no. Al muy orejón no se le ocurrió decirle nada y, de esta manera, surgió entre ambos unas ojerizas que se reflejaron contra los infortunados seres que una y otro creaban. En aquellas producciones se notaban de sobra los odios de una y otro. Por ejemplo: cuando el Jl'á trajo al ratón, su hermana se lo convirtió en un murciélago y, ahí, el pobrecito se quedó con las tinieblas de la noche para sobrevivir. Las criaturas de la noche solamente permanecen salvas con la ayuda del Jl'á. La Madre Luz no los quiere. Al contrario. Luego, días más tarde, el joven Luna hizo a una grácil ave, y se la transformaron en una lechuza; creó un caniche, y a darle como si tuviera culpa, lo dejaron a la manera del mapache. Y así todos los animalitos nocturnos. Como dijimos, el pato lo pagan siempre los inocentes. (Por cierto, el pato no era así ni se avergonzaba de ese pico aplastado. Fue creado como una ave elegante de largas patas. Y ya lo ves ahora: Le cortaron las patas, le pusieron una membrana ridícula entre los dedos y de pilón, le pusieron el ¡Cuác, cuác! Para burlarse de él). En fin. El joven Luna, harto de tan tupido que le daban, decidió posponer sus mejores invenciones. De esta manera el Jl'á duró años y más años resuelto como estaba a ya no presentar nuevas especies por miedo a que terminaran como la tarántula, que no era ni peluda ni de ese tamaño. Su hermana la dejó así por un hechizo de venganza. ¡Horror! El joven Luna estaba harto de que su hermanita le alterara sus creaciones. Así que por mucho rato no hizo nada. Dispuesto a descansar, descansó. Se tumbó a

dormir sin pensar ni en la tortuga ni en nada. Las especies de la noche se refugiaron, ¿en dónde más? En la noche y al amparo del Jl'á. Hasta aquí, todo bien. Por otra parte, el tiempo que todo lo cura, o casi, pasó volando. Y, sin más, de nueva vez, el joven Luna exclamó: ¡A crear se ha dicho, porque falta mucho por hacer! Entonces, volvió a intentarlo, aunque ya con menos entusiasmo y mucho más cuidado. Acá no hace falta que lo diga, ya se sabe, el joven Jl'á seguía muy indignado por las inopinadas intervenciones que le hacía su hermana. Por eso el Jl'á empezó a introducir nuevas especies, pero ¡sh!, a escondidas de todos. Los insufribles cambalaches que se producían lo llenaban de tirria. Aunque, a decir verdad, el resentimiento entre hermanos era mutuo. La Ñnié igual, no soportaba los cambios que realizaba su hermano menor. Si bien ella sin darse un descanso, sí seguía creando. Por eso mismo, el Jl'á tenía que probar su magia de nuevo, porque eran los inicios de los tiempos y faltaban muchas cosas por verse. Así que el joven Luna aventó un conjuro a los efluvios y destellos del espacio y produjo a otro cánido. Fue que concibió al epiáu. Pese a todo el secretismo, la Madre Luz lo descubrió desde las alturas y se echó a reír, porque dijo que "eso" estaba muy feo; que no era la forma de hacer las cosas. Al instante ella engendró a el xhá'naíi, más grande y majestuoso. Le mostró con orgullo la grandiosa obra canina a su hermano. Lo retó a que hiciera algo mejor, pero su pariente, mohíno, no le respondió con nada. Sin duda un lobo era mejor que un coyote, por eso a escondidillas, el Jl'á convenció al lobo para que se pasara de su lado sin que su luminosa hermana lo supiera. Y por muchos siglos y siglos, lo consiguió. Ya podemos imaginar el coraje que le dio cuando la Sol se enteró de la traición del lobo. En Fin. Desde entonces el xhá'naíi, también es un espécimen de la noche; la más gallarda y elegante, y como buen amigo que todavía continúa siendo del joven Luna, le aúlla cordialmente durante los plenilunios, sin que la Ñnié lo sepa, y cuidándose que las garzas se lo digan porque, ya lo sabemos bien, estas aves son las mensajeras de la Madre Luz, las que no paran de llevarle chismes a todas horas, siempre a la espera de alguna

buena recompensa. El coyote también aúlla, porque él quiere aprender todo del lobo y ya se nota, por más que ensaya, aún no le sale bien. En fin otra vez. Una madrugada muy fresca y agradable, desde las semi nocturnas alturas el Jl'á observaba a la tortuga y sí, era un ser maravilloso después de todo. No podía explicarse cómo fue que se dieron las cosas para que se expresara tan mal de aquel animalito encantador. En verdad no intentó decir lo que dijo. Lo que él quiso decir aquella vez fue que había salido lacia porque no tenía garras ni dientes ni defensa alguna. Pues mal pensado. Porque a pesar de su aspecto, defensa sí tiene. No supo notarlo entonces que, antes bien, la tortuga y todas las tortuguitas del mundo, en cambio, cuentan con una voluntad férrea como arma irreductible, y eso era mejor que uñas y colmillos. Nada mejor que la tenacidad y la constancia para triunfar en la vida. Esto es verdad. Bueno, Aquel estaba arrepentido y un poco avergonzado de sí mismo. Era demasiado tarde, y ya ni modo. Como dicta el refrán: Palo dado, ni quién lo quite. Sin embargo, en apurada demanda de remediar en algo su error, el Jl'á intentó hacer algo inusitado, algo notable para que, de tan original, provocase el asombro de su hermana. Creyó que de este modo se acercaría un poquito hacia una posible reconciliación. Y, ¿qué mitote sería este tan extraordinario por crear entonces? Pues hay que decirlo ya: Intentaría perfeccionar la creación más estimada de la Madre Luz, es decir, iba a diseñar a otra tortuga, una que sería preferible y más hermosa que la de su parienta. Haría una versión mejorada. O sea que, el joven Jl'á, –¡Ay, pero qué burro fue! No sé por qué se le ocurrió hacer esto–, haría exactamente lo que más odiaba que le hicieran a su hermana. Es decir, que le modificaran sus creaciones, ¡ui!, pero, ahora sí, qué metida de pata. Esto iba a ser un error espectacular, ¿no es cierto? Un disparate del tamaño del planeta entero. Pues ¡claro!, todo salió recontrapeor. Ahora veremos por qué: En el más cuidado secreto, el joven Luna comenzó con su creación. Empezó por hacerla enorme; una tortugota enorme, ¡enorme! Tanto que, hasta la fecha, no ha existido nada de esas dimensiones que tenga vida. El Jl'á, sin mesura, la hizo del

tamaño de una isla grandota. El doble de tamaño que tiene la Isla Montague, tal vez el triple. La concibió de un color café claro, con un matiz de gris intenso, brillante, sin llegar al negro; y luego le puso como defensas dos hileras de espolones sobre el caparazón. Eran picos piramidales que la hacían ver rara, igual que si fuera una planicie sembrada con dientes gigantescos de dragón. La creó más ágil; más llana y no tan curva como el modelo original y, para rematar, la convirtió en un ser anfibio. De hecho, fue el primero de su especie. Por tanto dicho, este animalón sería capaz de andar en tierra firme, lo mismo que por las aguas del mar. Para esto, el Jl'á le modificó las patas hasta convertírselas en aletas mejores que remos. Le protegió los ojos para que pudiera ver mientras nadaba. Y consumada de hechuras, el animalote se fue a explorar nuevas veredas submarinas. Se fue al mar profundo, inventando sus propias rutas. Fue en busca de diferentes senderos ciertamente, porque bajo la superficie del océano existen otros mundos misteriosos, en donde se emprenden largos viajes secretos por invisibles caminos que no tienen dueño. La creación del Jl'á se puso a recorrer un entorno ácueo y sin luz, habitado por seres extraños, rarísimos, aunque de extrañeza no deberían tener nada porque toda la naturaleza y sus objetos son como son y no hay demasiado que explicarnos. Muchas veces decimos que las cosas *son extrañas* porque no se parecen a lo que nosotros pensamos que deberían ser. Ese humano afán de comprenderlo todo desde nuestro humano punto de vista nos ha hecho un poco inhumanos, creo. Pero bueno, decía que la tortuga Tzíi-tzíi se marchó para visitar las profundidades de estos mundos que se ocultan a nosotros. Tzíi-tzíi fue el nombre que le pusieron en vista a que ese fue el primer sonido que emitió. Yo creo que se ha de ver sonado las narices y por eso el nombrecito tan enigmático; o, no sé, el caso es que la tortugota, como ya lo mencionamos, se fue al mar y se propuso conocer todos esos espacios oceánicos que suponemos existen. No quedarían abismos marinos sin visitarlos, ni recónditas simas sin descubrirlas, para luego de ahí recoger historias inauditas, extraordinarias y contárselas luego al Pueblo

Cucapá, a su regreso. Esto haría la esperpéntica tortuga cuando ella volviera del fondo de las inmensidades: iba a describirnos lo visto allá, con el detalle del entusiasmo por lo nuevo y nunca imaginado… dado que, ¡ah!, no lo he dicho todavía. Me faltó explicarte que la tortuga Tzíi-tzíi fue creada con el don de la voz expresiva. De origen ella nació con el poder de la palabra hablada, como la de los seres humanos. De hecho, tal y como habían estado todos los seres vivientes al comienzo de los siglos. Ya que, por entonces, toditos conversaban entre sí. Mejor explicado todavía, digo que, en la inauguración de nuestra génesis, todos los amados animalitos del mundo se comunicaban en un sólo idioma y entre ellos se entendían muy bien. De repente, en un arrebato de coraje, la Madre Luz les quitó de un sólo golpe esta gracia. Sin ninguna excepción; bueno sí, una: La Madre Luz no supo cómo despojarnos de tan preciado don. Me refiero a nosotros, las llamadas *personas*. Es decir, a los seres que tienen cualidades humanas. Por eso es que aún hoy podemos sostener una conversación libre de dificultades. Es decir, como si no fuera inapreciable el hecho de hablar cuando en verdad lo es. Conversar es un acto de magia increíble. Sin importarnos mucho que ahora tengamos demasiados idiomas. Fue el joven Luna, amigo del Pueblo Cucapá, quien quiso otorgarnos un día el ingenio de la palabra y, su hermana Sol, será quien tendrá el poder para quitarla a voluntad algún otro día. Pues, esperemos que se tarde mucho. Entre más, mejor. Luego bien, mencionaba entonces que la tortuga vocinglera llamada Tzíi-tzíi ya estaba hecha, pataleando y con harta vida. El joven Luna orgulloso en gran medida, mostró su inspirada creación a todos, y a propósito, aquella criatura no gustó nadita. En cuanto la vio la Madre Luz, dijo: ¡Horror! Y si antes andaba molesta con su hermano menor, vaya con la cosa presentada. Luego de esto ¡uf!, todo empeoró más allá de cualquier límite conocido hasta entonces. La Madre Luz, muy indignada por el adefesio, se esforzó en hacerla más pequeña, y debido a que no lo consiguió, puso una cara de iracunda que no se puede comparar con nada, así que tú deberás imaginarla. Intentó lanzar otro conjuro para modifi-

carla y no lo consiguió. Por alguna razón su poder no le alcanzaba en este caso. Luego pretendió darle un mejor color y forma, y tampoco se logró. Finalmente intentó privarla de la voz, y se quedó con las ganas porque no logró su cometido. Bueno, pues ya te puedes imaginar cómo se enfundó aquello de nudos y marañas. Si antes caía mal, después cayó peor. Como nunca antes había mostrado en lo que iba de la creación, se agravaron las dificultades, por lo tanto... hm... Hagamos un breve alto. Hasta aquí dejamos el menudo problema entre hermanos y tortugas porque ahora debo revelar el destino y venturas de la tortuga Tzíi-tzíi, ya que no se puede dejar para más tarde.

Muchísimos años después, digamos que por la época en que al M'nie Gguí lo desollaron para producir más tierra con su piel, la enorme tortuga Tzíi-tzíi fue sorprendida mientras dormitaba de cansancio a causa de un largo, larguísimo recorrido hasta lo más profundo del sumidero marino. Al despertarse, ¡ay, madre de las plagas!, la pobre se quedó cubierta cuando estiraron el pellejo del grandulón y lo tendieron sobre de ella. Le echaron la piel del M'nie Gguí encima. Ahora cuando ella se mueve percibimos que está temblando. Desde entonces continúa moviéndose de vez en cuando. A veces ésta se estremece un poco, pero a ratos demasiado fuerte y nos arruina nuestras casas. ¿La sentiste en algún momento? Yo creo que sí. Dicen que, en el último día de existencia del ser humano, nuestra gigantesca compañera de aventuras marinas asomará su cabeza por entre la tierra para describirle con lujo de detalles –a quien aún tenga vida para entonces–, tanto cuanto sabe de las increíbles historias del mar. Algunos creen que su relato tendrá una duración de quizás siete años o más tal vez, que es la cantidad de tiempo que se requiere para exponer el raudal de meollos por saberse sobre los caminos del océano. Cuando termine de contarlo todo, el mundo tal como lo conocemos ahora dejará de existir. Ya nos queda claro por qué cuando las tortuguitas nacen, asoman de entre la arena la nariz primero, se detienen un instante y parecen decirnos algo. Luego ellas sacan todo el cuerpecillo y nos muestran un caparazón con diminutos dientes

de dragón en dos hileras. Después, con sus patas mejores que los remos, se van corriendo al océano en busca de nuevas hazañas por los misteriosos caminos que esconden las aguas marinas. Infinidad de rutas que aparecen y se pierden en la inmensidad del mar. Caminos que ninguno de nosotros conoceremos jamás. Y una última cosa para rematar: La tortuga Tzíi-tzíi, que estuvo presente desde el primer día de los tiempos, será testigo presencial del fin de la eternidad.

En conclusión, agregaremos que la Madre Luz no logró transformar a la tortuga Tzíi-Tzíi. Lo intentó y no pudo. De ahí que ahora existan muchas variantes de tortugas marinas, desde luego más pequeñas. Del mismo modo, todas ellas muy parecidas a la gran Tzíi-Tzíi. Bue…, y ya se comprende. La Nñié no las quiere. Son su creación, pero no aprecia a ninguna de ellas, y es por esto mismo que, pobres, las tortuguitas cuando nacen dentro de la arena de la playa lo hacen sólo de noche, al amparo del resplandor del Jl'á. Aquellas tortuguitas que salen de la costa rumbo al mar a plena luz del día, los pájaros y gaviotas se las comen a picotazos por órdenes de ya sabes quién. ¡Ay, la odio!

El M'nie Gguí y su inextinguible legado

Pues ya, eso es todo. No hay más historias que decirte, además, se ha hecho tarde y ya es la hora de irnos a dormir. Los ancianos cucapás están cansados y desean recogerse en paz. Ipá Ak'mesh demanda la sagrada soledad y se aleja en silencio para observar a los horizontes. Mírala, es tan anciana. Sin duda, el ser más añoso sobre la superficie de nuestra Tierra Hogar. Ella tiene encima mil veces mil, la cantidad de tiempo que ha vivido el Pueblo Cucapá junto. Apartada de todo y de todos, ella entona un íntimo canto que mitiga los pesares. Los pensamientos de la niña anciana pueden adivinarse si hacemos un poco de esfuerzo. Casi seguro que ella envidia a los niños que cuidan los siete colores del arco iris y anhela profundamente pasarse un rato al lado de ellos justito allá, en donde te conté, ¿no es cierto? Ahí, en el puro centro del lejanísimo e inalcanzable horizonte, que es el sitial de todas las coloraciones y refugio-nido de las alianzas o, al menos, fue eso lo que nos dijeron y no tenemos por qué dudarlo. Como sabemos, Ipá Ak'mesh la expulsaron de aquel luminoso paraíso por el dedo flamígero de la Nñié, como un castigo por haberle ocultado los preciados arco iris y después por ayudarle a la humanidad a sobrevivir al ataque de los saguaros. Ella fue sentenciada, lo mismo que el Nñupáa valeroso, a vivir muchos, muchos años, y por tal motivo, que ya sabemos, a los dos amigos de proezas los condenaron a permanecer como testigos finales del exterminio del hombre. Si-

tuados entre los límites de la eternidad, ya se comprende, ambos verán cuando la cabeza de Tzíi-Tzíi surja de entre las arenas para contarnos sus increíbles historias submarinas. Y, ambos entonces, el Nñupáa y la anciana, entre fascinados y dolidos, empezarán a sufrir los primeros la general aniquilación. Vida por demasiado tiempo no es cosa buena que digamos y menos si solamente sirve para morirse al último. Es un suplicio muy grande, como grande debió haber sido el odio que sintió la Madre Luz para desear este inusual castigo para ellos y para la humanidad. Pero no tenemos por qué entristecernos todavía. ¡Ánimo!, pues falta mucho para que nuestro fin llegue. Montones y montones de años faltan y, seguramente, el Jl'á, nuestro genial hacedor, tendrá algunas buenas sorpresas para que, de una vez por todas, nos libere del funesto destino que su hermana luria quiso marcarnos. Así que mucho ánimo y la carita levantada. No sé cómo, pero tengo la certidumbre de que al final nosotros venceremos, con la ayuda de los nobles dioses, que nos aman tanto. Que así sea.

Concluimos y agregamos, por no dejar tirada tan larga explicación, esto: Que ya sabemos el porqué de las cosas dadas en este Valle. Por qué son como son y sus razones. Logramos esclarecer la presencia y figura del altivo Centinela, de la Laguna Salada, del Valle de los Gigantes, las montañas que rodean al desierto; el desierto mismo y todo cuanto vive dentro de él. Ya podemos justificar la génesis de nuestro entorno y esto, gracias a las voces de los ancianos de la tribu Cucapá. Ancianos siempre respetados, a quienes nos corresponde protegerlos con nuestro amor, y nunca, nunca, nunca desampararlos. No. Eso no sería correcto. Debemos cuidarlos sin falla, asistirlos constantemente para que nos sigan narrando sus leyendas. Historias que pronto nos aclaran tantos porqués. A nuestros ancianos debemos quererlos y tenerlos presentes en todo momento. Bueno, pues está transmitido el punto. Y, por cumplir con el último encargo de Ipá Ak'mesh, mencionaré lo que significan los actos del noble M'nie Gguí, para que no se crea que sólo es un bonachón feo y enorme que le gusta caminar y caminar nada más porque sí. Ya verás qué sorpresa.

Esto me lo confesó Ipá Ak'mesh. Me dijo ella: *Aísh iñé pa, M'nie Gguí*, *eppá iKó'sh, eppá iKó'sh* (El bondadoso M'nie Gguí, es nuestro corazón, es nuestro corazón). Quizás quiso decir que era como un corazón, semejante al alma del planeta mismo. El M'nie Gguí representa al asombroso y entrañable órgano de la tierra misma que es igual a ese otro que tienes tú en el centro del tórax, ¿puedes percibirlo? A ver, ponte la palma de la mano sobre el pecho y guarda silencio. De seguro que podrás sentirlo. Hace un tun-tún constante, invariable y asentado. Es por esto, igual que el M'nie Gguí sacrificado y tierno debe *caminar y caminar*, porque es un corazón semejante al tuyo que está latiendo, pues si se detiene, entonces todo se muere. El eco que produce es silente, apenas se escucha, pero así es capaz de recordarnos que tenemos la vitalidad y el aliento bastante como para comprender que vivir es dulce. Por ello la naturaleza nos ofrece la dulzura de sus frutos para que nunca olvidemos que la vida es rica y empalagosa como el jarabe de miel o como los besos de una madre. Su lugar está en el centro del horizonte, del mismo modo que tu corazón está en el centro de ti. En el momento en que el M'nie Gguí reduce el ritmo de sus pasos, viene el frío y, cuando se recobra, llega la primavera. Es igual lo que le pasa a tu corazoncito: Si por alguna razón disminuye su tun-tun y tun-tun, el vigor se enfría fatalmente. Y cuando todo él funciona bien y si no decrece su ritmo, entonces tu cuerpo está calientito para que te mantengas en el juego todo el día sin descanso, y te caigas y te raspes la rodilla, y te descalabres y te vuelvas a dar otro porrazo, eso no importa mientas el juego continúe y tu corazón esté latiente y sin reposo. ¿Descalabrar…? Bueno, tal vez un poquito nada más. En fin. Afirmaba que vivir es algo prodigioso, es hermosísimo, es algo único e irrepetible. La vida es ¡todo! y lo que más importa. El enorme caminante representa al corazón de la tierra y mientras siga palpitando y produzca su armonioso eco, habrá juego, habrá vida. Por otro lado, el terreno vivo que pisas fue una vez la piel de este grandulón y, como tu propia piel, sigue estando viva también. El suelo no es algo muerto ni cosa inservible. No. La tierra con-

tinúa conservando su vitalidad y por eso no tiene precio. Dime qué puede ser más valioso o sustancial, y te diré que estás equivocado. El piso firme bajo tus pies desnudos es, como ninguna otra cosa, de lo más valioso. Tanto, como lo es el aire que respiras. Y mira: A la nutriente tierra que existe como el cobijo de todos nosotros sin distingo debemos preservarla sin contaminación ni basura para que, fuera de tontas excusas, las nuevas generaciones la disfruten igual que nosotros la disfrutamos ahora. Tenemos que cuidarla lo mismo que si fuera nuestra propia piel, porque no tenemos nada con qué sustituirla. El Jl'á no puede darnos otra, ni siquiera usando su gran magia. Así que ya lo aprendiste, vamos a defenderla de quienes la quieran ensuciar como si no valiera. Las aguas, ya lo sabes también, fueron una vez lágrimas del M'nie Gguí que irreprimibles brotaron de su inmensa tristeza porque lo despojaron de su primera envoltura de luz. Aquel que camina y camina lloró mucho y no tanto por malestar físico, si no por dolor salido del mero centro de su alma, porque su piel luminosa, además de cubrirle amorosamente, le otorgaba una maravillosa coloración al mundo entero. Nadie puede vivir en un lugar sin color, ni siquiera tú; te morirías del infortunio. Recuerda: Fue su llanto el que formó todo embalse sobre la superficie terrenal y con las lágrimas del M'nie Gguí, brotó la vida. Por lo tanto, el agua es inestimable también, porque como tus lágrimas, vienen de muy dentro del alma. Cuando tú lloras salen del fondo del corazón; pues lo mismo fue con las que brotaron del enorme bonachón y con sus torrentes sustentaron la existencia igualito que si fuera traslúcida sangre. Entonces también debemos cuidar el agua, ¿estamos? Porque es vital. Desperdiciarla así no más, por tontos de capirote, quedaría peor que una falta imperdonable. Es tanto como no agradecerle al gran M'nie Gguí por su regalo inestimable y esto no le va a gustar nada. ¿Verdad que no? El agua, tomemos conciencia, la tenemos que usar como se debe. Usarla, pero nunca desperdiciarla. Y ahora. ¿Qué significa que los peces de los ríos huyan hacia el mar y que las aves se caigan del cielo? Pues muy sencillo si te pones a reflexionar sobre estos hechos.

Bien, ¿no adivinas? Acá está la respuesta: Si acaso el M'nie Gguí se detuviera, lo primero que se irían así, de inmediato, serían todos nuestros ensueños, y los sueños son esperanzas. Debemos retenerlos porque se nos van del mismo modo que las ilusiones más fantásticas. Se marcharía todo aquello que produce el placer de sentirse vivo. Las aves en vuelo y los peces del estanque, ¿has observado eso alguna vez? Son igual que un hermoso sueño que se pasea con la placidez rebosante de un anhelo casi consumado. Nos hace olvidar cualquier pena por negra que sea. Pues eso es lo que simbolizan: Sueños y Esperanzas. Mientras existan peces en los ríos que venzan las corrientes y aves que remonten las alturas… mientras haya también seres humanos que lo puedan ver para asombrarse, habrá esperanza y vida para disfrutarla. Eso es lo que esta revelación de aguas transparentes y aires limpios representa. Aquí tenemos el legado de aquél que fue y seguirá siendo, el Caminante. No parece demasiado, pero vaya que lo es y nos concierne mucho ya que significa algo muy grande como la vida misma; una manda que debemos tenerla presente como el eco silente de nuestro corazón, hasta el último día de nuestra existencia. El M'nie Gguí, feo, pero bondadoso como su enorme tamaño, nos manifiesta que nunca debemos perder las esperanzas. Nos ordena mantenernos firmes, inflexibles; sin que valga cuán fuerte rugan los vientos tormentosos; sin que nos afane demasiado cuántas hormigas nos ataquen; no importa qué enormes montañas nos quieran cerrar el paso de la vida, que nosotros seremos fuertes y de ningún modo nos rendiremos. Nunca nos vencerá el miedo al ¡tum, tum, tum! lejano; jamás observaremos cómo nuestros peces en desordenado ccardumenregresan para perderse en el mar y luego, a resignarnos sin hacer ninguna cosa por ellos. No podemos permitir que las aves se caigan en pleno vuelo. Ni siquiera cuando ya estemos viejitos. No. Eso no lo consintamos nunca, ¡nunca!, porque en ese instante fatal, las parvadas y los cardúmenes, serán lo último, lo último que veremos vivos. Después, no habrá nada. Nada. Vivir es increíble, te lo juro, y luego de esto, tras ella, es decir, después de la Vida, viene la nada.

A menos, claro, que tú te hayas comportado muy bien siempre. Entonces volverás a ser un niño y te pondrán a cuidar arco iris en el mero centro del horizonte. Entonces, tu alegría jamás conocerá ningún límite. Pues ya está dicho. Seamos felices para siempre y, ahora, a lavarse los dientes sin desperdiciar el agua... y a dormirse que mañana hay escuela.

Joa'ñAk suăm pa ¡MAAN'PÕAŤ! (**F I N**)

Colofón

La explicación. En México se reconoce que educar –dicho en todo cuanto retrotrae la acepción– a los grupos étnicos es el argumento medular del discurso indigenista. La polémica sobre el carácter de esta formación jamás perderá su vigencia porque, así parece, nos encontramos ante un tema de perfil insuperable desgraciadamente. Tenemos dos enfoques. Por un lado, los que consideran que la vinculación del indígena a la sociedad nacional corresponde darse mediante la erradicación paulatina de sus rasgos distintivos, conservando solamente una especie de folclorismo regional, bueno para el turismo. Por el otro, están los que opinan que debe respetarse el carácter pluriétnico del país y acatar su autonomía. Es decir, dejar las asignaturas casi como están, que eso mismo significa la palabra "respeto". No es el propósito aclarar qué postura es la correcta y cual no. Además, no me alcanza para tanto. Confieso empero, que escogí este empiece para hacer evidente la atención nacional sobre el tema. Veamos: En el Valle de Mexicali se asienta uno de estos 68 grupos indígenas nacionales. Son los llamados Cucapá. Etnia o grupo de unos cuantos, que está en un avanzadísimo proceso de extinción y quienes, desde 1980, ya fueron asimilados en lo que se refiere a la primera posición: La incorporación a la sociedad nacional mediante la erradicación de sus rasgos étnicos, conservando el folclorismo. De los cucapás queda cada vez menos y parece que no a todos les incumbe. Pues algo de lo poco que se preserva es su lengua, en voz de una decena de ancianos a

lo más. Me sorprendería si para cuando aparezca este libro de falsas leyendas, subsistan la mitad de ellos. O al menos un par de ellos.

Los grupos sociales aborígenes son todos o, en su mayoría, felices poseedores de una elaborada cosmogonía que ha pasado, lengua mediante, de generación en generación hasta llegar a nuestra época. La oralidad se los permite. Las historias autóctonas latinoamericanas forman la prueba de lo anterior. En México, verbigracia, esta verdad nos dio el sincretismo y armonía en nuestra identificación (*identidad*) nacional: Somos dueños de las epopeyas que los pueblos históricos fueron creando a través de sus leyendas, lo que nos ofrece hoy día, la unidad y compatibilidad con los destinos nacionales sin menoscabo del sitio que ocupemos en el mapa; el Popol Vuh y sus antiguas historias del Quiché (México/Guatemala), hacen lo propio, y otro tanto sucede con las apologías de los otomíes, seris, purépechas, zapotecos y demás. Las tradiciones teogónicas no sólo son un referencial del clan que las forjó casi pintorescamente, sino que emergen como un catalizador de identidades concretas que nos otorga la riqueza cultural que ahora nos define como país. En el caso del Pueblo Cucapá estas leyendas no existen. Claro que los Cucapá, pudieron haber tenido muchísimas y diversas historias que después debieron ser parte de su repertorio cosmogónico, pero se disiparon con el paso del tiempo. El punto es que no hay más. Y, si las hubo alguna vez, se perdieron por una simple razón: La Nación Cucapá no tuvo escritura propia nunca, ni cuando atacaron los misioneros. A lo sumo se mal transmitía todo por tradición oral y cada quien inventaba una versión a su aquiescencia, hasta que apareció una generación cristianamente civilizada que ya no quiso –o no estimó conveniente– inventar nada. Ahora bien, se dan por buenas las leyendas de los hermanos *Sipa y Komat* (sobre el origen del universo) y la historia del *Muchacho Travieso*. Y punto. Se acabó. Quizás anda por ahí otra leyenda que muy probablemente sea de los K'miai, y no de los Cucapá. Tres a lo mucho. Y brevísimas. Son leyendas con

menos de 30 renglones cada una, pero son leyendas fraudulentas, obviamente, porque estos relatos incorporan elementos inexistentes del entorno Cucapá, como la sandía, que es originaria de África. Mencionan al caballo, el perro, la vaca, la gallina, el dragón, el arpón, el plumero, etcétera. Además, incluyen unas costumbres imposibles en nuestros aborígenes antes de la llegada del europeo, como fumar. Los Cucapá tienen dos mil años (alguien me dijo que más de cinco mil) de asentamiento en este Valle, no es explicable que solamente existan tres escuetas leyendas como las mencionadas. Ninguna considerada como un mito ancestral. Lo que hay fácilmente se puede datar mucho después de 1848 (Tratado de Guadalupe-Hidalgo), con el arribazón del hombre blanco (1875). Incluso la *Ceremonia del Borrado* tiene qué ver con la Semana Santa y no es ni mito, ni leyenda; sino que es un acto de fe. De fe cristiana.

La llamada lengua "materna". ¿Qué ocurriría si se negara la validez de los dialectos como un herramienta para instruir y se impone la castellanización indiscriminada con el propósito de la *unificación* bajo un sólo idioma? Pues lo que sucedió y está sucediendo con los cucapás haría de buen ejemplo; ellos fueron estafados en su derecho a recibir educación en su propia habla y ahora su lengua está virtualmente muerta. Todos los privilegios son para el idioma castellano, y para los demás idiomas nacionales, todo el desprecio. Este punto merece una breve reflexión. Aplicar el término "analfabeto" al indígena porque no se expresa, lee o escribe en castellano es muy cuestionable dado que existía una tradición literaria previa a la llegada de la cruz y la espada. Tradición que eventualmente prescribió precisamente por la cruz y la espada. Los grupos autóctonos eran antes y son el día de hoy culturas ágrafas que no tenían la necesidad de la lectoescritura. Integrar socialmente a una cultura ágrafa tiene implicaciones profundas, incluso de tipo psicológico. Sería pues, un desacierto suponer *atinado* esto de instruirlos con las herramientas de los modelos educativos occidentales, porque acá con todos ellos, aún existe una rica tradición educativa entre

sus diferentes comunidades, de la cual no siempre corresponde esta riqueza y diversidad a las categorías de nuestra noción del pensamiento occidental, ni a las formas de la transmisión del conocimiento. El lenguaje, y principalmente el vocabulario, son el aspecto concreto de la memoria. Tiene, además, una relación íntima con la organización del pensamiento y la significación, es decir, con la creación de significantes. Cada sociedad enseña a sus miembros no solamente a hablar, sino también va el pensar y, desde luego, a comprender lo pensado (significación). El aprendizaje de eventos históricos con los cantares, las leyendas, los mitos, los conceptos de la astronomía tribal, la valorización de su entorno vivo, etcétera, son una ayuda mnemotécnica para la preservación del andamiaje étnico en su idioma porque estos elementos están llenos de significados comunitarios. Entonces, ¿qué debemos hacer al respecto? No tengo ni la menor idea, pero lo que se comete ahora con ellos no funciona como debiera y la prueba es su extinción: "…agoniza, agoniza: el canto de mi raza se está muriendo". Ahora bien. En los textos de: "Falsas leyendas del Pueblo Cucapá" aparecen palabras y expresiones que pretenden ser vocablos aborígenes, pero son apenas aproximaciones, porque en este momento los cucapás no aceptan que se mantenga viva su voz ya que: "Morirá con el último de ellos" parece ser la consigna y brilla de sensatez porque, según lo manifiestan con tristeza infinita: "¿De qué vale preservar el idioma, si todo el Pueblo Cucapá está muerto?" Pues qué lástima. En fin. Y por precisión insisto: Los vocablos "cucapás" que puse en este libro, son aproximaciones del dialecto Yumano, puesto que con nuestros 27 caracteres (o 29 si contamos los dígrafos) que tiene el idioma cervantino es muy difícil escribir en estrictez un lenguaje gutural como lo es en este caso.

Sigamos con la apología. En su origen, las historias tribales fueron una creación literaria. Un chamán se puso a "explicar" su hábitat, el entorno y su contexto, y vio (o "supo") que era más fácil elucidarlo todo a través del cuento fantástico, y así fue cómo surgió este género literario, que son ahora una

plena manifestación cultural. Por todo el mundo, la dualidad sol / luna abarca no solamente el pensamiento religioso, sino las unidades del tiempo lineal, cíclico, generacional, además de todas las participaciones cósmicas. Así mismo, este simbolismo se refleja en el lenguaje. Ahí constan centenares de metáforas para referirse al sol o a la luna en sus múltiples aspectos de dioses y de ordenadores del tiempo y el espacio. Las palabras logran una existencia independiente del contexto. Los nombres y las cosas no son necesariamente lo mismo. Con el mito y las leyendas, el lenguaje pierde parte de su papel de interaccionador de lo humano temporal, y asume las características de lo permanente e inmutable. A través del mito y las leyendas vemos que las "cosas" pueden ser criaturas o personas o, incluso "pueden tener vida por siempre jamás", y no existe un conflicto entre la certeza y la verosimilitud. No es misión del narrador relatar hechos que sucedieron, sino relatar aquellos hechos que pueden suceder. Es decir, todo aquello que es posible en los sucesos narrados, según lo permita lo similar a la verdad (verosimilitud).

Para qué inventar leyendas. Por principio, todo de cuanto de la humanidad se trate es una creación social (Peter L. Berger, y Thomas Luckmann: *Construcción Social de la Realidad*). Las tradiciones son un artificio fantástico de la llamada *modernidad*, luego entonces, es legítimo producir una mitología Cucapá, aunque contemporánea. Del mismo modo que hace apenas cien años, o menos, que a alguien se le ocurrió hacerlo igual, lo que ahora terminó siendo una parte del sincretismo nacional. Las leyendas son una creación social más, es decir, una manifestación cultural válida entonces y, desde luego, válida hoy. Recordemos que cultura no es sinónimo de civilización: "Cultura es todo cuanto hacemos, hicimos y haremos, siempre y cuando estemos inmersos en un grupo social desarrollado que, de algún modo, regule nuestro comportamiento" (René Girard: *Los orígenes de la cultura*). No se trata de inventar tradiciones ni de improvisar mitos sustraídos de una recóndita fogata, allá en medio monte, eso no; se trata de una propuesta formal, desde el punto de partida del

aporte y la participación sociocultural. Los textos que aquí se ofertan están dentro de los inflexibles parámetros que marca la literatura del género. Inventamos estas leyendas sencillamente, ya lo mencioné, porque en realidad no las tenemos; no las hay. Y las tres que existen, yo, en mi apreciación particular, dudo que sean genuinamente de origen Cucapá. Por lo menos ancestrales no lo son, aunque estén vestidas de legitimidad. Eso está probado. Pues creo que con lo dicho es suficiente. Termino con un paréntesis: Queda de manifiesto que no pretendo entrar al debate del discurso indigenista; estos textos son tan sólo una creación literaria que se aprovecha del nombre de la etnia Cucapá para justificar los fines. Esto dicho, sin buscarle conclusiones o sentido más allá de lo que es. Ahora, y finalmente, va lo siguiente para abonarlo a la infamia, ¡infamia contra el aborigen!, del hombre occidentalizado en estas tierras del Pueblo Cucapá… porque eso son: Son terrenos de ellos y más, nada.

Carlos Fuentes explicaba que en México había cuatro tragedias enormes: Ser pobre, indígena, analfabeto y mujer. Qué desdicha si las cuatro maldiciones se juntan en una sola persona. Agregaría que sí, que es una verdad de peso lo dicho por el escritor Fuentes. Lo terrible de esto es que ocurre. Por lo demás, las etnias indígenas, aunque son analfabetas, no son tontas; son pobres e *indios*, pero no quieren dejar de ser *indios*, sólo quieren dejar de ser pobres, aunque no se han creado las condiciones para su progreso. En fin. Decía que para abonarle lo que le faltaba a la infamia del hombre occidentalizado, mencionaré lo siguiente: En Mexicali se celebra todos los años el día del *Asalto a las Tierras* (27 de enero), evento histórico regional que revive la repartición de los extensos latifundios que por entonces estaban en las manos de la multinacional Colorado River Land Co., compañía estadounidense, por supuesto. En esta fecha se conmemora la creación del Ejido (1937) y la Reforma Agraria, del Gral. Lázaro Cárdenas, pero los Cucapá no pueden festejar este día junto con quienes los robaron. Es decir, les quitaron sus tierras porque, a criterio del hombre blanco, estaban ociosas e

improductivas en manos aborígenes. Ni para qué gastarnos la tinta en explicarles que la tierra de paso y la de conexión es, en el caso de ellos, tan vital para la supervivencia como la agrícola y ganadera para los hacendados o ejidatarios. Además, cuál agrícola y cuál ganado si los cucapás son seminómadas: Pescadores, cazadores y recolectores, hasta la fecha. Los despojaron en un alarde de abusos legales, abusos enormes. Luego crearon dos ejidos: El Ejido Cucapá Indígena y el Ejido Cucapá Mestizo. Hoy día, en ninguno de los dos sitios existen cucapás que los habiten. Les trucaron sus extensos territorios por lotes de 30 por 50 metros a medio urbanizar y a eso le llamaron *civilización*. Y los Derechos Humanos, ¿on' tán? En fin. Ya termino con otra cosa aparte, aquellos que hablan con los cucapás, según esto para hacer una tesis o un estudio, desvirtúan su lengua; falsean conceptos y casi siempre se dan los malos entendidos. Cada investigador afirma que eso y aquello otro, se escribe o se dice "así, y no asado", se creen dueños de un saber que es producto de una semana de sus profundas erudiciones, pero, cuando les muestran los libros a los cucapás, estos se molestan mucho por todas las incorrecciones de la fonética, porque es dificilísimo escribir con nuestro alfabeto un idioma de acento gutural. Su voz es complicada de pronunciar, pero imposible de escribir con nuestras letras. Y, finalmente, otra cosa más y ya concluyo con esto que me ofende bastante. Por los tratados de Guadalupe-Hidalgo (1848) los Cucapá no necesitaban mostrar un pasaporte para ingresar al territorio Quechán (Yumano) que está en territorio de los Estados Unidos, en donde sus parientes viven mucho mejor, física y desde luego económicamente. Nuestros pocos cucapás sólo requerían hablar su propia legua y su pasaporte era ésta. Su idioma les garantizaba el libre tránsito y otras ventajas mercantiles o de ocasión. Pues ahora, y teniendo en cuenta que ya ni de eso, su lenguaje, son dueños, porque todo les quitamos, los cucapás mexicanos quedaron en el limbo más humillante y sin modo de librarse de eso, para siquiera sobrevivir.

LA RUMOROSA MR
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

Los grupos sociales aborígenes son todos o, en su mayoría, felices poseedores de una elaborada cosmogonía que ha pasado, lengua mediante, de generación en generación hasta llegar a nuestra época. La oralidad se lo permite. Las historias autóctonas latinoamericanas forman la prueba de lo anterior. En México, esta verdad nos dio el sincretismo y la armonía en nuestra identidad nacional: Somos dueños de las epopeyas que los pueblos históricos fueron creando a través de sus leyendas, lo que nos ofrece hoy en día la unidad y compatibilidad con los destinos nacionales sin menoscabo del sitio que ocupemos en el mapa; el Popol Vuh y sus antiguas historias del Quiché (México/Guatemala) hacen lo propio y otro tanto sucede con las apologías de los otomíes, purépechas, zapotecos y demás. Las tradiciones teogónicas no solo son un referencial del clan que las forjó casi pintorescamente, sino que emergen como un catalizador de identidades concretas que nos otorga la riqueza cultural que ahora nos define como país. En el caso del Pueblo Cucapá estas leyendas no existen. Claro que los Cucapá pudieron haber tenido muchísimas historias que después debieron ser parte de su repertorio cosmogónico, pero se disiparon con el paso del tiempo. El punto es que no hay más. Y si las hubo alguna vez, se perdieron por una simple razón: La Nación Cucapá no tuvo escritura propia nunca, ni cuando atacaron los misioneros. A lo sumo se mal transmitía todo por tradición oral y cada quien inventaba una versión a su aquiescencia hasta que apareció una generación cristianamente civilizada que ya no quiso –o no estimó conveniente– inventar nada. El autor, Vizcarra Schumm, nos propone sus "Falsas leyendas" cucapás como un acto de creatividad literaria que no suple a ninguna otra, puesto que acá no existen.

Salvador Vizcarra Schumm (Mexicali, 1952). Egresado de la UNAM, posgrado en Docencia (CISE-UNAM), exdocente de la Facultad de Ciencias de la Educación y de la Facultad de Artes (UABC), promotor cultural por la UPN-Chihuahua (SEP), coordinador de Octubre Internacional (ICBC), director del Archivo Histórico del Estado de Baja California (AHBC), columnista de periódicos locales y nacionales, colaborador de la revista *Aquilón*. Ha logrado una larga trayectoria literaria y cultural que inició como el ganador del primer certamen estatal de cuento convocado en Baja California por FONAPAS y la SEBS (1981), mención honorífica en el certamen "La muerte tiene permiso" convocado por la UABC (1996), primer lugar en cuento de los Juegos Florales del H. XV Ayuntamiento de Mexicali (1997), mención honorífica en el certamen nacional "Lotería de cuentos", convocado por la Lotería Nacional para la Asistencia Pública y el Grupo Editorial Planeta (1998), mención honorífica de los Fondos Editoriales de Baja California con *Bajo los lagos nómadas del cielo* (2008), Premio Estatal de Literatura 2010 en el género de novela con la obra *Tiene mi patio un olmo*, Premio Internacional Andrés Henestrosa 2011 con la novela *Falsas leyendas del pueblo Cucapá*. Ha publicado *Diez cuentos y una carta* (1981), *El hogar de las palomas que atardecen* (1995), *La inerte estación de la mirada* (2004), *Registro de monumentos históricos de la ciudad de Mexicali* (2010), además de otras antologías y recopilaciones.

BAJA CALIFORNIA — GOBIERNO DEL ESTADO —
SC SECRETARÍA DE CULTURA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
ICBC INSTITUTO CULTURAL DE BAJA CALIFORNIA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN Gobierno del Estado de Baja California